

EL PECADO Y LA CARNE



(Detective Verónica Strauss)

Rafael Salcedo

**EL PECADO Y
LA CARNE**

(Detective Verónica Strauss)

Una obra original de

Rafael Salcedo Ramírez

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2019. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2019. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“Lo más aburrido del mal es que a uno lo acostumbra.”

Jean Paul Sartre

PARTE PRIMERA

PRÓLOGO

Nathaniel Waterhouse tenía diez años recién cumplidos, residía en Ludlow -un pintoresco pueblecito del Condado de Aroostook situado al norte del Estado norteamericano de Maine- y una mente tan obtusa que conseguía parecer muchos años mayor y, en especial, a la jauría de mocosos que componía su círculo íntimo de juegos y travesuras las cuales tenían lugar, según su superior criterio, tanto al aire libre como en circuito cerrado.

En ambos casos eran eufemismos y es que aquéllas en realidad se desarrollaban unas veces en un bosque cercano y otras en las propias instalaciones del centro escolar al que acudían. Fuera donde fuese, a Nathaniel siempre se le veía capitanear a todos los chicos, aunque sólo eran un par de éstos quienes seguían su ritmo y ocurrencias -cada vez más peligrosas de acometer, cuando no propiamente delictivas- sin que ellos mismos tuviesen un mínimo de entendimiento de donde se metían realizándolas bajo el mando de su precoz líder.

Y es que éste no sólo se servía de su potencia mental, su personalidad arrolladora, su verborrea propia de alguien con cuatro o cinco años más, sino que también ofrecía un aspecto temible tanto para sus afines como para quienes -la verdad que en contadas ocasiones- habían optado por desafiarle físicamente, en cuyo caso no había dudado en plantar cara con su envergadura y apariencia de ser un chico de bastantes años más.

Y todo ello no era gratuito puesto que se trataba de una herencia genética clara de sus progenitores -ambos reconocidos profesores, de Literatura Inglesa

su madre y Computación en el caso paterno- para quienes los respectivos trabajos universitarios absorbían por completo sus vidas, dejando al chiquillo en un estado de abandono que él mismo enjugaba con sus placeres prohibidos inventando las más enrevesadas formas de pasar el tiempo; ya fuera en soledad maquinándolas, como en compañía dirigiéndolas sin que la asistenta que deambulaba fregoteando a destajo y poniendo orden en el mobiliario hogareño se percatase de semejante malandrín de cabello rubio, ojos azules translúcidos y una mirada que escondía tras de sí una inquietante forma de observar el mundo a su alrededor, al que consideraba su medio propicio para urdir planes cada vez más arriesgados y no para él precisamente, sino para sus congéneres incapaces de imaginar con aquel rostro angelical los deseos íntimos que escondía su aventajado entendimiento.

Como fruto de ese caldo maloliente -donde se cocía por una parte el abandono y, por otra, la cotidiana falta de cariño de sus padres, manifestada de manera expresa por el trato común de ambos hacia el chico sin que una muestra de afecto surgiera en la más mínima ocasión- Nathan quedaba relegado a la categoría de mueble decorativo de aquella casa enorme y tan fría como sus absortos progenitores.

Justamente esa sensación de ser invisible o, aún más, incorpóreo, la tuvo en repetidas ocasiones en las que, permaneciendo con sus padres en casa sin que palabra alguna saliese de sus labios, observara con sus ojos infantiles las continuas salidas y entradas de otras parejas amigas, en algunos casos, y nada de esto en otros más comunes andando el tiempo, con las cuales se entregaban al alcohol y conversaciones que consideraba en la mayoría de los casos ininteligibles por mucha capacidad comprensiva que Nathan atesorara.

De cualquier forma, no podía dejar de corretear por allí, incluso permaneciendo enfrascado en sus cosas propias de la edad en habitaciones contiguas, con lo cual era inevitable que entrando y saliendo de aquéllas viera

confundido con sus propios ojos de qué manera su madre no se comportaba como esposa de su padre y, en el mismo rol, su padre parecía hacer lo propio con ella.

Para Nathan, la primera vez fue un golpe severo contra su mente, aunque la asiduidad de las visitas de otras parejas le dejó insensible al ver, mientras ni siquiera reparaban en que estaba cerca del lugar, cómo su padre permitía que otro hombre besara y tocara todo el cuerpo de su esposa, y más le dejó perplejo cuando comprobó alelado de qué manera su padre se dedicaba sin recato alguno a imitar el comportamiento con la otra mujer.

Si eso ya descolocó a Nathan, si su entendimiento quedó horadado por un hecho que no encajaba en sus premisas de lo que debía ser su hogar, el aldabonazo que causó verdaderos estragos ocurrió semanas más tarde cuando, perdida la compostura por los cuatro amantes debido al alcohol, y de nuevo sin dar importancia a su presencia infantil, subieron a la planta alta de la casa y ambas parejas intercambiadas se dirigieron hacia habitaciones diferentes.

De esta suerte, Nathan, impulsado por la curiosidad que se acrecentaba en su interior por un instinto hasta ese momento escondido en el fondo de su ser, siguió la estela de ellos y no tardó en fisgonear por la primera puerta que, con la obnubilación ética, habían dejado abierta.

Fue incomprensible para él ver desnuda a su madre en la cama y aquel hombre encima de ella penetrándole con ferocidad, haciendo que ella llorara y gimiera según su criterio infantil y que no aguantara más que unos segundos aquel espectáculo que le dejó sin capacidad de reacción, agachando la cabeza y permaneciendo en silencio hasta el instante que un dolor intenso en la cabeza le sacó del estado cuasi catatónico, dándole tiempo a ver a su padre desnudo junto a la otra mujer delante de él y, tras sorprenderle, propinarle otro golpe al que siguió una patada que le impulsó con violencia hacia la escalera por donde cayó de manera estrepitosa hasta alcanzar dando tumbos el rellano en el

salón.

Oyendo el reproche ácido de su padre desde arriba, quien ni siquiera se interesó por su estado y sí de hacer amago de bajar para continuar la azotaina, Nathan salió por patas de la casa atemorizado y, gracias a esto, apenas cayó en la cuenta de su cuerpo dolorido tras la monumental caída aunque los huesos parecieron permanecer cada uno en su sitio, permitiéndole perderse por la arboleda rumbo al lago donde ejercía sus aficiones solitarias, en cuyos alrededores anduvo desorientado y creciendo de manera paulatina en su interior una cólera que hasta ese día no había hecho acto de presencia entre sus sentimientos más íntimos, desbordando su sentido de la medida de las cosas, ocupando todo el espacio de su cuerpo y transformándose en una iracundia tal que comenzó a arremeter con todo lo que se tenía a su alrededor hasta crear en su mente un poderoso deseo de aniquilación, fantaseando primero con tener el poder para reducir a la nada cuanto tenía a su alcance y, cuando observó los animalillos que pululaban enfrascados en su cotidiano ir y venir en busca de sustento, también de decidir sobre sus vidas sintiéndose que podía tener el control y, por lo tanto, qué hacer con ellas.

Pero Nathan, resuelto a cruzar la raya del ensueño y poner los pies en la realidad, vio frustrado sus intentos de llevar a cabo lo que su instinto de crueldad sobrevenido aquella jornada le ordenaba -observándose a sí mismo como si su cuerpo no le perteneciese- en el momento en que se sintió incapaz de atrapar esos pequeños animales que le burlaban una y otra vez con su velocidad, escondiéndose ya guarecidos en sus madrigueras y oquedades a salvo de las intenciones malsanas que reflejaba el rostro contraído de Nathan.

Sin embargo, no estaba dispuesto a sucumbir y -ayudado por la hiperactividad impulsada por aquella frustración- enjaretó rápido un plan alternativo con tal de dar rienda suelta a su pernicioso deseo, nacido de una amalgama de vivencias escabrosas enredadas en la débil urdimbre de su

exigua existencia, impeliéndole a expulsar la inquina volcándola sobre un ser inocente a su alcance, transmutando ese desencanto en la misma rabia asesina que iba apoderándose de todo su entendimiento.

Esa segunda opción, después de vagabundear sin éxito por sus dominios, se dibujó con imágenes nítidas en su mente y, acelerando el paso con tal de hacerlas realidad, desanduvo el camino hacia la zona habitada lindante al lago, llegando con rapidez hasta su casa, penetrando a través de la cristalera que daba al jardín, deslizándose con cuidado de no delatar su presencia, entrando en la cocina, cogiendo en primer término una bolsa de basura y, abriendo el frigorífico, tomando de su interior un filete de carne.

A continuación hizo lo propio con el cajón de los cubiertos, blandiendo por la empuñadura un afilado cuchillo con el cual -tras salir sin que nadie de los presentes en la casa se percatasen, dado que andaban todavía enfrascados en el placer- dirigirse con paso decidido hacia la casa de al lado.

Una vez en ella, la rodeó hasta dónde se encontraba “Rusty”, quien resultaba ser el terrier de sus estirados vecinos y con los que mantenía una relación de odio la cual duraba hasta donde podía recordar; en especial cuando a hurtadillas pisoteaba todo lo que con mimo sembraban, amén del dichoso perro al cual tenía entre ceja y ceja desde que, en cierta oportunidad, le mordió en una de sus deportivas preferidas que fueron directas a la basura tras el profundo rasguño propinado por el diminuto can de carácter agrio, acostumbrado a ladrarle todo el día a poco que transitaba por su territorio - bien señalado con las constantes micciones que iba dejando- nada más verle pasar.

El chico, dejando a cubierto sus intenciones insanas, manteniendo a raya las líneas de su rostro y, al contrario que sus pensamientos, mostrándole al perro su sonrisa más ladina, saltó la valla de la casa y anduvo con paso premioso hasta donde aquél se encontraba olisqueando en uno de los parterres

cualquier bicho, con los que se entretendría mientras sus amos permanecían ausentes.

Nada más detectar su presencia, “Rusty” se puso en guardia, dio unos pasos y, como era norma, comenzó a ladrarle. Por su parte Nathan, esta vez sin temer un nuevo mordisco, avanzó enseñando en la mano izquierda el jugoso trozo de carne, el cual movió con tal de que sus efluvios sanguinolentos llegasen de lleno al olfato del perro, mientras en la derecha portaba el cuchillo reluciendo en toda su extensión.

No le hizo falta más fingimiento al chico, dado que “Rusty” entró al trapo en el primer asalto. De resultas de ello, cesaron los ladridos, se le acercó sumiso y, nada más arrojarle la carne ante sus hocicos, se abalanzó lanzando un gruñido sordo en tanto mordía el cebo moviendo con fuerza su cuello y desgarraba el manjar; el cual a Nathan le pareció un banquete de despedida de este mundo.

De todos modos, no consintió que ni siquiera llegase “Rusty” a concluir su tercer bocado -tras engullir los dos primeros de una vez- y, sin que mediase más que una sonrisa de placer de Nathan, éste hundió el cuchillo con todas las fuerzas que fue capaz de concentrar en su mano, traspasando la base del cráneo hasta conseguir que apareciera la punta metálica empapada en sangre por la misma tráquea.

“Rusty” se fue de este mundo sin darse cuenta de la maniobra del infante, falsamente generoso, que le había dado una exquisita comida gratis, en tanto aquél sonreía observando su estertor cuando sus patas, ya vuelto boca arriba, se movían por última vez.

Justo en ese instante, Nathan sintió algo inédito dejándole una sensación vaporosa en su cuerpo, el cual casi no percibía, y hasta creyendo levitar ascendiendo gracias a una misteriosa fuerza invisible que tiraba de él, proporcionando a cada poro de su piel un delicioso placer combinado con ese

sentimiento de poder omnímodo que logró nublar su entendimiento y, transido de manera involuntaria, hacerle caer en un estado de semiinconsciencia que duró unos instantes en los que pensó cómo el propio mundo a sus pies había desaparecido.

El paso de un coche por la carretera cercana hizo que volviera en sí, tomara de nuevo el mando de su cuerpo y también rehiciera en sus adentros el plan previsto; el cual continuó cogiendo al perro y, con la fortuna de que no había nadie en la casa en ese preciso momento, transportándolo en el más absoluto de los anonimatos hasta su lugar favorito en el lago donde, tras extraer el cuchillo del cuello del animal exánime y a continuación lavar aquél frotándolo en la orilla hasta que el agua logró diluir la sangre, colocarlo en la bolsa de basura y dentro de ésta añadir sobre el pequeño cuerpo un buen número de gruesos peñascos que fue recogiendo a su alrededor para, finalmente, cerrarla y recorrer portándola una treintena de metros hasta ascender a la parte más alta del contorno del lago, desde donde la arrojó y se cuidó de que se hundiera hasta lo más profundo.

Allí arriba en lo más alto, oteando el horizonte y luego observando con una sonrisa maléfica las burbujas que ascendían -en tanto el pequeño “Rusty” emprendía su último viaje hacia la sima del lago que se convertiría en morada postrera de su exigua existencia y en la cual, tarde o temprano, sería devorado por minúsculas criaturas hasta hacerle desaparecer- Nathan percibió renovada aquella eléctrica sensación de poder, de control absoluto, de placer infinito sabiéndose dueño de sus actos y, de la misma manera, los de los demás disponiendo a su antojo de ese fino hilo que soportaba sus vidas.

Para Nathan, toda aquella peripecia vivida -obviando la posterior paliza a modo de propina, la cual le dio su padre al regresar- constituyó tan sólo el principio de algo habitual y que cada viernes por la tarde se repetía, donde únicamente cambiaban las parejas que iban a su casa y que él, ya bien

advertido, tan sólo escuchaba desde su cuarto encerrado; si bien imaginando los detalles de ese ritual que aprendió de memoria y que, iniciado, le empujaba a descargar su ira llevando a cabo repetidos crímenes cuyas víctimas eran desde nuevos perros del vecindario, hasta gatos callejeros en su mayoría, también ardillas y todo aquel bicho viviente que se pusiese a su alcance en esas jornadas donde su yo siniestro lograba apoderarse de su mente, llevándole hacia la senda de lo oscuro sin que el chico pudiese resistirse a la pulsión enfermiza a la cual le arrastraba el carrusel de imágenes que pergeñaba su entendimiento, donde tanto sus padres como los anónimos amantes se solazaban en una pérfida danza con sus sexos ofrecidos mutuamente.

No fue baladí para el chico -ni siquiera con la normalidad en que se producía aquella peculiarísima forma de vivir su relación por parte de sus padres- y como consecuencia de ello, habiendo ya transcurridos un par de años, desarrolló un carácter taciturno que le hizo retraerse de la realidad circundante, lo cual incluía a los amigos y también su imposibilidad para encarar cualquier tipo de relación con otros nuevos que, semestre a semestre, iban apareciendo de manera paulatina.

Y en el caso de las féminas, era aún más profundo el aislamiento al que él mismo se encargaba de incrementar, hasta el punto de apenas cruzar miradas con alguna de ellas sin que una sílaba escapase de sus labios, incluso con esfuerzo puesto que aparentaba un par de años más y las chiquillas parecían abducidas tanto por su belleza corporal como por aquel halo de misterio que le envolvía sumado a la impenetrabilidad de su rostro; hierático siempre y ayudado por esa mirada profunda, tan fría como magnética.

Sin embargo, para Nathan hubo un antes y un después el día que cumplía quince años y que, en vez de resultar una agradable tarde primaveral junto a sus padres y una exquisita tarta con velas que soplar -imaginando con

inocencia cómo todo quedaría olvidado, también que el cariño resurgiría esperanzador y, de esta forma categórica, el otro yo abandonase su imperio maligno dentro de sí- resultó ser un escueto “feliz cumpleaños” de ambos para a continuación de nuevo en la soledad observando el dulce como único compañero, dedicarse aquéllos a mantener una de sus habituales disputas domésticas donde no faltaban reproches mutuos y para las que el chico prefería hacer mutis por el foro, tal como llevó a cabo quitándose de en medio y dejando encima de la mesa el bate de béisbol, la pelota y el guante que había constituido, como cada año, su regalo.

Pero no fue esa la cuestión que consiguió trocear su mente, machacarle con fuerza y dejarle de nuevo al albur de siniestros pensamientos destructivos. Él mismo tenía que reconocer, andando el tiempo, cómo su regreso aquel día resultó decisivo para su futuro, tras haber ido a tirar piedras al lago cercano a su casa en ese sitio apartado que consideraba sólo para sus ojos y donde su fondo cenagoso, de igual forma, le pertenecía al permanecer atrapados los cuerpos por él mancillados de manera cruel, traspasados por el punzante cuchillo justiciero, en el que concentraba toda su frustración, todo su odio acumulado, descargando en sus pequeños cuerpos el ansia asesina en que se transformaba aquél instinto surgido desde lo más intricado de su mente secuestrada por la maldad.

Así, reconocía cómo ese regreso había resultado ser el episodio que le marcaría de por vida y en el cual el mundo que le rodeaba lo consideró hostil y deleznable, deseando destruirlo con todas sus fuerzas puesto que aquella tarde, de aire tibio inusual por lo que mandaba el calendario, Nathan llegó de vuelta a casa sin que echara de menos más que ese rato siendo protagonista de los pensamientos de sus padres y, por el contrario, se encontró de nuevo la soledad más absoluta, el silencio y el abandono como era moneda común mucho antes de que tuviese uso de razón.

No obstante, acostumbrado a los sonidos característicos de los viernes por la noche, el chiquillo identificó al instante qué ocurría en la planta de arriba y, sin que mediase su propia conciencia para advertirle de las consecuencias que su acto conllevaría, se dirigió a las escaleras, subió los escalones con lentitud estudiada en tanto se incrementaban los gemidos de su madre, también los sonidos del esfuerzo de su padre y, de manera sorpresiva, ratificó al alcanzar el último peldaño cómo se sumaba otro que desconocía.

La curiosidad se volvió como un acicate para Nathan y, urdida mucho tiempo atrás la forma de pasar desapercibido y observar cuanto acontecía en las habitaciones, contando con escondrijos y pequeños orificios por donde contemplar el espectáculo prohibido, en silencio llegó al que le permitía conocer qué ocurría en primera fila en la de sus padres de tal forma que, al abrigo de la impunidad que le proporcionaba generoso su escondite, el muchacho descubrió el diminuto agujero circular desde el interior del armario colindante con esa zona vedada de la casa donde, acercando su ojo derecho, pudo corroborar lo escuchado y, comido literalmente por la curiosidad, desvelar la voz no identificada.

Pero, ese insano propósito, cabalgando sobre el lomo del morbo pese a su edad, quedó quebrado y su mente le pareció saltaba hecha trozos, tal cual pedacitos de masa gris deshechos con la explosión que suponían las imágenes que, ni en su peor pesadilla, podría haber imaginado.

Nathan tuvo el primer vértigo, la primera arcada provocada por algo que sus esquemas mentales parecían gripar su cabeza con las neuronas confundidas, sintiéndose cómo su estómago enfurruñado impulsaba con fuerza hacia el esófago y de éste hacia su garganta todo cuando había ingerido ese día, sin que su boca pudiese oponer resistencia alguna a la fuerza de aquél vaciándose por completo.

Nathan, en tanto los ácidos quemaban sus papilas gustativas, mientras

también se dirigían hacia la cavidad nasal y la inundaban, se sintió inútil para dejar de contemplar la escena que tenía lugar mientras sus padres se disputaban la desnudez de un cuerpo juvenil que identificó al instante.

De todas formas, tuvo que concentrar todos sus sentidos para cerciorarse de que aquello que parecía real lo fuera de verdad y ese crujido silencioso, en lo profundo de su cabeza, tenía motivación para que su cuerpo de igual forma dejara de hacerle caso, primero con la rebeldía estomacal y a continuación, dejándole sin resuello, sentir una poderosa excitación de la que se sintió profundamente culpable y hasta, en cierta manera, sucio y despreciable cuando no pudo apartar ya la mirada que no tenía un sentido de curiosidad y sí de una poderosa morbosidad que ni podía comprender. Y es que lo que veía superaba lo calculado, y más cuando quien era gozado por ambos progenitores resultaba ser Frank Preston, su jovencísimo y recién graduado profesor de gimnasia incorporado en el último semestre a la plantilla de docentes y algo así como su idolatrado personaje de músculos de acero y perfil cortado a cuchillo.

Nathan, aguantando esta vez la segunda arcada, reponiéndose del golpe psíquico soportado, entró en un vórtice de furia, de violencia apenas contenida, de rabia recorriendo cada minúscula porción de su piel al tiempo que los ojos parecían salirse de las órbitas y sus músculos se tensaban al límite regresando su consciencia a tener el control de su mente y, por lo tanto, las decisiones que su cuerpo debía acometer obedeciendo a sus designios.

Con idéntico sigilo al utilizado en su acecho a los tres amantes, quienes abstraídos por el éxtasis permanecían ajenos a las maniobras de Nathan, éste tapó con cuidado el orificio, salió del armario y, bajando las escaleras, se encaminó con rapidez, incluso sin importarle los ruidos de sus propios pasos acelerados sobre el lujoso entarimado del suelo, dando la vuelta a la casa y corriendo hasta al garaje contiguo a ésta.

Nathan no dudó un instante en lo que hacía o, más bien, lo que iba a

hacer. Ni siquiera se detuvo unos instantes nada más abrir la puerta del garaje, tampoco cuando penetró en éste y buscó con la mirada lo que ya tenía fijo en su mente. Mucho menos se puso a reinar en ulteriores consecuencias y, por el contrario, gozó de lo que estaba ya convencido para materializar.

De esta manera, se hizo tanto con una barra de hierro como con los dos bidones repletos de gasolina que su padre guardaba para el generador de emergencia. Luego, con fuerza cargados éstos hasta la casa y, tras pasado de nuevo el umbral, todavía percibiendo los gemidos de placer de los tres más arriba, comenzó ese ritual propio, pareciendo danzar alegre derramando con habilidad el contenido inflamable por todos y cada uno de los enseres del salón, no librándose los dos enormes sofás, los cuatro sillones, así como en especial, las cortinas que recorrían las paredes de punta a punta. Tan sólo le restó el segundo bidón, el cual ni por asomo despreció ya que hasta la última gota derramó sobre el televisor y, penetrando en la cocina, sobre todos los demás electrodomésticos, sin olvidar el remate por toda la escalera y, una vez arriba, vaciarlo generoso sobre la puerta donde permanecía absorto el trío de amantes.

Después de vaciar hasta la última gota de gasolina, Nathan se dirigió a la ventana del pasillo, la salvó y recorrió unos pasos con cuidado pegado a la fachada hasta encaramarse a la barandilla del pequeño balcón de la habitación de sus padres. Sin que de igual forma advirtieran éstos de su presencia, trabó el pestillo de aquél con la barra de hierro, tras de lo cual con agilidad casi simiesca se descolgó por el bajante hasta alcanzar el jardín y dirigirse hacia la cristalera.

Un minuto después, una cerilla marcó el inicio del ritual diseñado en la mente infame de Nathan, corroída por un cruce de frustración y odio, cuando el fuego de la purificación -tal como él mismo deseó bautizarle- corrió raudo hasta inflamar primero el salón, a continuación la cocina y, ascendiendo de

manera vertiginosa por la escalera cubierta por las llamas, finalmente alcanzando poderoso la planta de arriba.

El muchacho permaneció a pocos metros, sintiendo el calor de su fuego vivificador, percibiendo cómo su cuerpo era insuflado por el poder purificador de éste, imaginando cómo ardían aquéllos cuyos deseos carnales habían propiciado su sacrificio a dioses ignotos pero feroces y vengativos, a quienes Nathan quiso invocar alzando los brazos, en tanto se regocijaba escuchando esta vez con nitidez los gritos desesperados de sus padres, también de su idealizado profesor, sabiendo entonces cómo sus pieles -hacía escasos momentos enardecidas por un infinito placer- se achicharraban lentamente, carbonizándose hasta quedar reducidas a cenizas.

Antes de dar media vuelta y desaparecer de la casa, Nathan tuvo tiempo de observar a los tres a través de los cristales de la habitación, en su desnudez envueltos en llamas y gritando su nombre, a lo que él respondió con una sonrisa seráfica que acompañó alzando un brazo y moviendo la mano a modo de despedida, para luego llevársela a los labios, besarla y dirigirla finalmente hacia ellos con un leve soplo.

CAPÍTULO I

La nieve había hecho acto de presencia muy de mañana logrando que la ciudad de Kalamazoo, sede del Condado del mismo nombre y perteneciente éste al Estado de Michigan, se convirtiera en un caos monumental provocando atascos en los principales accesos al centro histórico y, en particular como no podía ser de otra forma, las calles adyacentes a la entrada del instituto de secundaria más importante de la urbe.

Así, alumnos y sobre todo profesores habían pasado un auténtico calvario en el embotellamiento que tuvieron que soportar durante más de cuarenta minutos de tensa espera hasta que la policía, por otra parte inútil como en cualquier ocasión, logró siquiera habilitar un carril con tal de que se pudiera acceder con ciertas garantías hasta el aparcamiento del centro docente.

Como consecuencia de esto, la profesora Bridget Davis, a la sazón una cincuentona con veinte kilos de más y un carácter tan agrio como su mismo aliento, entró en la clase con un humor de perros que incrementaba su poca afabilidad, por lo que los alumnos presentes, en número inferior por los retrasos consabidos del día y sabedores de cómo se las gastaba, prefirieron ni siquiera abrir los labios mientras cruzaba la sala hasta llegar al estrado para acomodarse, dejando el bolso bien mojado a un lado de su mesa después de extraer las gafas de presbicia así como un paquete de pañuelos que colocó en aquella justo en el extremo inferior izquierdo conforme a su costumbres; las cuales rayaban la misma neurosis en lo que se refería a la ordenación de las cosas.

A continuación y tras ponerse las gafas, lanzó una mirada por encima de éstas a los presentes observando quién estaba y quién faltaba de todos ellos, aunque sin decir palabra. Después, tal cual era su hábito desde hacía más de veinte años de carrera en aquel instituto, extrajo con parsimonia una minúscula llave de su bolso y la introdujo en el primer cajón del escritorio.

Bridget Davis había tenido muchos sustos a lo largo de su medio siglo de vida, incluso algunos tan fuertes que el infarto rondó su corazón, pero no había parangón alguno con el que sufrió en ese instante al hacer el intento de tomar del cajón el texto de la asignatura.

Así, no sólo fue un terrible grito el que soltó, ni tampoco la caída hacia atrás que dio sobre la alfombra del estrado -provocada no sólo por su generoso peso corporal, sino también por su oronda humanidad- quedando despatarrada con las piernas patéticamente levantadas en su totalidad.

Sin embargo, lo peor fue el ataque de pánico que sufrió mientras tanto se producía aquello y la imposibilidad del grupo de chicos, quienes se acercaron de inmediato para auxiliarle, en lograr que se calmara. Y es que no habían visto nada parecido, sin entender el motivo de por qué le había ocurrido aquello, no mediando nada terrible que ellos conociesen.

—*¡Cuidado! ¡Atrás! ¡No la toquéis!*—exclamó con todas sus fuerzas Bill Staples, un chaval bajito pero fornido, quien agarró una de las reglas que estaban sobre el soporte de la pizarra y señaló al interior del cajón de la profesora.

—*¡Es una viuda!*—gritó Lucy Brennan, otra jovencita que pasaba por ser una empollona de cuidado y acaparadora de las mejores notas del curso, aunque esta vez le faltó poco para caer desmayada al comprobar qué había pululando por encima del libro de Literatura de la profesora, con sus quelíceros ponzoñosos dispuestos a hendir la carne de cualquiera que osase molestarle, aunque también buscando el animal con desesperación salir de ese

habitáculo donde la luz le cegaba, acostumbrada a la quietud de sótanos oscuros y húmedos, así como oquedades de la miríada de árboles que guardaban a cada lado las inmensas carreteras montañosas del Estado.

—*¡Quieto, Bill!* —gritó Norman Steiger, quien resultaba ser su mejor amigo, compañero tanto de pupitre como de defensa en el equipo del instituto, tomando otra de las reglas y envalentonándose con el arácnido que, al sentir ésta, levantó de manera instintiva las dos patas delanteras para mostrar sus afiladas defensas donde guardaba el líquido capaz de causar la muerte en poco tiempo para luego, en un instante, dejar una muestra de agilidad al corretear a una velocidad increíble de un lado a otro del cajón y siempre en actitud agresiva.

—*¡Bill!* —exclamó de nuevo Norman— *¡Así no...!* —se frenó en sus gritos el muchacho cuando, lo mismo que todos los demás, contempló a su amigo levantar la regla y luego con fuerza estampándola sobre la viuda negra la cual, incluso con su capacidad para sortear las embestidas, quedó destripada justo en medio de la letra “L”, de literatura, haciendo contraste su color negro azabache con el rojo escarlata de aquélla.

—*Bill ¿Y si fallas? ¿Y si hubieses...?*

—*Ya lo has visto, Norman. Ha sido un palmetazo bestial y a la primera.*

—*¿La has matado, Bill?* —ya repuesta y ayudada por un par de chicas a incorporarse, la profesora preguntó al muchacho en medio de las caras de estupefacción de los demás que componían el curso.

—*¡La he aplastado como a una sucia cucaracha, señorita Davis!*

—*¡Gracias al Cielo, hijo! Ahora, haz el favor de salir de la clase y avisa al mantenedor para que limpie con cuidado el cajón y lo deje sin rastro de ese animal inmundado*

—*Enseguida, señorita* —respondió solícito el chaval saliendo disparado con el encargo, en tanto la profesora Davis, una vez ordenado tomaran asiento

los demás alumnos, se situó al nivel de la clase y, en un silencio que podía cortarse, escrutó los rostros de cada uno de los presentes muy pendiente de cada músculo facial que pudiese delatar al culpable de aquella felonía.

Tal como ella misma sabía, de no mediar sus propios reflejos, hubiese podido costarle la vida o, en el mejor de los casos, la pérdida de algún dedo o, llegado el caso, de la mano entera gracias a la potencia de la neurotoxina que aquella temible araña podría haberle inoculado en un tiempo récord sin que notase cómo entraba el veneno en su corriente sanguínea.

—*¡Waterhouse!* —no exclamó la profesora Davis, sino que directamente emitió un sonido asimilable a un grito de guerra cuando sus ojos se cruzaron con los de Nathan, quien a sus dieciséis años aparentaba veinte largos, en particular por su envergadura potenciada por músculos trabajados tanto en gimnasio como en piscina—*¡Sé positivamente que has sido tú quien ha ideado esta escena diabólica donde yo, según tu guion maléfico, debía terminar mis días con una picadura de esa viuda negra que te has encargado de atrapar y colocarla allí sabiendo que abriría el cajón y metería la mano, como cada día, para tomar el libro de la asignatura!*

—*¿Qué dice, señorita? Yo...*

—*¡Silencio, Waterhouse!* —gritó la Davis, porque en esta oportunidad pareció desahogarse después de la situación extrema vivida hacía instantes, emitiendo un chillido que hizo estremecerse a todos y cada uno de los presentes, sin que tuviera efecto alguno ni en el rostro ni mucho menos en la compostura de Nathan, quien permanecía impertérrito al final de la clase, aislado en un pupitre que nadie compartía con él y plantando cara a su profesora— *No es la primera vez que haces algo así y me consta porque me he preocupado de hurgar de manera concienzuda en tu vida. Así, conozco cómo en el colegio de Maine, donde cursaste los estudios primarios, de igual forma actuaste con otro profesor utilizando para ello un escorpión el*

cual en esa ocasión hizo blanco y consiguió picarle. Aún te recuerdan bien allí y también cómo te pillaron gracias a las cámaras de seguridad que, precisamente aquí, no disponemos. Pero ¡A mí no me engañas, Waterhouse, y sé que has ideado este plan!

—¡Señorita, yo no...!

—¡Calla de una vez! ¡Levanta de ese asiento y dirígete ahora mismo a la secretaría, donde vamos a tener una charla con el director! —le ordenó la señorita y Nathan, haciendo su papel, cumplió sin rechistar más y tampoco sin mirar los rostros de perplejidad de todos sus compañeros.

Veinte minutos más tarde, una vez la profesora Davis había telefonado a Maine, en primer término, y entrevistado a solas luego con el propio director del colegio, se presentó junto con éste en el despacho del jefe de Estudios, donde encontraron sentado a Nathan, sin que se le notara evidencia alguna de nerviosismo ni tampoco alguna mueca que les indicase sentía algún tipo de preocupación por la acusación tan grave de que había sido objeto hacía escasos momentos.

—Waterhouse —habló el director, un hombre de mediana edad, vestido con ropa informal que le daba un aire universitario incluso a sus años, acomodándose las gafas de pasta negra sobre la nariz y observando de cerca el rostro neutro de Nathan— *¿Qué tienes que decir ante la acusación de tu profesora?*

—No tengo nada que decir, director. No sé de qué me habla —respondió con su frialdad acostumbrada el chico, quien no movió ni un solo músculo facial salvo los encargados de hacer trabajar a los labios.

—Vamos, responde ¿Has puesto esa viuda negra en el cajón de la señorita?

—¿Tiene alguna prueba de que haya sido yo? —respondió Nathan con total seguridad.

—Es cierto que no disponemos de ninguna, pero tus antecedentes en el colegio del Condado de Aroostook nos obligan a pensar que eres tú, al cumplirse el patrón exacto de comportamiento que tuviste allí

—Fue una broma pesada. Nada más

—¿Broma dices, chico? Pues, según ha confirmado la señorita Davis, le costó a tu profesor seis meses de operaciones y la pérdida de una falange del dedo anular

—Ya le he dicho que no fue mi intención, director

—Tuviste suerte ¿No es cierto, Nathan? Gracias a que eras un mocoso aún la justicia no actuó, si bien ayudada porque tus padres también docentes movieron cielo y tierra para que el asunto se olvidase; por supuesto, previo pago a tu profesor de una buena indemnización. Sin embargo, muchacho, en esta oportunidad no les tienes tras de ti, tristemente desaparecidos en ese fuego que acabó con sus vidas y por quienes rezo. Por ello, te encuentras en una posición muy difícil dado que la señorita Davis me aconseja denunciarte por tentativa de asesinato, naturalmente tratándose de un animal tan peligroso como una viuda negra y...

—Buenos días —interrumpió la severa parrafada del director la entrada en el despacho de un sujeto, maletín de evidente piel legítima en ristre, bigote grueso y traje de corte esmerado a medida, quien sin mediar más palabras tomó asiento junto a Nathan, para a continuación dirigirse a los presentes— Señorita, señor, mi nombre es Woodland, de Woodland, Woodland y Longhorn Abogados con sede en este Condado de Kalamazoo y, a todos los efectos oportunos, les advierto que represento al señor Nathaniel Waterhouse, a quien ruego guarde silencio desde este instante y a ustedes me informen de qué se le acusa

—No entiendo su presencia aquí, abogado y...

—Pues, señor director —interrumpió el leguleyo de malas maneras,

utilizando un tono afectado cargado de suficiencia, con el que cual rozaba la más detestable pedantería— *comience a entenderla puesto que el tío de mi defendido, por otra parte miembro del Senado de los Estados Unidos, me ha pedido le represente tras conocer por Nathan cómo se le está sometiendo a un proceso de instigación sin que haya pruebas de su participación en algo que, la verdad, desconozco en este momento*

—*¡Pues sepa de qué manera su defendido tal como usted dice, señor mío, ha intentado asesinarme hace escasos minutos!* —furibunda, saltó la Davis.

—*¡Cálmate, Bridget!* —le recomendó el director quien, al escuchar lo del Senado de los Estados Unidos, tuvo un retortijón serio en el vientre.

—*¿Asesinato?* —cuestionó el abogado con una pregunta, utilizando un cómico falsete en la voz y levantando el labio inferior hasta ocultar el superior para luego cruzar la mirada con Nathan, quien no tardó en devolverle el gesto de burla hacia la profesora uniendo otro más claro al tocarse con el dedo índice la frente— *Eso es algo muy grave, señora mía, que tendrá que demostrar. Este país, para que se entere, es una democracia y...*

—*Por favor, abogado* —interrumpió esta vez el director, aunque con ánimo conciliador— *Verá, lo que ha ocurrido es que la señorita ha tenido una mala experiencia al abrir el cajón de su escritorio en el aula y ha encontrado una viuda negra correteando por encima del libro de la asignatura. La verdad es que no tenemos grabaciones ni constancia alguna de que Nathan haya cometido esa barbaridad, pero le decíamos a él mismo que, según nos consta por conversaciones con su anterior centro de enseñanza, ya ocurrió algo parecido con él y, gracias a las cámaras de seguridad, se supo que había introducido un escorpión en el cajón de otro profesor que sí resultó herido*

—*Ese hecho, señor mío, no viene al caso. Nos debemos ceñir en*

exclusiva a lo que ha ocurrido hoy aquí, entre estas paredes. Por lo tanto —contestó el abogado con más seguridad aún— les pregunto si cuentan con alguna prueba fehaciente, o bien un testimonio de persona o personas que certifiquen bajo juramento que Nathan colocó “ex profeso” ese animal venenoso en el cajón y, además, con la inequívoca intención de dañar a la señorita Davis

—Debo reconocer, abogado, que nos es imposible poner sobre la mesa lo que nos pide y, si mi compañera la profesora no me corrige, tan sólo podemos argüir esa cuestión que pone en el centro de todas las sospechas a su defendido

—Sin pruebas, señor director, no hay caso —pareció sentenciar el letrado, con una media sonrisa de satisfacción— Por lo tanto, si no tienen más que decir, mi defendido deberá reintegrarse a la clase de la señorita Davis y continuar su formación o, en su defecto, ser asignado a otra aula pero siempre que no afecte a sus asignaturas y continúe con el ritmo adecuado de enseñanza

—¡No pienso admitirle en mi curso! —contestó la Davis, sin dejar esa furia tanto en su voz como en su gesto de odio hacia Nathan, a quien había calado desde el primer día que puso sus pies en la clase y más cuando recibió malas calificaciones— Sepa, abogado, que este chico tiene una inteligencia sobresaliente pero orientada al mal y eso, tarde o temprano, saldrá a la luz aunque me temo que para alguien será demasiado tarde. Ese día, señor, gozaré viéndole cómo saca del atolladero a su defendido y ni su tío, ni el mismísimo presidente de los Estados Unidos impedirá que se haga justicia con él

—Está bien, Bridget —intentó el director calmar a la profesora, quien no parecía muy dispuesta a rebajar la tensión ni tampoco su intención de continuar fustigando a Nathan— Demos una oportunidad a este chico,

olvidemos el asunto y, tal vez, ese animal se haya colado de alguna forma en el cajón de tu escritorio. Ten presente cómo no sería la primera vez que algo así ocurre y más teniendo en cuenta que estamos en medio de un bosque enorme lleno de esas criaturas

—De acuerdo en todo, salvo en que esa oportunidad que hablas se la dé otro —contestó la Davis— En mi clase este joven no entrará jamás

—De acuerdo, sí, Bridget. Si al abogado no le parece mal, asignaremos a Nathan a la clase del profesor Stewart, lo que sólo le supondrá retrasar media hora el horario habitual que tiene

—Por mi parte, señor, encantado y creo que Nathan no le vendrá mal un cambio de aires tratándose de una profesora que tiene, como se advierte, una gran animadversión respecto a él

—¿Cómo se atreve usted a...?

—Te lo ruego, Bridget —frenó de nuevo el director a la profesora, quien esta vez había sumado a su enfado el gesto de levantarse, dar la vuelta a la mesa y encararse a escasos centímetros con el abogado— Siéntate, por favor, y serénate

—¿Serenarme? ¡Mejor ahí se quedan ustedes. No tengo más que añadir! —concluyó la Davis, casi voz en grito, saliendo de estampida de la estancia dando un buen portazo y dejando con la palabra en la boca a su compañero director.

—Discúlpele —se dirigió el director al abogado, llevando su tono de voz a lo puramente servil— Está fuera de sí y es que el susto de encontrar, ya sabe...

—Lo sé, señor director, y también que esa señora está dispuesta a acusar en falso a mi defendido, hasta el punto de hacerle un daño irreparable señalándole como autor de algo que es fortuito

—Sí, por supuesto, ya le digo que soy quien debe decidir sobre el tema

y, tal como he comentado, concedo a Nathan el beneficio de la duda, le exculpo de este desagradable episodio y le doy la oportunidad de continuar su formación en la otra aula, tan sólo con un pequeño cambio horario

—*¿Qué dices, Nathan?* —preguntó a colación el abogado al muchacho, quien parecía regodearse con lo que escuchaba y, en particular, con la forma de ponerse en evidencia la odiada profesora.

—*Sí, claro, no hay problema* —respondió el chico hasta permitiéndose un aire festivo.

—*Ya ha oído, señor director* —dijo el abogado, en esta ocasión dejando que una sonrisa plena apareciese por primera vez en su rostro hierático mostrado en plena contienda con la Davis— *Creo que podemos cerrar este tema a conveniencia de ambas partes*

—*Conforme, abogado, daré de inmediato instrucciones para que se produzca el cambio del chico sin que se le causen más molestias*

—*Se lo agradezco enormemente, señor director, y no dude transmitiré mi notable impresión al tío de Nathan quien, como ya le dije, es uno de nuestros Senadores electos del Estado*

—*Gracias, abogado, será un honor para mí y espero que el Senador quede satisfecho con el acuerdo alcanzado* —contestó el director, ruborizado como un adolescente, elevando el nivel de servilismo rastrero— *Y trasládele tanto mi saludo más efusivo como mi entera disposición para lo que precise*

—*Comprobando, señor director, su buen talante no dude le haré llegar sus palabras. Ahora, si me lo permite, tengo una agenda cargadísima esta mañana y debo marcharme. Dejo a Nathan en sus manos y espero encuentre ese sitio donde sea lo suficientemente valorado y, sobre todo, cuidado teniendo en cuenta cómo es huérfano de padres, quienes perecieron en un fatal accidente doméstico*

—*Lo he tenido en cuenta siempre, abogado, y conozco la triste historia*

de sus progenitores así como la situación en que quedó Nathan tras la dramática desaparición de aquéllos en el incendio de su hogar. Sin duda, necesita algo más que los otros chicos y eso, si me lo permite, se llama cariño y comprensión que, tal vez, la señorita Davis ha obviado desde que el muchacho llegó a nuestro instituto

—Es lo que esperaba oír y, escuchándole, me voy tranquilo porque sé que Nathan tendrá no sólo un nuevo curso sino también un aliado en usted

—Confío en Nathan y en que esta nueva etapa cerrará esa herida de hoy. No me cabe duda sabrá comportarse como siempre con educación y buenas maneras, amén de trabajar duro para sacar adelante las asignaturas

—Con eso cuenta por supuesto, dado que sus tíos están encima de él con tal de que no se desvíe del buen camino. Lo dicho, señor director, ha sido un placer conocerle y zanjar esta incómoda polémica que, con esa forma suya de abordarla, sé ha quedado en agua de borrajas y que todo sigue su curso como si nada hubiese acontecido. En cuanto a la señorita Davis, espero no tenga que volver para poner los puntos sobre las íes

—No se preocupe, abogado, ya que le garantizo cómo Bridget dentro de un rato habrá olvidado el tema y todo volverá a la normalidad

—Me alegro y pongo toda mi confianza en su criterio. Lo dicho, señor director, hasta otra oportunidad —habló finalmente el abogado de Nathan quien, tras estrechar la mano del director, abandonó el despacho para dejar a solas al chico con aquél.

—Muy bien, Nathan, espero estés dispuesto para el cambio

—Ya le he dicho que sí, director. No tengo inconveniente y más cuando la señorita Davis la había tomado conmigo

—Verás, no creo que ella haya tenido un comportamiento, digamos, obsesivo contigo. Tal vez, y piénsatelo, tú mismo hayas hecho o dicho algo que le molestase sobremanera, o bien tus exámenes no estaban a la altura de

lo que esperaba de tu capacidad

—*Nunca le he dicho nada malo* —contestó Nathan incluyendo un alzado de brazos y palmas de las manos hacia arriba— *Y los exámenes no han sido brillantes, pero sí suficientes para aprobar*

—*Por ahí puede ir el tema, Nathan. Eres un muchacho muy inteligente, tal vez el de más capacidad intelectual de tu clase y, sin embargo, tal como ella me ha comentado varias veces, estás en babia todos los días pensando en las musarañas y apenas prestas atención en clase. Permíteme decir que, con esa inteligencia, ella esperaría te salieses al hacer las pruebas y, por el contrario, sólo llegas a un raspado suficiente y tus respuestas a las preguntas apenas muestran un poco de trabajo en casa. Por ello, no te resulte extraño que te exigiera más que los otros, sabiendo que podías alcanzar un nivel de matrícula en todo*

—*Yo le digo, director, que no es eso. Sólo que no me puede ver. Y todo porque conocía a ese profesor de mi pueblo que me acusó de algo que no hice*

—*Nathan, no puedo estar de acuerdo contigo. Las cámaras de vigilancia indicaban lo contrario*

—*Sólo se veía que entraba y salía en la clase, pero no que colocase allí el escorpión. Le digo que fui allí porque se me olvidó un libro en el pupitre y, es más, las cámaras sólo muestran mi entrada y mi salida, pero no que abriese el cajón y colocara ese bicho*

—*De acuerdo, chico, olvidemos ese asunto y también el de hoy, de tal forma que afrontemos un nuevo comienzo por lo que, sin falta, te incorporarás a tu aula con el profesor Stewart mañana mismo*

—*¿Mañana?*

—*Sí, es mejor así. Hoy has estado sometido a mucha tensión, los comentarios habrán corrido como la pólvora por el instituto y lo más*

razonable es que te tomes el día libre. Deja tus cosas en la clase de la señorita Davis y daré orden de que mañana te las entreguen al llegar a la del profesor Stewart. Ahora puedes marcharte a casa y decirle a tus tíos que, en persona, he autorizado tu ausencia durante esta jornada

—De acuerdo. Pero mis tíos no están

—¿No? Bueno, tu tío ya sé que prácticamente vive en Washington por su condición de Senador. No obstante, tu tía...

—Ella se marchó el mes pasado con él

—¿Vives solo?

—Sí, aunque sólo de lunes a jueves. De viernes a lunes regresan mis tíos a Kalamazoo

—Pero ¿Completamente solo esos días?

—No, claro que no, director, porque estoy acompañado por una asistente. Evelyn se llama y es quien cuida la casa y, teóricamente, a mí. Aunque eso no es así

—No entiendo, chico

—Quiero decir que no me controla. Voy a mi aire y ella está de aquí para allá

—Correcto. Entiendo ahora lo de las calificaciones, los exámenes y todo eso que Bridget me comenta

—¿Se refiere a que nadie está encima de mí?

—Claro, chico. Tú mismo lo has confesado

—Sí, pero no es esa la cuestión. Tengo aficiones y me ocupan mucho tiempo ¿Sabe? Y tampoco comprendo yo ese empeño en que estudie más, porque lo que hago llega para aprobar siempre. Si no, pida ver mis calificaciones y comprobará que jamás suspendo un examen

—Ya, sí, Nathan, pero debes entender que es una pena con tu capacidad que sólo quedes a la altura de los mediocres del curso. Por ello, te pido que

a partir de ahora pongas más de tu parte

—*Lo intentaré* —dijo finalmente Nathan de manera escueta y sin convencimiento alguno, tras de lo cual y soportar otros tres minutos de monsergas del director, consiguió que éste le dejara libre y, abandonando el instituto, comenzó a caminar en medio de la severa nevada si bien a un centenar de metros giró a la derecha, cruzó una calle y puso de nuevo rumbo hacia el centro escolar sólo que rodeándole por la parte trasera.

Nathan se cuidó de colocarse el gorro del grueso plumífero con el que se protegía de la intemperie y, tras dar unos cuantos paseos por la zona donde podía ser divisado y comprobar de manera reiterada cómo nadie observaba lo que hacía, accedió al aparcamiento conjunto al instituto y tardó sólo tres minutos en dar con el “Toyota Prius” de color blanco de la profesora Bridget Davis.

Una vez junto a éste, se aseguró de nuevo la impunidad en la que se encontraba gracias no sólo a la nevada, que se intensificó, sino también a una densa niebla que cubrió toda la zona y por la cual apenas se veía a un palmo.

Nathan extrajo una pequeña navaja y manipulando la pieza plástica que separaba las ventanillas del piloto y la trasera de éste, consiguió quitarla de cuajo con lo que los cristales quedaron por su parte superior al aire. A continuación, franqueado el paso por ese lugar concreto, sacó un alambre que guardaba en el plumífero bien plegado, lo recompuso -formando una “u” en su extremo- llegando en tamaño a más de un metro y lo introdujo por el cristal del piloto hasta alcanzar el pestillo; si bien necesitó tres o cuatro intentos hasta que el alambre asió aquél y tirando con fuerza consiguió abrir la puerta del vehículo.

Antes de penetrar en el habitáculo, se cercioró de nuevo en cuanto a los posibles riesgos de ser visto, comprobando como la niebla le protegía aún con más densidad. Así, se deslizó al interior, se acomodó y comenzó a buscar el

resorte manual para abrir el capó. Después de toquetear unos cuantos, dio con el que buscaba y oyó el chasquido que le anunciaba el éxito de su empresa.

De nuevo en el exterior, accedió a la zona de motor y encontró con rapidez -dado que se había documentado respecto a ese modelo de coche- dónde se alojaba el sistema de frenado. Seguidamente, manipuló el depósito del líquido que sostenía aquél y abriéndolo con cuidado introdujo un trozo de goma que, al sorber, comenzó a purgar hacia fuera y vertiéndolo en una botella vacía de agua mineral que previamente había cogido de uno de los bolsillos del plumífero. Tras llenarla en su totalidad, comprobó aún restaba lo suficiente para no levantar sospechas “a posteriori”, colocando luego el soporte con cuidado y sin que la capa de polvo dejase constancia de su uso tomándola con apenas un roce. A colación echó abajo el capó, se dirigió a la puerta y primero la cerró para después introducir desde el mismo lugar el susodicho alambre por la parte superior del cristal y presionando el pestillo de cierre de la puerta, quedando ésta así de nuevo.

Para finalizar, Nathan sacó el alambre, revertió el estado de la pieza plástica entre las puertas y se alejó del lugar desandando el trecho recorrido hasta, una vez fuera del ámbito del centro, poner rumbo hacia su casa y esta vez sin paradas como aquella para, como pensó, darle su merecido a la profesora Davis a quien le esperaba una sorpresa mayúscula cuando más tarde condujese hacia su casa, situada como Nathan ya había averiguado en una población contigua a Kalamazoo donde su acceso era a través de un enrevesado trazado lleno de curvas lindantes con precipicios de vértigo.

El muchacho, mientras la nieve caía con más fuerza alentada por la ventisca que sin embargo no empujaba la niebla hacia las montañas, caminó con una sensación agrídulce por cuanto su primer plan aquella mañana de acabar con esa bruja de la Davis había resultado fallido; de quien había tenido constancia cómo había estado averiguando su vida y milagros en el anterior

colegio del Estado de Maine, hasta dar con esa historia del escorpión y la acusación que había soportado.

No podía permitir esa circunstancia y de ahí que le recetara una buena picadura que le dejase fuera de combate bien algunas semanas o, si había más suerte, de por vida. Al fallar dicha opción tenía previsto el plan “b”. en el que entraba en juego su vehículo, donde no tendría contemplaciones y mucho más cuando su comportamiento evidenciaba una actitud muy peligrosa a futuro, la cual coartaría sus maquinaciones.

Y, claro estaba, esa bruja jamás se saldría con la suya.

CAPÍTULO II

Nathan observó la hora en el reloj digital que permanecía encima del escritorio de su habitación y pensó de inmediato cómo el momento esperado de los miércoles se acercaba, el cual se producía de igual forma que el funcionamiento perfecto de una maquinaria relojera, justo a las seis y quince minutos de cada tarde ese día de la semana desde hacía ya un año.

Faltaban todavía un poco y sus pensamientos giraron en redondo hacia la forma que, desde entonces, las cosas habían cambiado de manera rotunda en comparación con la etapa anterior junto a sus padres. Precisamente para ellos tuvo un recuerdo leve, un tanto soez, y luego lo borró para concentrarse en los días sucesivos al accidente, tal como lo definió la policía, el cuerpo de bomberos y los peritos idiotas del seguro, quienes no tardaron en extender el oportuno y jugoso cheque con una cantidad astronómica sumando las cantidades de indemnización de la propia casa destruida por las llamas y, mucho más incrementada, con la correspondiente a sus padres que, al haber fenecido víctimas de accidente, aquélla era triple.

Diez millones de dólares no era moco de pavo, pero Nathan pensaba que era sólo un apunte en una cuenta corriente que él mismo ni siquiera tenía acceso a comprobar su número, dada su minoría de edad y el nombramiento de sus tíos maternos como tutores; lo cual era una lata y también una execrable miserabilidad de aquéllos, la cual comportaba que tan sólo tuviera una asignación mensual de escasos trescientos pavos que no le llegaban para mucho.

No obstante, lo que más le enervaba era la negativa en redondo de sus tíos para que de esa cantidad heredada y totalmente suya, le permitiesen disponer de una parte para poder adquirir un coche acorde con su nivel de renta.

Cuando Nathan mencionó ciento veinte mil dólares para comprar el coche que le quitaba el sueño, sus tíos pusieron el grito en el cielo. Para compensar la negativa, le ofrecieron cederle un viejo “Chevrolet” que su tía utilizaba en tiempos para ir de un lado a otro de la ciudad haciendo compras, lo que suponía para él una ofensa por cuanto sería el hazmerreír del instituto.

Su tío era de piñón fijo en cuantos temas eran delicados y, en concreto, aparte de la ausencia de gastos superfluos en lujos innecesarios, creía a pies juntillas en la educación pública y se había negado a que Nathan se formase en cualquier institución elitista, de cuyas maneras abominaba y lanzaba un discurso en contra nada más mencionárselo cualquier mortal que se lo sugiriese. Era una persona austera hasta la extenuación y eso a Nathan le exasperaba, ya que además se oponía frontalmente a sus deseos de disfrutar por anticipado de parte de su fortuna en fideicomiso.

Por lo tanto y teniendo constancia de la cerrazón de su tío, Nathan andaba en aquellos días maquinando fórmulas para hacerse con el dinero y así disponer de éste con destino a sus diversos planes que, conforme crecía, iban ampliándose y que unas arcas saneadas le permitirían hacer realidad sus sueños siniestros como siempre.

En tanto aquellas cábalas hacían un revoltijo en su cabeza, los apartó con su peculiar forma de concentrar sus sentidos para dar preponderancia al sonido que cada miércoles a la misma hora se producía y que, en ese preciso instante, se consumaba lo esperado.

De tal forma que su mente trajo al frente a Evelyn, su asistente y único ser que le acompañaba de lunes a jueves por la tarde cuando aparecían sus tíos

con la única intención de controlarle y tratarle como un crío que ya no era.

Evelyn no era su confidente, ni mucho menos, pero sí alguien que parecía ideada para sus desviaciones oscuras, por cuanto no se metía en nada, ni preguntaba qué hacía, de dónde venía o a dónde iba. Tenía ese sentido de la medida que a sus tíos les faltaba, y sabía apartarse de su lado dejándole el sitio para tener esa sensación de libertad que necesitaba.

Nathan pensaba que hacía bien en tener esa actitud aséptica con él - máxime cuando de lo contrario no tardaría en aplicarle un correctivo que le pusiese en su sitio- por lo cual aplaudía permitiera sus maquinaciones privadas sin que se metiese en sus asuntos.

En su día, cuando llegó a la casa y supo cómo se organizaría su estancia con sus tíos y que Evelyn tomaría el mando de lunes a jueves, Nathan y en previsión de que necesitase argumentos a futuro con los que ablandar a la asistenta si fuera el caso, preparó un ardid con el cual no tardó en tener el éxito que esperaba.

Y, tal como pensó, de la manera más inesperada que pudiese imaginar. De esta forma, como hacía a esa misma hora desde hacía meses, Nathan salió de su habitación, se deslizó con cuidado hacia la habitación que hacía de salita de plancha, la cual se encontraba justo contigua a los dormitorios y allí, en la más absoluta intimidad quitó uno de los cuadros de escenas campestres que colgaban de la pared, extrajo un trozo de madera encajado en un pequeño orificio y observó, como tantas veces, cuanto ocurría en el “sancta sanctorum” de Evelyn.

Así, Nathan contempló como cada miércoles, de qué manera la asistenta permanecía desnuda echada en la cama siendo penetrada por Peter Agnew, quien resultaba ser el marido de la vecina y mejor amiga de su tía Clara y no menos de su tío y compañero de largos partidos de golf en el exclusivo club de Kalamazoo.

Si esto ya era sorprendente, más lo era aún el hecho de que Agnew compaginase su puesto como concejal de Seguridad del municipio con el de pastor de la Iglesia Episcopaliana y fuera reverenciado por ser el hombre más recto, pulcro, casto y piadoso de todo Kalamazoo, predicando tanto la templanza como la beneficiosa abstinencia sexual para elevar los espíritus desterrando así la carne de las vidas de sus conciudadanos, hasta el punto de que sonaba cada año para ser elegido candidato a Gobernador del Estado, contando con el apoyo entusiasta de su tío ya Senador y promotor de esa erección a los altares políticos de tan singular eminencia de ejemplaridad como era Agnew y, en sus palabras de manipulador político, de la mayor pureza en cuantas acciones acometía, de una fidelidad extrema a su mujer, sus hijos y toda su familia.

En tanto Nathan les veía gozar a ambos, recordó la sorpresa que le produjo el primer día que logró acceder a través del orificio a las intimidades de Evelyn y saber quién era su amante a deshoras. Y es que jamás se lo habría imaginado y hasta calculó de qué manera se habrían conocido aunque, tal como barajó, era evidente que en esas mañanas en las cuales estaba sola ella y Agnew burlaba a su esposa a pocos metros en la casa de al lado para iniciar su aventura.

Por su parte, más le resultó chocante lo de Evelyn, a quien él veía desde el prisma de los dieciséis años como alguien muy mayor y, en cambio, acababa de cumplir la cuarentena y su físico mantenía la tersura en toda su extensión. De ella, Nathan sabía cómo estaba casada y su marido apenas ganaba para mantener a los dos, por lo que había aceptado ese trabajo que le mantenía de manera permanente en otro hogar durante cuatro largos días cada semana aunque con un salario más que decente y acorde al esfuerzo que debía realizar.

Sin nada nuevo que observar, conociendo en profundidad toda la

parafernalia de los amantes y hasta el tiempo que tardaban en consumir todo, Nathan prefirió retirarse y continuar con sus cosas, cerrando el orificio y saliendo de aquel lugar para preparar nuevas argucias con las que sacar ventaja y, de paso, penetrar hasta el tuétano de la vida de quienes le rodeaban.

De nuevo en su cuarto, colocándose los auriculares para dejar de escuchar los gemidos de placer de Evelyn, se puso a repasar a través de las ediciones digitales de los periódicos en el ordenador las últimas noticias llegadas a la redacción. Estuvo de manera obsesiva entrando y saliendo en cada una de las cabeceras de los diarios y también las de las televisiones locales en busca de esa nueva que esperaba ansioso.

Cuando llevaba más de media hora, Nathan se dio por vencido y comprendió que su plan “b” con la señorita Davis no había sido un éxito y, por lo que comprobaba, un serio fracaso que suponía un revés para sus presupuestos orientados a terminar con esa amenaza viviente.

Su neurosis obsesiva compulsiva le hizo imaginar fórmulas para salir de dudas de por qué aún no había noticias de un accidente en los sinuosos accesos al pueblo donde residía la odiosa profesora. Ni siquiera en la propia Kalamazoo, por si hubiese ella detectado el fallo en los frenos antes de adentrarse en las montañas y, por lo tanto, en un laberinto de curvas peligrosísimo.

De entre todas aquellas fórmulas –en su mayoría diríase más que peregrinas e imaginadas en un momento de enervamiento al no cuadrarle sus presupuestos- halló una que comprendió sería arriesgada pero en especial efectiva con tal de aclarar cuanto antes dónde había estado su fallo, por el cual se sentía al borde del ataque de nervios deseando en ese instante atrapar a cualquier hijo de vecino y romperle hasta el último hueso; escuchando complacido sus alaridos de dolor.

Teniendo la ventaja de que Evelyn estaría ocupada todavía más o menos

una hora con su conquista de la casa de al lado, Nathan fue al despacho de su tío, luego rebuscó en el primer cajón del escritorio donde sabía tenía las llaves de su tesoro más preciado, de nombre “Mustang GT”, se las guardó y abandonó la casa a través del jardín dirigiéndose hacia el garaje donde se encontraba el vehículo cuidado como oro en paño.

Nathan estaba tranquilo, y tal vez más de lo debido, puesto que no era la primera vez que cruzaba esa raya imaginaria que su tío le había impuesto de no acercarse a su preciada joya, y en más de una ocasión había conducido aquella máquina impoluta que se encargaba luego de colocar en su sitio sin evidencias de haber realizado tal cosa prohibida, amparándose en la confianza plena de su tío en él y que -conforme a ésta- jamás consultaba el cuentakilómetros.

Sin más, se acomodó en el interior del vehículo, introdujo la llave y dio al contacto para luego oír cómo rugía la bestia de cuatrocientos sesenta y seis caballos de potencia, cinco mil centímetros cúbicos de cilindrada y caja automática, la que condujo de manera cuidadosa hacia el exterior de la casa y de ahí hasta la carretera de acceso a la autopista, tomando a continuación rumbo al pueblo de la señorita Davis.

Apenas quince minutos después y superado un atasco vespertino en la salida de la ciudad, Nathan circulaba respetando a rajatabla las señales de tráfico que el ordenador del “Mustang” le iba indicando con su voz sintética, haciéndole advertencia de igual forma de los radares de velocidad que existían en cada uno de los postes de la autopista y así evitar disgustos ulteriores con su tío.

Conociendo la ruta que había debido seguir la Davis, Nathan escudriñó los bordes de la carretera y, una vez en las curvas pronunciadas, con más cuidado de observar cualquier atisbo de accidente. Sin embargo no fue así, puesto que no consiguió ver nada que se saliera de lo común en todo el tramo

de autopista y luego en la carretera de doble sentido por donde también transitó e, incluso, llegando a entrar en el pueblo en cuestión.

Previendo no llamar mucho la atención, tan sólo hizo un pase por delante de la casa de la profesora para comprobar si estaba aparcado el “Toyota Prius” y, en efecto, no se encontraba allí. Dicha circunstancia le dio cierta esperanza de que el accidente pudiese haber ocurrido.

No obstante, para cerciorarse a fondo del tema, se le ocurrió un movimiento de tablero no menos arriesgado que el que estaba llevando a cabo en esos momentos, el cual consistía en telefonar a su casa, cuyo número conocía de sus investigaciones, y rascar información a quien le atendiese.

Ni corto, ni perezoso tampoco, el muchacho aparcó delante de una cabina pública de teléfono, se bajó del “Mustang”, tomó una moneda de su bolsillo, la introdujo en el aparato, marcó de memoria y esperó la respuesta.

—*¿Dígame?* —escuchó al otro lado una voz aguardentosa, de alguien que calculó en la ancianidad.

—*Muy buenas tardes, señora. Disculpe que le moleste. Llamo de la compañía de telecomunicaciones ATT y desearía hablar con la señora Bridget Davis*

—*¿Bridget?* —respondió la mujer con la pregunta— *Ahora es imposible. Volverá a casa más tarde. Tiene hoy dentista. Por lo tanto, haga el favor de llamarle mañana y espero no se le ocurra hacerlo esta noche*

—*Ni mucho menos, señora. Le pido perdón de nuevo y dígame que lo haremos así. Hasta pronto y saludos desde ATT, su compañía amiga* —contestó Nathan haciendo un esfuerzo por llevar su tono de voz a lo más grave que pudo encontrar en sus registros y, con la información recibida y muy valiosa, colgó dibujando en su rostro una sonrisa de satisfacción ya que ese plan puesto en marcha seguía su curso en esos momentos y, todavía, con opciones claras de coronar la meta para recibir los laureles del vencedor.

Con aquella dulce sensación, el chico volvió al “Mustang” y arrancando la soberbia máquina aceleró hasta volver a la carretera y, tras pasar la criba de las curvas que fueron pan comido para la tracción total del coche, circuló por la autopista pero con sumo cuidado de no tomar la desviación que acortaba camino a Kalamazoo, dado que había cámaras que registrarían su paso y, sobre todo con mayor riesgo, la matrícula que le delataría.

Media hora escasa después, sin que la nieve hubiese hecho acto de presencia, Nathan entró en el túnel de lavado del “Wall Mart” que se encontraba a la espalda del acceso a su urbanización y eligió lavado, secado y encerado, además de lustrado de ruedas en el panel de control. Se relajó y dejó que la máquina dejara al “Mustang” más reluciente que antes de sacarlo del garaje y, una vez brillante la carrocería, lo condujo hasta aquél y, sin armar demasiado ruido, lo aparcó tal cual estaba.

Unos minutos después, tras entrar por la cristalera del jardín, el muchacho cruzó el salón, fue a la cocina a por una lata de té helado, subió a su habitación y, sentado en su sillón, guardó silencio hasta comprobar cómo la sinfonía amorosa de Agnew y Evelyn parecía continuar; lo cual le pareció pintiparado para sus planes y dudaba que la asistente, tal como gemía, se hubiese enterado siquiera de que había salido de la casa y mucho menos arrancado el objeto más preciado de su tío; en el que, de manera egoísta, no había escatimado un dólar como hacía con las demás cosas en las que racaneaba pese a su fortuna.

Transcurrió lo que restaba de tarde con toda normalidad, retomando Evelyn sus idas y venidas por la casa y Nathan haciéndose el nuevo en su habitación con un libro abierto y los auriculares colocados. Le oyó como abría la puerta a su vecino y éste desaparecía entre las sombras del jardín rumbo a su pacata vida junto a su esposa que, tal como había averiguado, cada miércoles no faltaba a la reunión de las damas de la caridad de la parroquia

episcopaliana, lo que aprovechaba el pastor de manera simultánea para cuidar de una oveja en particular.

A las ocho y media, Evelyn le llamó desde la planta de abajo para decirle que la cena estaba lista. Nathan, actuando como si nada, bajó las escaleras, llegó a la mesa, tomó asiento y saludó de manera amigable a su asistente, quien pareció mohína y le puso ciertamente nervioso.

—*No pensarás que vas a presentarte aquí así, de esta manera tan condescendiente, y que yo voy a hacer la vista gorda contigo* —le soltó Evelyn, tras servirle una bandeja con verdura salteada y exquisitos trozos de pollo marinado como le gustaba al muchacho.

—*¿Vista gorda?* —preguntó Nathan con un gesto cínico que Evelyn, a bote pronto, no entendió.

—*He escuchado rugir el motor de ese coche que tu tío sería capaz de asesinarte si se enterase de que...*

—*Bueno, Evelyn, es verdad* —reconoció el chico con cintura, consiguiendo rebajar el gesto de severidad de la asistente— *Reconozco que lo he arrancado. Pero, la verdad, sólo para oír el sonido de ese motor que me disloca ¿Sabes? En cuanto consiga el dinero de mis padres, tendré uno aún mejor que ese y hasta podré comprarte uno a ti*

—*No hace falta que me compres nada, Nathan. Sólo deseo no tener problemas y conservar este trabajo ¿Te enteras? Así que no pases de arrancar el motor y, jovencito, por lo que más quieras no se te ocurra sacarlo del garaje*

—*Prometido* —contestó Nathan sumiso, comprobando cómo el temporal había sido capeado sin que tuviese que echar mano de su principal paraguas protector y así guardarlo para mejor oportunidad

—*Estoy rendida, Nathan* —comentó la asistente.

—*No me extraña* —soltó el chico sin pensar en lo que decía.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —preguntó Evelyn mosqueada ante la forma de decir el chico aquello, mientras devoraba el pollo marinado y engullía los trozos de dos en dos.

—Nada, sólo quería decir que es tarde y has estado trabajando todo el día

—Sí, sí, Nathan, es cierto. No he parado ni un momento

—Ya, ya —dijo esta vez el muchacho, conteniéndose la respuesta ácida sin desvelar sus conocimientos de la forma de aprovechar la tarde por parte de Evelyn

—¿Sabes? Voy a darme una ducha y me voy a meter en la cama

—Yo haré igual, sólo que sin ducha

—Pues, chico, te dejo que termines la cena, no abuses del chocolate que cada noche vas y te zampas y luego apaga las luces si vas a subirte a tu habitación

—Lo haré más tarde. Veré antes una serie en la televisión

—De acuerdo, pero no te quedes hasta las tantas. El día llega pronto y al amanecer se te pegan las sábanas a la hora de ir al instituto. Por cierto ¿Se arregló lo de esta mañana...?

—Sí, claro. Un malentendido por una estúpida profesora. Me bastó echar mano del móvil, marcar el número de tío John y a los quince minutos tenía a mi lado a un abogado que le puso firme. Hasta el director se ablandó de lo lindo y me pasó a otra aula. Así no tendré que soportar más a esa bruja del demonio

—Nathan, conforme, pero no abuses de tu tío para esas cosas. Si has hecho algo malo, debes...

—¡No hice nada! —perdió la compostura el chico por un momento— ¡Es que me tiene entre ceja y ceja esa, esa...!

—Bueno, tranquilo, no te enfades. Además, según dices, ya ha pasado y

mañana será un nuevo día en una nueva aula. A ver si esta vez no tienes problemas

—¿Problemas? ¿Qué dices? Yo nunca los busco, Evelyn. Son ellos los que me acosan y tengo que defenderme. Siempre ha sido así ¿Sabes? Por eso he aprendido cómo hacerlo y me temen

—Pero, Nathan, mejor haz amigos y, en fin, también amigas, porque imagino que alguna te gustará del instituto

—¿Esas? Nada de nada —acompañó sus palabras con un gesto despectivo y hasta de mal gusto tal como pensó la asistente, quien estaba ya acostumbrada a esas salidas de tono cuando le sacaba el tema —No las soporto. Son auténticas niñas. No me interesan y menos siendo todas tan cursis

—Bien, seguro que alguna te atraerá. Es lo normal a vuestra edad —contemporizó Evelyn, en cada ocasión y de buen grado en su rol de moderadora de ese peculiar carácter, tan arisco como profundamente irascible, del muchacho.

—No sé. Por mi parte, prefiero entretenerme en otras cosas que perder el tiempo con romanticismo barato. Todas desean lo mismo, y prácticamente secuestrarte. Si quisieran mi cuerpo, pues lo entendería. Pero no se conforman ¿Sabes? Lo quieren todo y, si me apuras, hasta mi alma si pudiesen echarle el guante

—Chico, eso es el cariño ¿Por qué lo ves de esa forma tan negativa? Si alguna se enamora de ti, es lógico que quiera estar contigo todo el tiempo y, no lo niego, acapararte

—¿Todo el tiempo? ¿Acapararme? ¡No, no, jamás lo permitiría! Necesito mucho para mí y cuando me haga con ese dinero tengo que poner en marcha decenas de proyectos y, te aseguro, en ninguno de éstos figura una de esas niñas estúpidas

—Bueno, Nathan, todo se andará y llegará el día en que sientas algo especial por una de ellas. Ya verás cómo será irremediable para ti y, entiéndelo, es cuestión de edad. En fin, estoy cansada como te dije y me retiro ya. Buenas noches y no dejes encendidas las luces —concluyó sus admoniciones la asistenta para a continuación subir las escaleras, perdiéndose hacia el cuarto de baño de invitados en el fondo del pasillo de la planta alta.

Por su parte, Nathan acabó con las viandas y, haciendo caso omiso de la recomendación de Evelyn, no tardó ni un minuto tras perderla de vista en ir hasta la cocina, abrir la despensa, tomar una barra de chocolate con almendras enteras —lo que resultaba ser su cotidiano colofón preferido para la cena— volver al salón para acomodarse en su sillón relax, pulsar el mando a distancia y seleccionar el canal de televisión por cable que tenía previsto visionar esa noche.

Liquidada la barra de chocolate, el chico dejó que el sueño más tarde hiciese su aparición en medio de la película de terror que presenciaba, quedándose sin ver el desenlace. El cambio de programa hizo que despertara y decidiera era el momento de irse a la cama. Apagó el televisor, las luces del salón, también las del recibidor y se encaminó a la planta alta donde, cerrando la puerta de su habitación y en la quietud del silencio nocturno, se deshizo de la ropa para finalmente meterse en la cama, donde prolongó el sueño ya tenido en el sillón; si bien más profundo.

Una hora más tarde, cuando el reloj digital de su escritorio marcaba la doce y media de la madrugada, Nathan se desveló y pensó durante un instante que el atracón chocolatero le había provocado la interrupción del descanso, después de un día agotador y con mucha más tensión de lo habitual.

No obstante, no encontró el motivo de que sus ojos de nuevo estuvieran abiertos, su mente activa y sus oídos captasen una conversación metros allá de su cuarto, sin precisar de qué trataba. Al minuto de aquello y concentrada toda

su atención en el bisbiseo que le llegaba, saltó de la cama, se puso la camiseta y un pantalón deportivo, dejó atrás las zapatillas para no hacer ruido y salió al pasillo.

Conforme había orientado la conversación, quedó patente cómo procedía de la habitación de Evelyn y, sobre la marcha, le vino a la cabeza la idea de que Agnew había vuelto a por más y ella estaría parándole los pies por el hartazgo de sexo de la pasada tarde inacabable de penetraciones continuas.

Así, el chico retomó la maniobra de ir hasta la habitación continua a la de Evelyn, descolgar el cuadro, quitar el trozo de madera de la pared y observar qué ocurría al otro lado. Nada más divisar el interior, cayó en la cuenta de que tanto ella como Agnew, según él previó, se encontraban fuera del campo de visión, pero sí podía percibir con más claridad lo que hablaban.

De esta forma, oyó le decía Evelyn a su visitante nocturno que cómo se le había ocurrido aparecer por allí a esa hora. Luego, también recriminándole, que el sobrino de los dueños de la casa estaba dormido en una habitación cercana, que no eran formas de presentarse allí y que diera la vuelta y se marchara porque no estaba dispuesta a mantener sexo con él.

Tras esto, hubo un tiempo indeterminado en el que no escuchó nada y sí algún que otro suspiro de Evelyn, por lo que supuso que sus palabras habían tenido poco efecto y Agnew iba ganando la partida para continuar su sobresaliente faena en el lecho de la asistenta durante la tarde pasada.

Nathan pegó el oído y de nuevo pudo oír, esta vez con más claridad, a Evelyn lanzando un gemido de placer que le advirtió cómo se aproximaba el momento de meterse los dos en la cama. Pero, de improviso, sin que pudiese imaginar lo que iba a presenciar, la pareja de amantes entró en el campo de visión del muchacho y pudo distinguir los dos cuerpos abrazados y, con estupefacción, comprobando cómo quien besaba a Evelyn y manoseaba su sexo ¡No era Agnew!

En ese instante, Nathan tuvo una sensación que le era bien conocida cuando su estómago se contrajo. En esta oportunidad pudo resistir la arcada, pero no su propia excitación al observar a Sam Slow, quien era el jovencísimo mantenedor de los jardines de la exclusiva urbanización, y más teniéndole a escasos centímetros desnudo en su totalidad echado en la cama, dejando que Evelyn disfrutara de su sexo.

Nathan, turbado ante la contemplación de la escena que le traía recuerdos morbosos, sintió culpable su propia erección y, tras esta, cómo el mundo volvía a abrirse a sus pies y era absorbido por una espiral que le arrastró hasta provocar en su mente pensamientos violentos, donde la rabia hizo acto de presencia tensando sus músculos, tomando el control de aquella una vez más ese otro “yo” interior lleno de furia quien le obligó a salir de aquel lugar, regresar a su habitación, vestirse, calzarse y, bajadas las escaleras y salido al jardín a través de la cristalera, dirigirse hacia el garaje donde buscó una barra de acero y, tras montarse en su bicicleta, pedalear sin descanso en medio de la madrugada para perderse dentro de la senda arbolada contigua a la urbanización, desde la cual apenas en línea recta había un par de cientos de metros hasta la parte trasera del “Wall Mart”, cuyo centro comercial permanecía a esas horas cerrado.

Nathan, de nuevo un autómatas en manos de ese otro “yo” vengativo, sanguinario, desquiciado, henchido de crueldad, no tardó mucho en acceder al lugar donde aquél le empujaba a ir y en el cual, tal como conocía, buscaban efímero refugio nocturno algunos vagabundos presas inocentes del alcohol, quienes deambulaban durante el día por entre la multitud de carros de compra mendigando una moneda a las amas de casa al salir éstas del centro comercial.

En más de una ocasión, a él mismo le habían asaltado y conocía de sobra sus formas pegajosas y también su aliento ácido junto a ese desagradabilísimo hedor corporal nauseabundo, el cual a Nathan le llegó inequívoco cuando se

encontraba todavía a unos metros de la zona donde se mimetizaban entre los contenedores de basura; lo que resultaba su hogar improvisado, teniendo el mismo olor pútrido ellos mismos que su acogedora zona de desechos.

Nathan dejó la bicicleta unos metros antes de acceder al sito conocido y olisqueado, anduvo unos cuantos pasos y, tal como había previsto, delante de él, acurrucado entre cartones, tapado de manera rústica con jirones de algo indeterminado, emitiendo ronquidos que podrían hacer temblar los cimientos del mismísimo centro comercial, permanecía echado aquel sujeto con una botella de vino barato medio llena y una decena de latas de cerveza rodeando un cartón de leche cuyo olor agrio percibió.

Aquel mísero vagabundo alcoholizado estaba sumido en un sueño tan profundo, que la primera patada propinada por Nathan ni siquiera hizo el efecto que éste había calculado antes de ejecutarla con todas sus fuerzas. Por el contrario, el sujeto lanzó más ronquidos y con mucha más fuerza, pareciendo entrar en un nuevo estado de somnolencia profundo con esa acción cobarde del muchacho.

Nathan pensó durante un instante y comprendió que ese primer golpe no había sido certero y que el vientre del tipo pestoso estaba tan hinchado que le protegería de aquél. Por lo tanto, en la segunda patada apuntó bien en la boca del estómago y se aseguró de no errarla, por lo que hasta sintió cómo la punta de su bota se hundía en aquél y, al escuchar el grito de horror del vagabundo, pensó había hecho blanco.

No obstante, el chico no estaba contento con los alaridos de dolor ni las repetidas solicitudes de auxilio del asqueroso tipejo, tal como le definió allí tirado y encogido sobre su estómago, así que lanzó una tercera patada aún más fuerte y certera dándole de lleno entre el labio superior, que partió en su totalidad, y la nariz, de la cual oyó el chasquido de los huesos cómo se hacían trocitos.

No obstante, la rabia interior de Nathan, provocada por la frustración, por sus miedos internos, por esa mente retorcida de sentimientos insanos, pedía más y no se contentaba con aquel espectáculo de sangre saliendo a borbotones de la boca de su víctima, por lo que tomó la barra de acero de su plumífero y, alzándola con fuerza, comenzó a machacarle el cráneo una y otra vez, de manera compulsiva hasta que la materia gris comenzó a salpicar el contenedor de basura y el cuerpo del vagabundo se tensó en toda su extensión para, tras unos segundos, relajarse por completo hasta quedar como un guiñapo sanguinolento.

Nathan entendió que su misión estaba concluida, su deseo saciado y, ya relajado, dejó aquel lugar de sangre y muerte pedaleando frenético en la noche fría envuelto en las sombras, escurriéndose por la senda arbórea colmado de placer, sabiéndose triunfador, sintiendo que tenía el control y esa capacidad para decidir sobre la vida y la muerte de quienes le rodeaban, teniendo la constancia de ser un súper hombre, casi un semidiós coronado con laureles de oro relucientes y que su sitial marmóreo le aguardaba en ese olimpo de los elegidos para gobernar a los tristes mortales bajo sus pies.

Escasos cinco minutos después, ya cobijada la bicicleta, cerrado el garaje, entró en la casa y en silencio se dirigió hacia el sótano donde, delante de la estufa que gobernaba la calefacción central, se desnudó íntegro y, abriendo la compuerta, introdujo hasta la última prenda todavía con las señales del vil asesinato recién cometido y que, siendo testigos mudos de su cobardía, de esta forma terminaba de manera drástica con la remota posibilidad de que fuese incriminado.

Después de permanecer de pie observando cómo se convertía en ceniza todo su vestuario, en su misma desnudez subió hasta la planta baja, luego hasta la superior y, confirmado que Evelyn y Sam continuaban su placentero encuentro, fue al cuarto de baño y, tras colocarse bajo la ducha, corroboró

confiado cómo el agua diluía las salpicaduras de sangre del vagabundo pegadas tanto a su rostro como a su pelo, las cuales resbalaron con lentitud hasta perderse por el desagüe y, de esta forma, sintiéndose una vez más en la más absoluta impunidad por sus acciones.

Nathan, entre el sonido del agua rebotando en el suelo de la ducha, advirtió el murmullo de los gemidos de Evelyn y eso hizo que su mente se viera envuelta de nuevo en un tiovivo de imágenes que aquello le sugería, imaginándole penetrada por Sam y éste alcanzando lo profundo de su sexo una y otra vez.

Hizo un esfuerzo por apartar el pensamiento, pero comprendió cómo ya era inútil y, derrotado, dejó libre su deseo oculto tras la ominosa auto censura de sus actos, dándose por vencido y permitiendo que el cuerpo musculado de Sam ocupara todo su entendimiento, dejando que la misma ansia erizara su piel recorriendo cada centímetro de ésta y su cuerpo reaccionara sin que un sentimiento de culpa le martirizase.

Nathan, abandonado ya al designio poderoso de su carne, con los ojos cerrados sintió la intensa erección y sus labios musitaron el nombre de Sam.

CAPÍTULO III

La mañana había amanecido de otro tenor y la nieve, ya en retirada desde el ocaso del día anterior, resultó varada en las montañas e incluso, junto a ella, también la niebla que había acaparado cada rincón de Kalamazoo, por lo que Evelyn pareció más animada que de costumbre al comprobarlo nada más observar a través de la ventana de la cocina el cambio radical, después de unos días que habían resultado tristes y sombríos cuando la luz se ausentaba mucho antes de lo habitual –en torno a las tres de la tarde- y la sensación de vivir en una noche continua le aletargaba.

No obstante, ese ánimo renovado por la misma luz de la bóveda celeste, el sol ascendiendo sin trabas y los colores inflamados alegrando por doquier la jornada, se veía empeñado por un escozor interno con el cual Evelyn había amanecido bien temprano -más de lo normal, como tuvo que reconocer para sí- motivado por los remordimientos que habían hecho fuerte mella en su mente.

Y es que lo ocurrido la noche anterior no tenía parangón con la sensación desagradable que, en su día, sintió cuando cayó rendida ante el marido de la vecina de al lado; para ella desde hacía meses simplemente Peter, del que se sentía profundamente enamorada.

Ese sentimiento áspero lo provocó en su día el pensar cómo traicionaba a su marido de aquella forma y no sólo por un simple capricho, sino que para ella era algo más relacionado con el mismo amor por Peter Agnew, quien llenaba por completo su corazón, haciéndole tocar el Cielo tan sólo con su presencia sin que el sexo fuese necesario en su relación romántica y sí como

un mero complemento.

Pero aquella mañana esa desazón, a modo de herida supurante, le tenía en un estado de melancolía que le impedía disfrutar también del hecho de que fuera jueves y terminara su semana laboral, regresando a casa para descansar hasta el siguiente lunes.

Evelyn no podía comprender cómo había podido permitir que ocurriese la noche pasada algo que no estaba dentro de su esquema mental. Tampoco podía asumir que hubiera caído en algo que jamás se había planteado, incluso desde que era una adolescente y los chicos comenzaban a ocupar buena parte de sus pensamientos.

No podía apartar la quemazón por consentirse el haber tenido sexo con alguien a quien no amaba. Se convencía a sí misma siempre cómo la misma acción con Peter Agnew estaba validada porque su amor por él era patente, y su forma de echarse en sus brazos había sido el fruto de un romance aquilatado en el tiempo; algo así como un cortejo de muchas jornadas en las que él se le acercaba, le hablaba, ella se estremecía y las cosas se fueron sucediendo de manera paulatina hasta aquel primer beso en la intimidad, los primeros abrazos y, finalmente comprendido el cariño mutuo, también la culminación con el primer coito en la soledad de la casa que selló su relación, más platónica en esencia que puramente sexual.

O, al menos, era lo que Evelyn pensaba de Peter Agnew, al que adoraba y rezaba porque llegase cada miércoles para poder compartir con él no sólo la desnudez de sus cuerpos, sino su simple compañía, su forma de hablarle, los detalles que siempre tenía y aquellos besos tiernos que le llenaban de esa felicidad que en su matrimonio, largo y tedioso, faltaba hacía muchos años.

Era incapaz Evelyn de quitarse de la cabeza a Peter, imaginando se enterase del desliz con Sam; a la sazón una belleza escultural de veintipocos años que andaba tras de ella desde hacía un par de meses, culpándose por

haberle permitido demasiadas confianzas. Se sentía culpable de igual manera porque tenía que reconocer cómo aquel cuerpo juvenil le atraía siempre que le tenía cerca y más cuando él, buscando motivos peregrinos, rozaba su cuerpo contra el suyo y dejaba que ella lo catara notando su fuerza indómita y que reflejara en su mente imágenes de cuanto permanecía oculto a sus ojos.

Evelyn, en su momento, se convenció de que aquello era sólo un inocente juego sin nada censurable a su parecer y, por el contrario, ahora comprendía que muy peligroso puesto que era cierto cómo más de una vez Sam manoseaba sus curvas y, justo por esto, se sintió aún más culpable porque reconocía para sí cómo no era simplemente por el placer de ser tocada en sus puntos sensibles sino por cómo su ego crecía y crecía; sintiéndose gratamente deseada por alguien a quien doblaba de largo la edad.

De todos los resbalones por los que se auto flagelaba, Evelyn se dolía del que había tenido lugar la mañana del día anterior, cuando el bello mantenedor le pidió pasar a la casa y ella consintió sólo con la intención de que le ayudara a bajar una de las pesadas cajas que estaban en uno de los altillos de la cocina. Fue en ese momento permaneciendo ella con la guardia bajada, cuando él -y en un movimiento tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar- le abrazó y besó mientras sus manos recorrían lascivas cada parte de su cuerpo que reaccionó de inmediato, impidiéndole frenar aquello y, por el contrario, abandonándose a él.

Evelyn, cabreada consigo misma, recordó cómo la inesperada llegada de Nathan a la casa mucho antes de lo habitual, y por el motivo que luego conoció, logró que aquel momento de debilidad concluyese y ella misma acusándose de haberlo permitido. De todas formas, el joven mantenedor, sin satisfacer sus deseos en su totalidad, le advirtió que esa noche volvería y que le esperase.

Evelyn, en aquellos instantes todavía con el regusto del placer prohibido,

le contestó que sólo le dejaría pasar un momento para poner claras las cosas y que no habría más que eso; aunque se castigó de manera severa a sí misma por haberle dejado volver aquella noche, quizás porque en su interior deseaba ese cuerpo de fábula tan alejado de lo que su edad le permitía disfrutar tanto en su marido como en Peter.

Mientras observaba cómo el café iba goteando en el fondo de la jarra, negro, intenso, aromático, Evelyn recordó el momento en que, pese a su primera intención, dejó que Sam entrara en la casa pasada la medianoche y comenzaran una conversación que, sin que pudiese hacer nada, concluyó en su dormitorio. En su descargo, se dijo a sí misma que resistió cuanto pudo, que dijo palabras hasta la extenuación para controlar el deseo del joven por terminar lo empezado aquella mañana, que intentó negociar una salida donde el sexo no apareciese pero, por mucho que se juzgó con benevolencia, tuvo que admitir cómo contemplar el cuerpo desnudo del jovencito, también de acariciarlo en toda su extensión, borró las prevenciones, también el profundo amor por Peter, y se rindió ante la evidencia del deseo de su propio cuerpo, de su carne enaltecida, sintiendo no sólo el placer de ésta sino también el de ser deseada de esa manera tan primitiva, tan salvaje como la forma de saciarse aquel joven en su cuerpo que le entregó generosa para su disfrute.

—*¡Buenos días, Evelyn!* —escuchó la asistente, contemplando a Nathan entrando en la cocina y ya pertrechado por completo para acudir a las clases del instituto.

—*Hola, Nathan ¿Has dormido bien?*

—*Claro, Evelyn*

—*¿Seguro?*

—*Sí ¿Por qué?*

—*Anoche escuché ruidos*

—*Pues, yo también*

—¿Qué quieres decir, Nathan?

—Pues, eso mismo. Pero nada de particular

—Creo que te levantaste

—Bueno, sí. Tuve que ir al baño. La cena ¿Sabes? Me desvelé y no podía volverme a dormir

—Más bien el chocolate, diría yo

—En fin, me pasaría un poco

—¿Un poco? La tableta desapareció y el envoltorio acabo de verlo en la basura

—Lo confieso. Me la zampé toda. Pero, querida Evelyn, prometo no hacerlo más

—Hasta esta noche, claro está

—¿Esta noche? Recuerda que es jueves y ya estará por aquí mi tía. Así que no me lo permitirá, Evelyn. Ya sabes cómo es

—Sí, claro, sé cómo es y te dejará comerte no una, sino dos si es tu deseo

—Tranquila, que sólo será una

—Bueno, otra cosa quería preguntarte

—Tú dirás

—¿Qué hacías anoche yendo y viniendo al garaje?

—¿Garaje?

—Sí. He dicho con claridad garaje. Te vi pasar al asomarme a la ventana

—Sí, bueno, verás, es que como no podía dormir me puse a arreglar uno de los altavoces del ordenador. Me faltó un destornillador de estrella, así que salí un momento

Espero que no andes con algo raro

—¿Raro?

—*Quiero decir algo explosivo, o tóxico o...*

—*Sólo es electrónica. No hay que temer explosiones ni nada parecido*

—*Está bien, pero procura no salir de la casa tan tarde en otra oportunidad*

—*Conforme. Ahora ¿Podría desayunarme?*

—*Sí, hombre, ya acabó el interrogatorio* —comentó finalmente Evelyn, poniéndole un cuenco de cereales con leche caliente y un zumo de naranja.

—*No tardes mucho que casi es la hora...* —interrumpió Evelyn sus palabras al escuchar cómo sonaba el timbre y en la pantalla del “videoportero” observaba a un par de sujetos vestidos de chaqueta y corbata y, tras ellos, otro con uniforme policial.

—*¿Policía?* —preguntó Evelyn a Nathan, añadiendo un gesto de extrañeza en su rostro.

—*Algún gato de los vecinos se habrá subido a un árbol y no sabe bajar* —respondió con ironía el joven, en tanto degustaba los cereales sin prestar demasiada atención.

—*Vamos a ver ¿Estás metido en algún lío, Nathan?* —preguntó Evelyn lanzándole una mirada escrutadora que éste recibió con un punto de ira en la suya que aquella captó enseguida, lo que consiguió ponerle los vellos de punta.

—*¿Qué pasa, Evelyn, si lo estoy?* —con estudiada pose amenazante, Nathan devolvió la pelota al tejado de la asistenta con aquella pregunta, dejándole una turbación difícil de disimular para ella.

—*¡Por Dios! ¿Qué has hecho? ¿Ha sido esta noche?*

—*¿Qué he hecho yo?* —contestó el chico con una sonrisa burlona, levantando a la vez la ceja izquierda mientras pronunciaba la pregunta— *Tal vez deberías preguntarte qué has hecho tú y, si me apuras, con quién*

—*¿Qué estás intentando insinuar, mocoso?* —acusó Evelyn el dardo,

aunque como pudo plantó cara a la descarada actitud del chico, quien se crecía a cada momento frente a ella sin que la presencia policial le hiciese temblar ni el tono de voz y, mucho menos, las piernas.

—*Será mejor que abras, Evelyn. Los policías tienen mal carácter y se van a impacientar* —contestó el muchacho y la asistenta decidió cerrar la boca de repente pero después de hacer un amago de lanzarle un improperio, el cual ella misma pensó era de lo más inútil, para luego echar a andar hacia la puerta de entrada y dejarla expedita al cortejo detectivesco que se presentó ante ella, formado por los tres agentes de la Ley con gesto de seriedad manifiesta y, a su parecer a simple vista, portadora de malos augurios.

—*Buenos días, señora* —habló el más veterano de los dos policías, un hombre frisando la cincuentena, con un grueso mostacho y gafas de miope— *Detectives Lee y Marvel, así como agente Shultz de la policía metropolitana. Por favor, discúlpenos por llegar así de esta forma y tan de mañana*

—*No se preocupen, ya estábamos desayunándonos. Por cierto, si quieren tomar una taza de café...*

—*¿Sabe lo que le digo, señora? No sé mis compañeros, pero por mi parte y teniendo en cuenta el frío que hace, sumando la mañana de perros que llevo, se lo acepto encantado* —contestó el detective de menos edad pero, incluso así, con no menos de los cuarenta evidenciado en su rostro, quien no dejaba de observar la belleza madura de Evelyn para quien el uniforme que vestía, delatándole como asistenta, no le restaba atractivo y en particular pensó cómo realzaba lo exuberante de sus pechos al quedarle ajustado al cuerpo permitiendo que las curvas se magnificaran, sin dejar de admirar unas piernas largas y perfectas cuyo conjunto le hacían parecer no menos de diez años menor de lo que su partida de nacimiento declaraba.

—*Seguro que sus compañeros se unen a usted* —dijo la asistenta y, con risas por parte de todos, aceptaron pasar y dirigirse hasta el salón donde les

acomodó y, disculpándose durante unos minutos, regresó con una elegante bandeja portando un delicado servicio de café en porcelana, donde no faltaban al lado un surtido de pastas con una impronta exquisita que hizo las delicias de los policías ateridos todavía de frío.

—*No recuerdo que nos trataran así en sitio alguno, señora o, no sé, si señorita*

—*No, no, por favor, soy señora, pero le advierto que aquí solo soy la asistente*

—*¡Y qué asistente!* —respondió adelantándose una vez más a sus compañeros en el cumplido el más joven del dúo de detectives, quien pareció iniciar un acercamiento de más calado a Evelyn; sintiéndose ésta halagada por el interés mostrado por el detective, si bien de igual forma pensó era inútil al no encajar en su tipo.

—*Bien, caballeros, les diré que los propietarios de la casa residen en Washington, aunque esta noche regresarán para pasar el fin de semana* —Evelyn cortó de esta forma cualquier nuevo intento de aquel admirador surgido de improviso, centrando el tema que les había traído y dejando claro que sólo era una simple empleada de hogar.

—*No podemos esperar tanto tiempo. Por cierto, su nombre...*

—*Evelyn*

—*Pues, Evelyn* —siguió hablando el más veterano— *tal como le decía, es imposible demorar más el tema que nos ha traído y, le confieso, se trata sólo de una visita de rutina aunque tampoco voy a negarle que debemos comprobar varios temas. Quizás pueda ayudarnos y le adelanto que no supondrán excesiva molestia para usted*

—*De acuerdo, detective, pero todavía no me han dicho ustedes qué ha motivado esta visita, así a hora tan temprana. Si les han sacado del calor de la oficina, debe ser por algo de verdad serio*

—Sí, Evelyn, tiene toda la razón —habló esta vez su admirador— *Y muy serio puesto que se trata de un asesinato*

—*¡Jesús bendito! ¿Asesinato?* —se sobresaltó la asistente, quien acompañó tanto la exclamación como la pregunta con el gesto de persignarse.

—*Algo terrible, sí, señor. Ocurrió anoche en la parte trasera del centro comercial que tienen ustedes tan cerca*

—*¡Qué horror! Y ¿Quién...?*

—*Un vagabundo. Ya sabe, uno de esos sin hogar que deambulan pidiendo monedas entre los coches aparcados y...*

—*¡No me diga! ¡Le conocía! Pobre hombre. Yo siempre le dejaba la moneda del carro de la compra ¿Saben? Aunque sabía que andaba reuniendo cuanto podía para entrar en el centro comercial y comprar vino y cerveza que bebía desde el amanecer sin parar. Dios le tenga en su Gloria*

—*Seguros estamos que será así. Se trataba de un pobre diablo que, en realidad, sólo era un enfermo mental ¿Sabe? Perdió la cabeza al volver de Vietnam y estuvo dando tumbos hasta que cayó en el alcoholismo severo, por lo que perdió cuanto tenía y desde hacía muchos años tenía su cubículo entre los contenedores de basura, donde se ha encontrado su cadáver a primera hora de la mañana cuando los trabajadores han entrado a iniciar su jornada laboral*

—*Evelyn ¿Está sola?* —preguntó el otro detective mirando hacia la cocina.

—*No, no. Está desayunándose el sobrino de los señores. Cuido de él de lunes hasta hoy jueves y, si no me equivoco, le quedan cinco minutos para salir rumbo al instituto*

—*Me temo que va a tener que llegar algo más tarde*

—*¿Cómo?* —respondió Nathan, de improviso apareciendo en el salón, abandonando la cocina como un resorte al escuchar aquello— *Eso tendrá que*

decírselo al director del instituto y también al jefe de estudios. Me pondrán una falta y mis tíos...

—Ni habrá falta, ni tus tíos tendrán que llevarse un sofocón, muchacho. Tu obligación ahora es responder preguntas lo mismo que Evelyn, quien lo hace con gran amabilidad, y la de tu director o jefe de estudios, o quien haga falta, es aguardar a que concluyamos nuestro trabajo

—Ya he oído lo de ese tipo ¿Qué tenemos que ver nosotros con él?

—Joven, no se trata de eso —tomó la palabra el detective de más años y quien llevaba el mando al parecer— Sino de que tenemos que llevar a cabo una criba de toda esta urbanización casa a casa, puesto que tenemos fundadas sospechas de que el asesino procedía de este sector de la ciudad

—Esto es una urbanización de lujo, señor. No hay vagabundos alcohólicos ni gente de mal vivir

—Veo que eres joven, pero tanto tu vocabulario como tus mismas formas son de más edad

—Sólo digo lo que pienso. No comprendo por qué motivo tiene que ir de casa en casa como si fuesen a acusarnos

—No acusamos de nada, muchacho. Sólo es rutina, simple y llana. Pero hasta la rutina tiene sus propias normas y hay que cumplirlas. En este caso, tanto nosotros con nuestras preguntas y pesquisas, y ustedes con las debidas respuestas hasta que aclaremos el asunto

—Detective, y dígame ¿Qué les hace pensar que procede de aquí...?
—intervino preguntando la asistenta.

—Una evidencia tan clara que no tenemos más remedio que solventar de inmediato, Evelyn. Resulta que desde el centro comercial hasta esta urbanización, cruzando en su totalidad la zona arbolada que la separa de aquél, nuestros agentes locales han encontrado huellas bien marcadas de una bicicleta, cuyo final termina en el acceso principal de este conjunto de

casas; aunque sin que el terreno permita dirimir de cuál de ellas salía

—¿Una bicicleta? ¿De noche?

—No de noche, Evelyn, sino de madrugada según nos indica el forense cuando estima tuvo lugar el asesinato

—¡Madrugada! —exclamó pensativa primero Evelyn para luego dirigir sus ojos hacia los de Nathan, quien le devolvió en silencio tal mirada que casi le heló el corazón.

—Por lo tanto ¿Qué puede decirnos respecto a ustedes dos?

—Pues ¿Qué puedo decirles? —contestó Evelyn haciendo uso de su innata habilidad para disimular, ocultando cómo su ánimo permanecía encogido, rehén inocente de la sospecha inducida por su propia intuición— A esa hora, después de un día agotador en la casa, descansaba en mi habitación y bien dormida. En cuanto a Nathan, él les dirá a qué hora se fue a la cama, pero recuerdo escuchar como apagaba el televisor a las once y media

—Así es, por supuesto —el muchacho corroboró con rapidez lo que decía su asistenta— Me quedé dormido en el sofá y a esa hora desperté y me fui para la cama. Y hasta esta mañana

—¿Ninguno de los dos escuchó nada fuera de lo normal en el exterior?

—Nada, señor. Todo en silencio. Es una zona muy tranquila y sólo los días de viento son los árboles los que arman jaleo, si me lo permite decir así. La gente es educadísima y no encontrará familias alborotadoras. Un auténtico remanso de paz aislado de los barrios, que saben ustedes hay en la ciudad, con un tipo de vecinos poco recomendable

—Sí que es una gran suerte pasar la vida en un sitio tan elegante, tan bien cuidado y con gente de un nivel elevado no sólo en lo económico sino en la educación que se percibe por aquí

—Por mi parte —continuó contestando Nathan, dejando ver su estado de

absoluta tranquilidad y sin que su voz se quebrara en momento alguno— *no puedo decir nada más, ya que he dormido toda la noche*

—*¿Seguro?* —preguntó el detective veterano, logrando que Evevlyn y el chico se miraran de nuevo en silencio.

—*Sí. He dormido hasta esta mañana*

—*Muchacho, siento decirte que pensamos andas un tanto descaminado y que, suponemos, estás ocultando algo*

—*¿Cómo? ¿A qué se refiere? Ya le he dicho que...*

—*Nuestro agente local, quien nos acompaña* —por primera vez pasó al ataque aquel detective, dejando de lado esa artificial y, diríase, suavizada forma de dirigirse al muchacho— *ha detectado huellas de neumáticos de bicicleta, las cuales asegura entran en esta casa y se dirigen al garaje, siendo muy recientes y, para mayor abundamiento, coinciden con el tipo que andamos buscando*

—*Oiga, es que por aquí hay muchas casas y muchísimas más bicicletas* —se revolvió Nathan devolviendo con seguridad su argumento, buscando neutralizar la incipiente acusación aunque directa y lanzada con un tono insidioso— *Y que haya huellas es normal porque ayer monté en la mía y, es cierto, la guardo en el garaje*

—*Bien, chico ¿Podríamos verla?*

—*Ya lo creo. Vengan conmigo* —contestó Nathan con soltura, luego miró a la asistente y ésta contuvo la respiración.

—*Por favor, Evelyn ¿Le importaría acompañarnos?* —le pidió su admirador policial, sin dejar de ofrecerle esa sonrisa dulcificada que le empalagaba como fémica, sin saber cómo cortar aquel cortejo público y, en cierta medida para ella, ridículo.

—*Sí, por supuesto* —contestó la mujer con una sonrisa, haciendo otro gran esfuerzo para que no se le notase el nerviosismo y, con astucia,

pellizcándose las mejillas al comprobar en el espejo mientras pasaba a su lado de qué manera el color de éstas había desaparecido de la estupefacción provocada al intuir algo terrible de Nathan, quien con toda la sangre fría del mundo permanecía impertérrito y tanto su cara como sus maneras inalteradas por mucho que la policía le cercase con evidencias; incluso siendo éstas realmente circunstanciales. Así, el grupo salió de la casa con la asistenta al frente portando las llaves del garaje, seguida del chico y luego la tripleta de investigadores echando el ojo a cuanto veían en el corto trayecto, aunque sin hallar más indicios.

—*¿La ven? Tal como les dije, aquí la tienen* —les dijo el joven señalando a su bicicleta, para a continuación aquellos agentes de la Ley comenzar a manipularla en toda su extensión durante dos largos minutos tanto para el chico como -en particular- para Evelyn, en los cuales guardaron silencio pleno.

—*De acuerdo, muchacho. No vemos nada extraño en ella pero, como te he dicho, los neumáticos son clavados al rastro que se ha encontrado en el sendero*

—*Pues les digo que si continúan casa a casa y bicicleta a bicicleta, se darán cuenta que todas tienen el mismo modelo comprado precisamente en ese centro comercial. No le extrañe que alguien pasase por allí en el día de ayer, lo comprase y lo colocara sobre la marcha*

—*Pues, sí, es una posibilidad* —contestó moviendo la cabeza en sentido afirmativo el policía y sin que los otros dos contradijesen su opinión— *Imagino que conocerás por aquí a más jóvenes como tú...*

—*En esta parte de la urbanización podrán encontrar a más de veinte, sin irme muy arriba. En la zona más alejada de la arboleda, pues unos quince más que recuerde y la mayoría cruzan a diario para ir a la pista de patinaje que hay justo al lado del centro comercial; cuando no el propio*

aparcamiento donde hacemos piruetas con las bicis

—*De acuerdo, está bien, chico* —pareció darse por vencido el policía, noqueado por la seguridad de Nathan y su innata fuerza psíquica, la cual le hacía invulnerable a preguntas tan incómodas como, a veces, realmente comprometedoras que sorteaba como un maestro del escapismo— *Creo que tienes razón y es una pista no sólo engorrosa sino que también, hay que reconocer, difícil de encajar con tanto ir y venir de vosotros*

—*Bueno, si quieren, puedo yo ayudarles a encontrar a...*

—*No, no, muchacho* —dijo el policía, desarmado y rendido sin condiciones de manera definitiva ante la seguridad en las rápidas, concisas y frías respuestas de Nathan, ayudado por un poderoso nivel de convencimiento donde la lógica exhibida aplastaba cualquiera de las hipótesis que resultaban empequeñecidas a poco que el chaval exponía las contrarias; aniquilando aquéllas en tan sólo un par de frases bien ligadas.

—*Bueno, caballeros, es hora de continuar las visitas y seguir preguntando a ver si alguien ha visto algo fuera de lo común* —dijo finalmente el investigador senior y Nathan permaneció tan frío como siempre, pero no así Evelyn, quien con ansiedad se había quedado en la entrada del garaje con las llaves y ajena a cuanto ocurría más adentro con la bicicleta del muchacho.

De esta forma, y nada más escuchar la atribulada asistenta de qué manera se daba por concluida la investigación, descansó por fin dando un suspiro de alivio aunque, cuando todo parecía ir sobre ruedas, el tan callado como desconfiado agente Schultz, quien no había soltado palabra todo el rato, arrojó de repente una nueva y concreta interrogante que logró devolverle a ese estado de nerviosismo contenido.

—*¿Qué es eso?* —dijo el uniformado señalando un gorro de lana de color blanco, el cual estaba encima de la parte trasera del “Mustang GT”.

-Evelyn, nada más iniciar el policía con decisión sus pasos señalando el objeto, clavó sus ojos en éste y descubrió aterrada cómo en la parte posterior que miraba hacia ella, que los demás no podían contemplar, se podían ver con claridad varias salpicaduras de sangre que cubrían la vuelta del gorro.

—*¡Vaya! ¡Lo encontré!* —exclamó la asistenta con unos reflejos que Nathan admiró y, de manera felina quitándose de las manos al agente, se lo colocó en la cabeza con la precaución de poner lisa la vuelta que tenía y así ocultando las manchas, las cuales quedaron pegadas a su cabeza una vez introducido el gorro en ésta— *¡Qué despistada estoy! Llevo dos días buscándolo y miren dónde me lo dejé y, además, echándole las culpas al chico diciéndole que había sido el culpable de que le perdiera de vista. ¡Qué alivio! Con el frío que hace ya no me lo quito y así no volveré a extraviarlo*

—*Estupendo, Evelyn. Nos marchamos ya y espero no haberle causado demasiadas molestias*

—*Ha sido un placer atenderles, agentes, y estamos aquí para lo que necesiten, incluida por supuesto otra taza de café bien caliente*

—*¡No nos tiente, Evelyn! Bien, ha sido usted muy amable. Hasta otro día* —comentó el veterano, dándole con respeto la mano y luego a Nathan.

—*Gracias por todo, Evelyn, me quedaría otro rato* —le dijo en la despedida su admirador detective con una sonrisa de pícaro— *Por cierto, sabiendo ya que es señora y, si algún día deja de serlo, aquí tiene mi número y estaré encantado de invitarle a cenar*

—*¡Qué cosas tiene!* —contestó Evelyn, de nuevo aceptando el halago y pensando era una pena que no fuese su tipo, aunque la verdad es que no estaba del todo mal, para luego despedir a los tres policías y regresando tanto ella como Nathan al calor del hogar.

Una vez allí, el muchacho hizo mutis por el foro, entró en la cocina, tomó un vaso, se sirvió zumo de naranja y lo bebió hasta apurarlo. Por su parte,

Evelyn permanecía todavía con el gorro calado en la cabeza presentándose de esta guisa en el umbral de la estancia y, con los brazos cruzados, observó al chico cómo seguía impasible como era su costumbre; sin que su mirada, a conciencia acusadora, hiciese efecto en él.

—*¿No tienes nada que decirme, Nathan?*

—*¿Yo? ¿Qué te iba a decir?*

—*¿Es que estás ciego?*

—*¿Ciego? ¿No entiendo? Además, tengo prisa. Tendrás que llamar al director mientras voy para el instituto y decirle lo que ha pasado.*

—*No te vayas por las ramas*

—*¿Qué te ocurre? ¿He hecho algo malo?*

—*Supongo que sí*

—*Aclárate, Evelyn. Ya te digo que voy tarde*

—*Por favor, Nathan, reacciona. Te acabo de salvar de un embrollo serio, incluso poniendo mi vida en riesgo y ¿Sólo sabes decir eso de que llegas tarde?*

—*¿Qué quieres que diga?*

—*¡Escucha, Nathan!* —Evelyn se quitó el gorro de su cabeza y, dando la vuelta al forro, hizo que el chico observara en primer plano las salpicaduras de sangre.

—*¿Qué quieres con eso? Ya veo que hay manchas ¿Y qué?*

—*¡Son sangre, Nathan! ¡Sangre! ¿Entiendes?*

—*Ya sé que es sangre, y no es de extrañar porque es mía*

—*¿Tuya?*

—*¿De quién va a ser?*

—*Nathan, anoche sé que saliste y...*

—*¿Qué intentas decir?*

—*¿Mataste a ese vagabundo?*

—¿Yo? ¿Qué dices? ¡Claro que no! Esa sangre es mía y puedes comprobarlo si quieres ¡Vamos! Llama a ese policía al que se la pones tiesa y pídele que mande el gorro al laboratorio ¡Venga! Coge el teléfono y avisa para que vuelvan. Te garantizo cien por cien que es mía y ahora deja de acusarme de algo que no he hecho

—No seas tan grosero y dime ¿Seguro que es tuya?

—¿De quién va a ser? Claro que es mía. La semana pasada me caí con la bici y me golpeé en el sendero. Me toqué el gorro con las manos heridas y por eso están esas manchas. Sólo eso

—Nathan, por tu bien espero que todo lo que me dices sea cierto

—Cien por cien cierto, Evelyn. Confía en mí

—De acuerdo pero, si encuentro algún indicio que sea más claro, yo sí que no te garantizo tu impunidad ¿Me entiendes?

—Te entiendo, Evelyn. Claro que te entiendo y muy bien. Pero espero que tú a mí lo mismo ¿Verdad?

—¿A qué viene otra vez eso?

—A nada. Sólo que todos tenemos secretos ¿O no, Evelyn?

—¿Me estás amenazando?

—¿Amenazando? Creía que la de la amenaza eras tú

—Sólo era una advertencia, Nathan. Aunque serían tus tíos los primeros en saber si encuentro algo referente a...

—Quizás a ellos también les interese conocer qué ocurre en su casa de lunes a jueves, en especial los miércoles a las seis y media en punto, aunque me temo que muchísimo más a la buena de la señora Agnew ¿No crees, Evelyn?

—¡Eres, eres, un...!

—Un amigo incondicional y que guardará tu secreto para siempre, Evelyn. Ahora, sin malos rollos, volvamos a nuestras respectivas vidas y, por

favor, haz esa llamada al instituto y pórtate bien. Por cierto, dale recuerdos a Sam Slow de mi parte y dile que la próxima vez no haga tanto ruido haciendo ya sabes qué...

CAPÍTULO IV

El profesor Louis Stewart, después de permitir a sus alumnos que repasaran el tema objeto de la clase durante algunos minutos -en los cuales él aprovechaba para hacer lo mismo pero con las noticias matutinas en el periódico- recordó cómo debería contar con un joven más entre sus asignados y que éste todavía no se había presentado.

Para sí, después de carraspear y mirar por encima de sus gafas de presbicia en dirección a una pareja de chicas que, en vez de leer el texto se dedicaban a cuchichear sobre sus respectivos ligues, Stewart pensó cómo esa ausencia le venía de perlas puesto que menudo elemento le había endosado su colega, la profesora Davis, aunque con el beneplácito del director de la institución, a quien tenía catalogado hacía mucho tiempo como un cobarde recalcitrante, amén de rastrero lameculos del concejal de turno, al cual limpiaba con descaro y sin recato las suelas mierdosas de sus zapatos a poco que apareciese por allí.

Stewart sabía bien quién era ese chico de aspecto pijo, siempre con ropa y zapatillas carísimas de marca, retraído, poco dado a compartir el tiempo con sus compañeros y de calificaciones raspadas, aunque de inteligencia superior hasta el punto de tener la sensación cuando le escuchaba hablar de que conocía de antemano qué iba a decir o, mucho más, también hacer su interlocutor a modo de ajedrecista avezado en la visión anticipada del movimiento del contrario.

Mientras hojeaba el periódico, el profesor se juramentó a sí mismo para

no crear polémicas con ese chico, toda vez que ya había comprobado los resortes que manejaba, de igual manera su brillante capacidad para burlar cualquier ataque, sumando el hecho no pequeño de contar respaldándole en cualquier ocasión con el predicamento de un miembro eminente del Senado, sin olvidar era poseedor de una cuenta corriente con todos esos ceros que a él mismo le faltaban.

En contraposición, Stewart pensó cómo tenía que sobrevivir con un mísero puesto de trabajo mal remunerado el cual incluía, a modo de aditamento envenenado, tener que soportar “sine die” a una ingente caterva de imberbes maleducados.

No obstante todas esas circunstancias negativas, tenía que reconocer cómo disponía de algunas alegrías cada jornada cuando lanzaba miradas lascivas a las larguísimas y sonrosadas piernas de Betty Maxwell, quien tenía los dieciséis años más bonitos del instituto y unos pechos redondos tan tiesos que se le hacía agua la boca de imaginar cómo sería morderlos en la intimidad sin las miradas acusadoras, fantaseando que ella se los mostrara despojándose lentamente tanto de la blusa como del coqueto sujetador con encaje, para después acariciarles las suaves aureolas antes de morder con fruición aquellos pezones que se le encogían tan a menudo, sin que él pudiese hacer nada por dejar de mirarlos en el transcurso de las clases.

Sin embargo, Stewart sabía bien cómo esa era fruta prohibida y no debía hacer ni siquiera el intento de acercarse a ella. No era la primera vez que se metía en problemas por esa causa y sus pecados anteriores no debían ser sacados a la luz. Tan era así que le costaría el puesto si la junta de gobierno conociese cómo había sido expulsado de su anterior instituto, a Dios gracias ubicado en la otra punta del enorme país americano, después que una idiota alumna le acusara de haberle manoseado los muslos e intentado meter la mano dentro de sus braguitas durante una excursión al Gran Cañón del Colorado.

Aquella estúpida estrecha, quien se le había insinuado durante todo el curso, decidió manchar su currículum de esa manera tan fastidiosa, en particular por tener que rascarse el bolsillo para contratar abogados con los que defenderse de algo injusto, cuando la muchacha en cuestión le dio pie a que creyese que deseaba tener sexo con él.

—*Buenos días a todos* —Stewart salió de manera brusca de sus pensamientos al escuchar la voz del director Brentwood, quien le hizo una seña para que se acercara a la puerta; lo cual obedeció bajando del estrado al momento.

—*¿Qué ocurre, director?*

—*Se trata de Bridget* —contestó en voz baja el director, ofreciéndole un semblante sombrío que Stewart captó al instante.

¿Bridget? ¿Qué le ocurre?

—*Acaba de saltar en las noticias. Han encontrado su coche despeñado cerca de donde residía. Al parecer, el cadáver está irreconocible aunque han verificado que es ella por la documentación y sus pertenencias*

—*¡Válgame el Cielo! ¡Qué noticia me traes! ¿Se lo has dicho a los demás?*

—*Sí, salvo a los alumnos. Prefiero esperar al siguiente descanso y anunciarlo por los altavoces internos. No quiero que se nos descontrolen y vuelvan a sus clases sin más aspavientos ¿Entiendes? Ya habrá tiempo de homenajes y toda esa parafernalia de despedidas cursis que, seguro, tendremos que aguantar con velitas incluidas, amén de peluches y mensajes infantiles que la prensa difundirá hasta que el morbo de la noticia desaparezca*

—*Lo que nos faltaba, Brentwood, encima funerales casi de estado y la chiquillería aprovechando para armar jaleo y librarse de alguna que otra*

clase. En fin, pobre Bridget, con la ilusión que tenía en viajar a Europa el próximo fin de curso, precisamente con sus chicos a los que les había prometido organizarlo todo. Y ya le dije que era mal sitio ese donde vivir con tanta curva y más en estos días de invierno riguroso

—¡Director Brentwood! —llegó un bedel con paso acelerado hasta donde se encontraba éste con Stewart, interrumpiendo la conversación mantenida en voz baja sin levantar sospechas en la clase- señor, dos investigadores de la policía le aguardan en su despacho.

—¿Policía? ¡Vaya! ¡La guinda del pastel de esta mañana! ¿Será posible? Ahora la Ley, y con mayúsculas

—Gajes del oficio, amigo

—Y que lo digas, Louis. Bueno, te dejo y nos vemos dentro de un rato en el claustro, ya que tendremos que preparar algo en recuerdo de Bridget. Por cierto, ni que decir tiene que intentando no se desmadren los chicos...

—Buenos días, director Brentwood, profesor Stewart —Nathan interrumpió casi ceremonioso la despedida de ambos docentes, apareciendo de repente con expresión relajada y hasta permitiéndose ofrecerles una de esas sonrisas que exhibía en raras ocasiones.

—Buenos días, muchacho -respondió el director— He hablado con tu asistente y me ha advertido de los motivos de tu retraso

—Gracias, director ¿Puedo entrar en la clase, profesor?

—Sí, claro, por supuesto. Acomódate y enseguida empezamos —le respondió en esta ocasión Stewart, a quien le vino al frente de sus pensamientos la imagen terrorífica de aquel bicho diminuto, negro, de enormes patas y multitud de pequeños ojos amenazantes, el cual había aterrorizado a la recién desaparecida profesora Bridget, preguntándose si realmente había sido algo maquinado por el joven o un simple accidente sin más.

Sin entrar en más disquisiciones, Stewart prefirió de manera diplomática

obviar el tema escabroso y decantarse por la opción segunda, a tenor del aspecto aseado y elegante del chico, incluso sus maneras discretas de comportarse si bien un tanto secas con respecto a los demás. En cualquier caso, pensó que lo mejor era -mientras estuviese a su cargo- mantener una relación lo más aséptica y también cordial en la medida de lo posible, por si las moscas.

—*Está bien, Waterhouse, espero que sea fructífera tu estancia en la clase del profesor Stewart y tus calificaciones sean más acordes con tu capacidad que, según me dicen todos, roza la excelencia*

—*Lo intentaré, señor* —contestó Nathan, también con mucha diplomacia.

—*De acuerdo, me vuelvo al despacho. Si no me equivoco, me esperan asuntos no muy agradables en esta mañana. Hasta luego, caballeros* —concluyó sus palabras el director Brentwood y, junto al bedel, marcharon camino de la zona directiva, a la cual llegaron un par de minutos después y, al entrar en ésta, su titular observó cómo dos sujetos estaban ya acomodados en los sillones de confidente.

—*Señores, reciban los buenos días. Soy el director Brentwood y estoy encantado de saludarles* —les dijo dándoles la mano y luego sentándose, tras haberse puesto en pie ambos agentes de manera cortés— *Por favor, tomen de nuevo asiento y díganme qué se les ofrece, aunque imagino es por Bridget Davis por lo que vienen*

—*Detectives Miller y Soresky, y sí que es por ese asunto de la muerte de la profesora*

—*Un accidente terrible y...*

—*¿Accidente?*

—*Bien, detective, es lo que las noticias han...* —respondió el director sorprendido.

—*Señor Brentwood, no haga demasiado caso a los periodistas. Su*

trabajo consiste en hablar y hablar, pero no decir nada y menos cuando se trata de algo truculento donde, de manera obsesiva, buscan el morbo con tal de conseguir más audiencia, sean lectores, oyentes o televidentes

—¿Entonces?

—Si fue un accidente o no seremos nosotros, y sólo nosotros, quienes daremos ese veredicto. Antes hay pruebas que deben completarse, si bien a simple vista se puede suponer cómo su colega perdió el control del vehículo, se salió de la curva y terminó cadáver al fondo de ese barranco endemoniado que hay justo antes del pueblo donde residía

—Eso justo pensaba. De cualquier modo, entiendo sus reservas

—Verá, no nos gusta cerrar un expediente sin, al menos, verificar diversos temas que pueden no tener relevancia. Sepa cómo nuestro trabajo consiste en encajar todas las piezas y, en este rompecabezas que mi compañero y yo mismo estamos componiendo, hay una que no encontramos

—¿Pieza? No entiendo

—Director, lo que quiere decir mi compañero —habló el otro detective, quien tenía un aire militar todo lo opuesto a su alter ego, de aspecto desaliñado luciendo una cabeza de pelos cada uno a su libre albedrío— es que hace un rato en la visita obligada a la madre de la víctima, por cierto una anciana destrozada por la trágica noticia, nos reveló un dato que creemos muy sospechoso y el cual, para aclarar, estamos ahora ante usted

—Pues, si les digo la verdad, no caigo en qué pueda ser —respondió Brentwood con sinceridad y mirada de extrañeza.

—La madre de la profesora Davis nos ha referido un episodio, según le relató por teléfono su hija después de salir por la tarde del instituto, en el cual había sido víctima del ataque de una peligrosísima viuda negra que un alumno había colocado en su cajón del escritorio

—Bien, sí, caballeros. Es un asunto peliagudo y se trató de un

malentendido. Nos reunimos con el alumno en cuestión y quedó aclarado, puesto que a la pobre Bridget le jugó una mala pasada el poco aprecio que tenía por el chico y, al ver a ese bicho, pensó era por motivo de venganza contra ella. Para zanjar el asunto, hoy mismo el muchacho se ha incorporado a otra clase aunque, como ya saben, no ha servido para mucho al desaparecer nuestra querida profesora, muy sensible con el comportamiento de sus alumnos y, la verdad, ese exceso de celo le llevó a atar unos cabos que no se correspondían con la realidad

—Todo eso que dice nos parece correcto, pero incluso así, señor Brentwood, necesitaríamos hablar un momento con ese chico

—De acuerdo, no hay inconveniente. Seguro que les aclarará cuanto le pregunten. Un momento, por favor —contestó el director, quien tomó su teléfono móvil, buscó el número de Stewart, pulsó sobre éste y al momento le pidió indicara a Nathan que se dirigiera a su despacho. Tras terminar la llamada, permaneció en silencio junto a los detectives, quienes hablaron en voz baja sin que él pudiese captar qué comentaban hasta que, otro par de minutos después, el muchacho llamó a la puerta de manera respetuosa.

—¡Pasa, chico! ¡Vamos, adelante! —le dijo Brentwood y Nathan entró en el despacho, observó a los dos tipos a quienes les catalogó enseguida como polizontes, para luego dejar que su director le hablara.

—Por favor, siéntate. Te presento a los detectives Miller y Soresky. Están aquí para hacerte unas preguntas. Pero, antes, debes saber que la señorita Davis falleció en un accidente de tráfico en la noche de ayer

—¿Fallecido? ¿Accidente? ¡Cuánto lo siento! —dijo Nathan en una interpretación antológica, llevándose ambas manos a la cabeza con tal de dar de esta forma más fuerza a sus exclamaciones, incluso dejando ver cómo su rostro se mostraba compungido en un alarde de maestro de la escena dramática — *Director, debemos hacerle un homenaje. Era una gran profesora*

—*Sin duda, Nathan, tendrá una despedida a la altura de su humanidad y el cariño tan grande que siempre os tenía y...*

—*A ti, según nos dice su madre, no tanto ¿Verdad, muchacho?* —le dijo Miller a Nathan, interrumpiendo sin contemplación al director, quien parecía querer iniciar un panegírico sobre la desaparecida profesora, mientras Soresky aguardaba su turno observando paciente la reacción del chico.

—*Sí que es cierto, señor* —Nathan contestó sin inmutarse, con sobriedad, sin descomponerse, dejando patente ante ambos agentes cómo no había acusado esa flecha envenenada y lanzada de improviso— *Pero también le digo que no por esa circunstancia tendría yo que apreciarle menos. Verán ustedes, como profesora, la señorita Davis era única, algo dura, sin embargo aprendía con ella más que con nadie. Y en cuanto a eso que dice su madre, no lo voy a negar. Tenía conmigo algo que, según ella confesó, estaba relacionado con que esperaba de mí mucho más*

—*Cierto, caballeros* —Brentwood se metió por medio haciendo méritos, tal vez reclamando su papel de protagonista a la hora de defender al sobrino del Senador —*les garantizo fue ese el motivo que dejó patente ella misma en la reunión mantenida ayer-*

—*¿Sueles conducir un “Mustang GT”?* —cuestionó Miller sin miramientos a Nathan y éste, sabedor de que Soresky estaba calibrando tanto su gesto como su tono de voz, tuvo que controlarse al máximo para no poner de manifiesto cómo la pregunta había resultado un proyectil directo a sus nervios, sintiéndose por primera vez desarmado ante un dato que no esperaba contasen sobre sus maniobras el día anterior.

—*No siempre* —contestó el chico, eligiendo una respuesta sin contundencia, esperando la del detective para adivinar su siguiente movimiento y, a renglón seguido, plantear con rapidez el suyo que oponer como defensa

—¿Qué quieres decir con no siempre?

—Pues, lo que acabo de decirle. Que lo conduzco a veces, y no siempre.

Nada más

—Por ejemplo, ayer por la tarde

—Sí, lo conduje. Di una vuelta con él ¿Me salté algún semáforo?

—soltó Nathan recurriendo a una de sus especialidades, como era esa sutil ironía tan elegante como cínica, la cual desarbola a sus oponentes y le hacía ganar tiempo para su mente poderosa; enfrascada en el cálculo de ulteriores movimientos

—No han hecho falta cámaras para saber que andabas merodeando la casa de tu profesora —Soresky pareció pasar a la acción, dejando de observarle y disparando otra bala imaginaria con una carga explosiva en su punta.

—¿Merodeando? ¿Cómo iba a hacer yo eso? Además, no tengo ni la más mínima idea de donde residía la señorita Davis

—¿Seguro? El vecino de tu profesora vio cómo un espectacular “Mustang GT” pasó un par de veces por la puerta y su ocupante, a quien describió como un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años, rubio, de ojos azules muy claros, frenó la marcha y observó tanto por fuera como por los cristales de la vivienda. Y, para tu información, se ha ofrecido a identificarte

—Ya le digo que no sé dónde vivía. Sólo puedo contestarle que conduje el “Mustang” en dirección a las curvas del acantilado, donde me apasiona probar su tracción total a una buena velocidad. Luego suelo dar la vuelta en el pueblo donde termina la subida y, de bajada, de nuevo hago el circuito y le puedo asegurar que el coche va como la seda

—¿Manipulaste el vehículo de tu profesora? —esta vez fue Miller quien se encargó de asestarle otro golpe, incluso con más tino que los anteriores y

hasta le pareció haber dejado tocado a Nathan, quien no obstante permanecía hierático todo el rato

—*¿Qué dice? Por supuesto que no*

—*Señores, no creo que sea tema de...*

—*¡Brentwood, guarde silencio!* —Soresky se puso duro y el director, quien era la cobardía hecha persona, pareció mearse en los pantalones.

—*¡Vamos, chico, dinos cómo lo hiciste!*

—*Le digo que están haciendo suposiciones que no son reales. Ayer salí temprano del instituto y me marché a casa. Nada más*

—*Escúchame bien* —Miller hizo de Soresky— *La madre de tu profesora nos ha dicho que ella le telefoneó un par de veces y, en la segunda llamada poco antes de que se produjera su muerte, le confió cómo el coche no estaba bien y que le había dado un susto en una señal de “Stop”, en la cual los frenos no le hicieron caso y casi fue arrollada por otro vehículo*

—*¿Y qué tiene que ver eso conmigo?*

—*La madre dice lo contrario y apunta a ti, en concreto, porque la propia profesora Davis incluyó entre las posibilidades la de que tú hubieses hecho algún trucaje a su vehículo*

—*Les comenté antes que estaba obsesionada conmigo. Pensaba que todos sus males estaban relacionados con intentos de hacerle daño por mi parte. Y les aseguro que nada más alejado de la realidad. Nunca pretendí hacerle nada malo y, como les he confesado, le apreciaba más que a nadie, incluso siéndome imposible que ella entendiese era así*

—*¿Telefoneaste a su casa haciéndote pasar por un comercial de ATT?*

—*¿Yo? Claro que no*

—*Pues la señora dice que era una voz juvenil, y que pretendías disimularlo*

—*Esa mujer delira. No me dedico a hacer esas cosas*

—¿Si? El vecino de ella dice que te vio como dejabas el “Mustang” y entrabas en una cabina pública unos metros más allá de la casa

—Le repito, señor, que desconozco dónde está esa casa que dice. De todas formas, es verdad que telefoneé a mi asistente, ya que el móvil se me quedó como siempre sin batería, para decirle que me había dejado la puerta del garaje abierta. Resido en un vecindario donde han ocurrido varios robos últimamente y hay que tener precaución. Ya le digo que fue sólo eso

—*Brentwood* —Miller se dirigió al director quien, desde que Soresky le intimidó, había estado como ausente e intentando no inmiscuirse en el interrogatorio, hasta tal punto que ni siquiera quiso advertir a Nathan de que debía llamar de nuevo a su tío con tal de que apareciese el abogado que se cuidaba de él— *Haga el favor de hacer venir a Linda Breil*

—¿*Breil?* Bien, sí, esperen un momento —contestó el director y Nathan comenzó a evaluar el motivo de que requirieran la presencia de una de sus ex compañeras en la clase de la profesora Davis. De cualquier modo, se encontraba fuerte y bien preparado para cualquier nuevo envite que aquellos dos detectives preparasen en su contra; motivo por el cual decidió obviar más llamadas a su tío con lo que tendría de reiterado en dos días seguidos y que, quizás, obrarían en contra de la confianza depositada en él. Así, Nathan entendió cómo lo más oportuno a esas alturas del incisivo interrogatorio era aguantar en plena soledad la carga de aquellos dos tipos con sus argucias, permitiendo a propósito que las fuerzas del enemigo se acercasen confiadas.

Justo en estos pensamientos, escuchó cómo llamaban a la puerta y enseguida contempló a la susodicha chica quien, tras cruzar su mirada con la de él, obedeció al director y se sentó en el lado opuesto donde se encontraba Nathan; ya aguardando acontecimientos y bien preparado para el duro combate, de momento, dialéctico con los detectives.

—*Muchacho, te vamos a dar una oportunidad antes de continuar para*

que nos digas la verdad

—*La verdad, y sólo la verdad, ya se la he dicho a ustedes dos* —contestó Nathan a Miller, con idéntica solvencia que todo el rato allí enclaustrado tanto con ellos como con el director Brentwood, sin que apareciese una pizca de desmoronamiento en su aspecto y, muchísimo menos, en su forma de responder al cerco impuesto por los dos perros de presa.

—*De acuerdo, entonces debes saber que la madre de la víctima nos refirió cómo su hija, aparte del tema del coche, le aseguró cómo contaba con fundadas sospechas de ti y no por mera suposición, sino porque un testigo determinante había tenido la valentía de delatarte al contemplar en persona la maniobra que ejecutaste ayer en su vehículo*

—*Te pilló “in fraganti”, chico ¿Entiendes? Te tenemos y deja de negar de una vez las evidencias y, en concreto, ésta tan demoledora que te incrimina sin matices* —apostilló Soresky, quien parecía tener más prisa que su compañero por obtener una pronta confesión y así dar carpetazo al asunto, en el que ambos veían clara la implicación del joven alumno de la Davis.

—*Además le encargó que, si algo le pasase, acudiéramos a Linda Breil* —continuó Miller, después que el comentario de su compañero Soresky no provocase en Nathan ni siquiera un mísero movimiento de pestaña, permaneciendo impasible una vez ante la dura acusación —*Alumna a quien tenemos aquí presente y cuyo testimonio será tu final en este asunto; el cual dará con tus huesos en un penal de por vida, cuando no con una finísima aguja hipodérmica que te dejará seco en dos escasos minutos para, a continuación, enviarte de cabeza al infierno a que te quemes por toda la eternidad*

—*Caballeros, llegados a este punto y tratándose de un menor* —el director sacó fuerzas de flaqueza y salió a la palestra, aterrorizado ante lo que acababa de oír— *le rogaría a Nathan me autorice a telefonar de inmediato*

a...

—*Se lo agradezco, director Brentwood* —frenó el chico con rotundidad la intención de su director— *pero creo que esto es de nuevo un gran malentendido y, la verdad, en cuanto le aclare todo a estos caballeros volveré como si nada a mi nueva clase. Pero, mi gratitud por delante y no dejaré de comentárselo a mi tío, el Senador*

—*De nada te va a servir tu tío cuando te pongamos las esposas y te enfrentes al juez, quien va a recibir pruebas de que provocaste ese accidente de tu profesora, aún no sabemos de qué forma y condición, pero ten por seguro lo averiguaremos en un periquete nada más esta chica empiece a cantar*

—*¿O no es así, Linda?* —le preguntó Soresky a la chica, colorada como un tomate, quien agachó la cabeza en cuanto Nathan le lanzó una de sus miradas que podían traspasar el acero, y más a ella a quien consideraba la alumna más rastrera de todo el instituto, aunque su acción traicionera contra él no era por casualidad dado que desde el curso anterior había estado insinuándose, mandándole notitas en clase con corazones traspasados y persiguiéndole hasta en los descansos para trabar relación con él. Sabía que cuchicheaba con las otras chicas y que no sabía cómo llamarle la atención. Por tanto, Nathan tenía constancia de que todo era resultado de su frustración por no conseguirle y, gracias a esto, le tranquilizó que fuera ella y no otra con quien tuviera que vérselas en ese combate incruento cuerpo a cuerpo

—*Sí, señor* —contestó Linda con seguridad, pero sin dejar de presentar un rostro enrojecido, incapaz de deshacerse tanto del influjo como de aquella mirada penetrante de Nathan— *La señorita Davis, por cierto me acabo de enterar de su triste final, habló ayer conmigo o, mejor dicho, fui yo quien pedí hablar con ella*

—*De acuerdo, Linda ¿Serías capaz de recomponer la conversación? Al*

menos en lo que sabes nos interesa y su madre nos dejó claro hace un rato

—Bueno, lo intentaré. El caso es que ayer hubo un suceso muy desagradable en nuestra clase, no sé si están al tanto, pero Nathan colocó una viuda negra...

—¡Alto ahí, Linda! —Brentwood paró los pies a la muchacha y ésta interrumpió sus palabras mirando a los detectives, como pidiéndoles de manera tácita hiciesen algo al respecto.

—¡Oiga, Brentwood...!

—¡Oigan, ustedes...! —esta vez, y con la sola mención lanzada de manera astuta por Nathan anteriormente, aludiendo de manera expresa al posterior informe que daría a su tío el Senador, consiguió que el director sacara el coraje que antes no había tenido y se plantara ante los dos duros detectives— Este es mi despacho y no se van a decir cosas que no son demostrables. Nadie, y repito nadie, ha podido constatar que este chico pusiese ese animal en el escritorio de la señorita Davis. Por lo tanto, Linda, te ruego no adjudiques una acción a tu compañero que no hayas podido ver con tus ojos

—¿Es cierto eso, Linda? —Soresky, mosqueado, preguntó a la jovencita — ¿No le viste colocar el bicho?

—No, claro que no. Pero, bueno, ella dijo...

—Ya lo ven ustedes, caballeros —comentó el director, esta oportunidad con mayor seguridad al haber dejado en evidencia a la chica y Nathan, al otro lado, riendo para sus adentros ante el espectáculo tan propicio para sus intereses.

—De acuerdo. Dejemos eso de la araña en accidente, ya que no hay pruebas al respecto y avancemos con lo de ayer que ibas a referirnos —pidió Miller a Linda.

—Sigo, entonces —contestó la chica— El caso es que nos enteramos

cómo a Nathan le habían trasladado al aula del profesor Stewart y que le dejaron marchar para tomarse libre el resto de la mañana. Coincidiendo con su salida, me sentí indispuesta y pedí a la señorita permiso para abandonar un momento la clase y así dirigirme al baño, que está situado lindando con las cristaleras que dan al aparcamiento contiguo al instituto y donde siempre tenía su coche ella. En el momento que iba a entrar, observé cómo alguien merodeaba entre los coches y, después de unos minutos en los que me acerqué al extremo de la cristalera para ver de quién se trataba, me di cuenta que era Nathan andando de acá para allá y volviéndose de vez en cuando para comprobar que nadie ni le seguía, ni tampoco que le observaban moviéndose por allí y...

—Vamos a ver, jovencita. No pretendo ser abogado del diablo Miller le interrumpió y aquélla guardó silencio bien extrañada— Sin embargo, me vas a permitir que te pregunte de qué manera constataste era Nathan quien estaba serpenteando por entre los coches aparcados si ayer tuvimos la nevada más intensa, aparte de la niebla, que se recuerda en la ciudad y donde no se veía un pimiento justo a esa hora

—El gorro

—No entiendo, Linda ¿Gorro?

—Sí, claro, detective, es que llevaba puesto su gorro de lana y por eso supe que era él

—O sea, quieres decir que divisaste el gorro y te dijiste “ahí va Nathan”

—Eso es. Es inconfundible y nadie tiene uno igual

—¿Seguro?

—Claro. Lo lleva a diario y es como un fetiche para él

—¿Le viste el rostro con claridad?

—Pues, la verdad, no. Pero seguro que era él. Caminaba como él, tenía

su altura y, en fin, que no se trataba de otro chico

—*Bien, Linda. Dinos ahora qué es lo que presenciaste que te llamó la atención*

—*Estaba intentando abrir el coche*

—*Aclárate ¿El coche? ¿O un coche?*

—*Bueno, la verdad que un coche*

—*¿Y la nevada? ¿No jugó en contra para ver lo que pasaba?*

—*Claro, sí. Era muy fuerte y apenas se distinguían los coches, pero lo que sí puedo decir es que estaba al lado de uno y con algo metálico en las manos*

—*¿Observaste con claridad qué hacía?*

—*No podría asegurarlo. Pero sí que iba de un lado a otro, como repitiendo sus movimientos*

—*¿Quieres decir, entonces, que intentaba abrirlo?*

—*Pues, no sé. No le veía las manos sino cómo se movía y sobresalía eso metálico*

—*¿Identificaste el coche de la señorita?*

—*Imposible. La nieve no dejaba ver apenas*

—*Caballeros, no creo que merezca la pena seguir por ese camino —el director Brentwood sí hizo de abogado del diablo y presentó sus credenciales para desarmar a la muchacha— Ya ven cómo Linda ni siquiera puede determinar qué es lo que vio*

—*¡Sí lo sé, director, y era Nathan!* —insistió la joven con un punto de desesperación en esta ocasión.

—*¿Qué dices a eso, muchacho?*

—*Más bien poco, detective —Nathan contestó tranquilo, tal como si fuese a tomarse un “Daiquiri” acomodado en una tumbona frente a un mar esmeralda— Hasta le diría que mi compañera se ha sacado de la manga esa*

historieta que no se sostiene. En primer término, no salí de inmediato del centro, ya que el director aquí presente me recibió en su despacho. En segundo, no abandoné el instituto por esa zona y sí por la lateral puesto que me viene mejor para el camino a casa y, en tercero, el gorro que dice Linda estaba en mi garaje a esa hora. Para verificar lo que digo, sólo tienen que preguntar a mi asistente y podrá confirmarlo. De todos modos, y esta es mi propia teoría, Linda ayer no salió de la clase por una incontinencia, sino más bien por pura morbosidad ¿Saben? Lleva todo el curso haciéndose notar conmigo e insinuándose a la mínima oportunidad. No diría tanto, pero se acerca al estado obsesivo. Es más, les digo que pondría la mano en el fuego porque ayer pidió salir de la clase con tal de ver cómo era humillado y así regodearse por mis negativas a tener con ella alguna relación. Eso es todo lo que ocurrió y deben saber que sólo en su imaginación calenturienta soy yo quien estuvo en ese aparcamiento

—*¡Nathan Waterhouse, eres un...!* —Linda le lanzó una mirada de desprecio que, por el contrario, hizo crecerse al muchacho comprobando satisfecho cómo habían tenido sus palabras el efecto deseado, observando cómo la joven mostraba su cólera hasta el punto de que le pareció fuese a saltar allí mismo sobre él.

—*Cálmate, Linda, por favor. Nathan sólo intenta refutar tu acusación que, antes de hacerla a la policía, deberías haberla meditado y, en todo caso, comentado conmigo* —Brentwood se arrogó el papel de conciliador, una vez vista la brecha abierta por la habilidad del chico a la hora de rebatir los argumentos de aquella— *No es de recibo para nuestro instituto que te comportes así con uno de nuestros alumnos sin tener constancia de que era él quien, conforme tú aseguras, andaba por entre los coches. Aparte que no tiene nada de extraño que alguien con la apariencia de Nathan estuviese localizando en plena nevada su vehículo. Y, detectives, ruego tengan ustedes*

muy en cuenta la envergadura del chico que, si no calculo mal, roza el metro y noventa y cinco, sumado a unas espaldas de alta competición por lo que tiene aspecto de adulto en la lejanía

—*Está bien, conforme, Brentwood. Deje de esforzarse porque no hacen falta más paños calientes* —contestó Soresky con cara de contrariedad, mucha ironía y asumiendo cómo la pieza salía volando sin que su munición hubiese bastado para abatirla.

—*De acuerdo, chica, tomamos nota de lo dicho y ahora vuelve a tu clase. Gracias y ya te avisaremos si necesitamos continuar las preguntas* —habló Miller con cara de enfado y, mal que le pesara, entendiendo cómo era un testigo con pies de barro a quien aquel muchacho había desarmado casi sin inmutarse.

—*¡Está aquí la asistente!* —apareció un agente uniformado llevando las nuevas a los detectives y cruzándose aquél en ese momento con Linda en el umbral del despacho, quien lo abandonaba con rostro sombrío. La chica tuvo tiempo suficiente para girarse, cruzar su mirada con la de Nathan y ofrecerle un gesto despectivo que éste recibió con una sonrisa sardónica, marca de la casa.

—*Muy bien, gracias, Joe. Por favor, dile que pase* —contestó Soresky, quien se frotó las manos y no por la temperatura, la cual era sumamente agradable, sino porque olisqueaba tendrían más éxito en las pesquisas que con la fallida compañera; quien, por cierto, pensó para sí cómo hubiese durado un minuto a un leguleyo recién salido de la facultad y hasta podría haber terminado en un banquillo acusada de perjurio.

—*Buenos días, señores* —dijo Evelyn cortés nada más entrar, mirando en silencio después a Nathan presumiendo estaba metido en problemas y, en esta ocasión, algo más serios a tenor de las caras tanto del director como de los investigadores. Sin embargo, le tranquilizó ver cómo él estaba como siempre

conservando el control absoluto de sus gestos, poses y maneras de afrontar algo así que a otro mortal le supondría un muro infranqueable.

—*Por favor, señora, tome asiento* —Miller fue el primero en abrir el fuego.

—*Gracias, señor* —dijo Evelyn, mientras aceptaba la silla ofrecida por el director y en la que había permanecido hacía un momento sentada Linda; teniendo constancia de cómo Brentwood no podía apartar la mirada de sus pechos, lo mismo que Soresky, quien no disimulaba su acción a la que ella estaba ya tan acostumbrada.

—*Creo que ya imaginará por qué está usted aquí* —le soltó Miller sin preámbulos.

—*Bien, señor, sólo hay un motivo* —contestó Evelyn de manera desmayada, sin perder la sonrisa en los labios y dejando que Nathan se sintiese cómodo tras su respuesta ante la primera pregunta de muchas— *Que yo sepa, sólo cuido a un joven y, como veo, le tienen aquí acorralado ustedes aparte de los dos coches de policía con cuatro agentes cada uno ahí fuera que imponen y, la verdad, aún no sé por qué*

—*¿Acorralado? Señora, permítame contradecirle pero aquí nadie pretende hacer eso*

—*Pues, no lo parece. Sólo faltan esos mentirosos profesionales de la prensa acechando por los pasillos*

—*Señora, permítame decirle cómo está exagerando lo que sólo es un mero interrogatorio, en el que tengo que reconocer cómo este chico tiene muchas papeletas para hacerse con el primer premio de la rifa a tenor de los indicios de que participó, de alguna u otra manera y esto ya lo pondremos en claro, en la muerte de su profesora*

—*Antes de que sigan, señores ¿Sabén ustedes de quién es sobrino su joven acusado?* —Evelyn fue menos sutil que el director, incluso teniendo sus

palabras una pesada carga de profundidad, refrendado con la forma de entornar los ojos mirando de hito en hito a los dos policías.

—*Bien, sí. Lo sabemos. Ya se ha encargado de refregárnoslo aquí el director. Y a usted también le digo que si su tío es Senador, pues como si fuese el mismísimo presidente de los Estados Unidos. Eso, señora, no le va a librar de la justicia, siempre claro está que encontremos las pruebas de su culpabilidad en todo este trágico asunto*

—*Les aseguro que es inocente y, sin que me hagan preguntas, se trata de un error de ustedes que, les advierto, le puede salir el tiro por la culata*

—*No me venga con amenazas, señora, porque...*

—*Evelyn, te agradezco tus palabras* —Nathan interrumpió al agente y, sacando ese punto de dramatismo que tanto le gustaba e interpretaba a la perfección, llevó su tono de voz hacia el puro terciopelo, dibujó en las líneas de su rostro una ternura casi infantil y hasta se permitió humedecer sus ojos— *Pero te ruego dejes que los investigadores hagan su trabajo. Al fin y al cabo, sólo desean hacerte unas cuantas preguntas y te pido las contestes con toda la sinceridad de que seas capaz. Estaré bien*

Ya ha oído al chico, señora —Soresky entró con un punto de grosería en escena sin que se creyera la actuación magistral de Nathan, quien volvió a su silencio escrutador, manteniendo el control absoluto de su cuerpo mientras su mente hacía cálculos de probabilidades, según los movimientos de aquellos dos, en el tablero de su futuro inmediato— *Ahora déjese de peroratas y advertencias, que nos la traen al paio, y díganos si este chico conduce a menudo ese cacharro de cien mil dólares así como así*

—*¿El “Mustang”?* —respondió Evelyn con esa pregunta, un tanto sorprendida y utilizándola para pensar durante unos segundos— *Sí, claro, lo conduce* —añadió sin mucho convencimiento, esperando el siguiente movimiento para ajustar sus palabras, en tanto echaba una mirada a Nathan que

éste devolvió rozando su nariz con la parte superior de su dedo índice, llevándolo luego a la ceja derecha que frotó alisándola durante unos segundos.

—*No ha respondido, señora. Le he preguntado si lo hace a menudo*

—*Sí, bueno, pues diría que de vez en cuando. En realidad el coche, como imaginarán, es del Senador* —Evelyn, observando cómo Nathan dejaba de hacer aquello y volvía a cruzar los brazos, se lanzó a responder— *De todas formas, y siempre en su ausencia, Nathan me coge las vueltas y se pasea por ahí en cuanto salgo para hacer compras. Él cree que no me doy cuenta, pero le he pillado en más de una ocasión. Si les digo la verdad, tendría que comentárselo a mi jefe, que es quien me paga y confía en mí, pero también es un chico joven, con ansias de tener un vehículo así y presumir por ahí. Con esto quiero decirles cómo prefiero hacer la vista gorda y que durante un rato disfrute de algo que pronto tendrá y, seguro, mejor. No sé si saben ustedes que Nathan tiene un fideicomiso de muchos millones de dólares, aunque su tío se niega a liberar una parte para algo como un deportivo como él sueña. Así que se conforma con manejar el suyo a hurtadillas y, como ya les acabo de referir, no tanto porque le cojo siempre*

—*O sea, que usted no hace nada...*

—*¿Qué voy a hacer? ¿Es tan malo conducir ese coche? Es como un juguete para él. Ya les digo que no veo nada censurable y menos para armar un buen jaleo en la familia. La verdad es que el “Mustang” se muere de pena metido en el garaje meses y meses. Y es el que Senador, aunque viaja a casa todos los fines de semana, no es amigo de conducir y sale disparado con sus amiguetes al Club de Campo, donde se dedica a combatir el estrés a base de escocés con dos cubitos. Así que al volante sería un verdadero peligro*

—*¿Sabe usted, señora? Hace unos momentos una compañera de Nathan nos ha contado que ayer le vio por entre los coches en el aparcamiento y,*

según dice, le identificó por un gorro de lana que llevaba puesto

—*¿Gorro?* —Evelyn de nuevo utilizó la pregunta y, tras observar la media sonrisa pícaro de Nathan, supo que la tragicomedia llegaba a su clímax — *Imposible, detective, porque ese gorro este señorito me lo suele quitar muy a menudo, pero ayer precisamente no lo llevaba porque se lo dejó dentro del garaje, por supuesto tras darse ese garbeo que él piensa que no me enteré que se volvía a escapar ¡Sabe Dios dónde iría! El caso es que, por una casualidad, esta mañana muy temprano fuimos al garaje y allí estaba. Encima justo del “Mustang” y yo creyendo me había quedado sin él*

—*Bien, señora, creo que...*

—*Detectives ¿Puedo pasar?* —apareció de nuevo el agente uniformado interrumpiendo el interrogatorio el cual, y para desgracia de ambos investigadores, parecía decaer por momentos.

—*Adelante, Joe ¿Qué pasa ahora?*

—*Sólo comentarles una cosa*

—*Venga, adelante, hombre, no te cortes* —dijo Soresky y el agente se acercó hasta colocarse en medio de los dos. Luego, y en voz muy baja, habló de algo que, tal como Brentwood, Evelyn y Nathan comprobaron, les hizo cambiar sus respectivos semblantes y hasta Soresky dar un puñetazo en la mesa, el cual su compañero le censuró tomándole con fuerza del brazo.

—*De acuerdo y gracias, Joe. Al salir, comenta a los chicos que calienten motores* —dijo Miller y el agente abandonó de nuevo la estancia cerrando la puerta.

—*Bien, señora, caballeros, nunca imaginé tener que reconocer esto pero no tengo palabras para pedirles nuestras más sinceras disculpas* —comenzó a decir Miller y, por su parte, Soresky apartándose de ese discurso permaneciendo en silencio, bien encabritado y dejando ver cómo apretaba los dientes con todas sus fuerzas— *Nuestro compañero acaba de transmitirnos el*

informe del laboratorio de criminalística y, en fin, resulta que, después de un exhaustivo examen del coche por los expertos, éstos han determinado cómo se trata de un simple accidente de tráfico y, según aseguran, motivado por un pésimo mantenimiento del vehículo que conducía la señorita Bridget Davis, hasta el punto de que el circuito de frenos estaba prácticamente sin líquido, lo que provocó que al llegar a esas curvas, tras conducir por la ciudad todo el día, no tuviese capacidad de frenada para impedir que terminara estampada contra el fondo del barranco que todos conocemos. Éstas, entiéndalo ustedes, son cosas que pasan en nuestro trabajo y, si les soy sincero, nos incomodan más que otras tareas de igual modo desagradables y hasta poco higiénicas, las cuales no tenemos más remedio que llevar a cabo. Así que mil perdones, mil disculpas por las molestias causadas a todos, en especial a este joven que espero no nos guarde rencor y prosiga con su formación como si nada hubiese pasado. En cuanto a usted, Brentwood, como director le encomiendo la tarea de dejar inmaculado el honor del chico, quien no se merece haber pasado por ser un vulgar y cruel asesino

—Sin duda lo haré, detective y, en cuanto a todo lo que ha pasado, tengan ambos la seguridad de que por mi parte está todo olvidado
—respondió el director estrechando las manos de los investigadores y luego haciendo lo propio con Evelyn y Nathan, quienes aceptaron el saludo. En el caso de Soresky, lo hizo con la cara descompuesta al guardar cierto resquemor con aquel tema ya, definitivamente, cerrado.

—Nathan, muchacho, debes estar destrozado —habló el director, una vez abandonaron los agentes el despacho cerrando la puerta; quedando a solas los tres.

—No se preocupe, director Brentwood, no me afecta que piensen de esa forma de mí. Tengo mi conciencia tranquila y sabía cómo tarde o temprano,

de una forma u otra, todo acabaría bien. Incluso así, gracias por haber puesto la cara por mí. Esos dos eran duros de verdad y han tenido un comportamiento muy maleducado con usted a cuenta mía

—No podía hacer menos, Nathan. Creo totalmente en tu inocencia, tanto en este caso como en el tan desagradable del escritorio de la señorita Davis. Y, sinceramente, no podía quedarme de brazos cruzados ante tanta injusticia contigo

—Gracias de nuevo, director. No dude comentaré a mi tío esta misma tarde el asunto y su esfuerzo por protegerme de esos dos que, si no llega a ser por usted y Evelyn, me hubiesen buscado un buen lío y una temporada en los calabozos hasta aclararse, como así ha sido, las circunstancias accidentales del fallecimiento de la profesora

—Gracias, Nathan —devolvió la gratitud el director— Bien, y dado que han sido unos momentos de grandísima tensión, me parece lógico descanses hoy de clases y tomes aire para que mañana, Dios mediante, hagas la reentrada con fuerzas renovadas y sacando de tu cabeza los momentos vividos hace un instante de manera tan dramática, si me lo permites decir. Así que puedes marcharte y a usted, Evelyn, le ruego encarecidamente siga cuidando de él como hasta ahora y, lo digo de corazón, no me parece mal eso de permitirle de vez en cuando un desahogo con ese fenomenal coche que, si os lo confieso, cuando tenía esa edad tampoco hubiese aguantado las ganas de coger las vueltas de quien hiciera falta con tal de conducirlo y escuchar cómo ruge ese motor ¡Debe ser como una bestia enfadada!

—Gracias, director, seguiré haciéndolo así, aunque le pido a Nathan tenga mucho cuidado y no se meta en líos. Ahora, jovencito, es hora de aprovechar este regalo de tu director y marchar a casa

—Sí, Evelyn —contestó Nathan, esta vez cambiando de registro e interpretando el papel de sumiso joven encantador y obediente de órdenes y

cumplidor de obligaciones para a continuación, y manteniendo esa expresión beatífica tan característica, estrechar la mano del director y, despedido éste de su asistente, salir del despacho tras de ella y encaminarse ambos hacia la salida.

—*Nathan, sácame de dudas y dime si has llegado a ese límite extremo de manipulación de la realidad esta misma mañana* —Evelyn le soltó esas palabras así de pronto, una vez caminaban solos fuera del instituto ya a salvo de testigos —*O bien, por el contrario, lo has alcanzado en esta segunda oportunidad que he presenciado en su tramo final*

—*¿Qué quieres que te diga? Pues, según se mire, Evelyn* —contestó Nathan interpretando su papel, eligiendo para ello una expresión trufada de condescendencia, si bien no despreciativa y sí respetuosa con su asistente y ahora confidente— *Para mi gusto, esta mañana no he estado tan fino como hace un momento, en particular porque me he encontrado más seguro*

—*¿Seguro dices?*

—*Claro, Evelyn* —contestó el muchacho con rotundidad, dejándole ver esa sonrisa tan suya que indicaba cómo contaba de nuevo con el control— *Te tenía a ti ¿Qué más se puede pedir?*

—*Nathan, ten en cuenta cómo esto que hecho por ti es algo que sale de mi propio corazón ¿Entiendes? Son años a tu lado y te siento como un hijo. Y me comporto como si fuese tu propia madre, hasta el punto de mentir de manera descarada y corriendo un gran riesgo. Sin embargo, lo doy por bueno y volvería a repetirlo*

—*Ya lo sé, Evelyn*

—*Pero, te lo ruego, no tenses más la cuerda ¿Sabes? Porque no estoy segura de qué has hecho en los dos casos en que te has visto envuelto, aunque sé que nada bueno será y, sinceramente, no quiero conocer más. Me gustaría que todo siga como hasta ahora ¿Entendido? Cada uno en su lugar,*

todo en su sitio, y que los días pasen de manera plácida

—*Como la seda, Evelyn* —respondió Nathan con picardía y guiñándole un ojo —*Aunque, ya sabes de qué manera tanto tú como yo tenemos nuestras propias distracciones*

—*Nathan, no sigas por ese camino. Ya te lo advertí*

—*Tranquila. Evelyn* —Nathan bajó la voz, sonrió primero satisfecho controlando la situación y luego se llevó su dedo índice a los labios, colocándolos con suavidad en su mitad— *Todo queda en casa...*

CAPÍTULO V

No todos los días se cumplían diecisiete años y Nathan Waterhouse - exultante después de que no hubiesen surgido más sombras sobre su vida desde hacía muchos meses- quería celebrarlo de manera especial conforme a los planes que había estado pergeñando en la soledad de su habitación durante tantísimas jornadas, bien de asueto o bien en otras en las que no tenía más remedio que cubrir el expediente con el estudio de las materias de obligado examen.

Y no es que tuviera un plan, sino varios y estudiados para acometer tanto de una forma escalonada como haciendo éstos realidad simultaneándolos, aunque esta última opción requería gran esfuerzo, dedicación y soportar una presión extra para que los cabos no se soltasen y fueran a dar con sus huesos en una cárcel estatal; máxime cuando había soliviantado un par de veces a dos parejas de investigadores policiales.

Por lo tanto, había decidido ir de uno a otro, midiendo su éxito, tabulando las consecuencias y dejando que se enfriase uno para materializar el otro. Con lo cual, el primero, que a su vez se dividía en dos fases diferenciadas, estaba señalado en rojo en su particular calendario justo aquel día en el que, como era habitual, recibiría un regalo encargado a distancia por sus tíos acompañado de una escueta nota donde, aparte de felicidades, le mandaban algún que otro consejo el cual, por supuesto, obviaba.

Por su parte, Evelyn sí tenía la decencia de prepararle una tarta de cumpleaños y acompañarle a soplar las velas como si tal cosa, sabiendo que

la sistémica soledad del chico constituía un marchamo en su existencia y, a modo de parangón, una especie de contrapartida para sus veleidades; las cuales ella aceptaba sin más y en particular por una simple cuestión de supervivencia, constándole de qué manera el muchacho manejaba una información de altísimo voltaje para su futuro inmediato, que incluía la misma subsistencia dado que su marido, al que aún soportaba con sus excesos y mezquindades, parecía alargar su poca disposición a encontrar un trabajo con el que pagar las facturas y, en especial, las referidas al supermercado, habiendo llegado a un punto de importarle muy poco lo que Evelyn hacía y deshacía en esos cuatro días ausente de la casa marital y si visitaba la cama de algún otro tipo. A fin de cuentas, también era una cuestión de supervivencia para él, dado que no le faltaba gasolina para el coche, el paquete de pitillos diario y todo el alcohol que su cuerpo le permitía echarse al colete desde que amanecía hasta que anochece empapado en éste.

De tal modo que para Nathan, y sin duda para Evelyn, las cosas iban sobre ruedas mientras esa relación -“quid pro quo”- que ambos mantenían les permitían a ambos tener su espacio propio en la casa, igualmente su tiempo de intimidad sin que ninguno pringase en sus respectivas actividades al margen de lo políticamente correcto y, además, sin reproches mutuos.

Ambos catalogaban aquel “statu quo” como algo digno de alabanza, incluso llevándolo a la categoría de paraíso terrenal en el que sus territorios les pertenecían sin temer invasiones ni amenazas externas, manteniéndose cordiales sin escarbar en las interioridades de cada uno.

De esta forma, Evelyn mantenía su romance en pleno auge con su amado Peter Agnew y éste hasta se permitía incluso entrar por la puerta principal sin que temiese nada por el chico quien, en uno de sus gestos de descaró, hasta le saludaba de manera cortés todos los miércoles a las seis y media en punto, en cuanto aparecía y, soltando excusas sin fundamento, se perdía por la casa

camino de su puntual encuentro sexual con su asistente, quien le esperaba arriba con los brazos -y algo más también- abiertos

Ni que decir tiene que Nathan ya ni siquiera acudía a su ingenio para observarles cómo disfrutaban ambos del sexo, pero todo lo contrario en el caso del apuesto y jovencísimo Sam a quien Evelyn permitía que, al sonar la hora bruja en el carillón del salón, apareciera por las cristaleras del jardín como ladrón en la noche y terminara copulando con salvajismo en su cama y, observándoles, él en primera fila cobijado en la estancia contigua excitándose con el cuerpo de aquel adonis, el cual había logrado que su asistente prefiriera el remordimiento de conciencia a quedarse sin su ración semanal de placer con el joven mantenedor.

Nathan observó su reloj de pulsera y, sentado frente al ordenador, comprobó cómo faltaban apenas dos minutos para las seis y media de la tarde. Momento en el cual comenzaría la fase inicial del plan para conmemorar su decimoséptimo año de vida. En ésta había decidido auto regalarse algo inaudito y, en gran medida, acorde con su carácter vengativo. En la segunda, que pretendía llevar a cabo más tarde y siempre que la primera culminase sin incidencias, llegaría a la cúspide soñada de sus maquinaciones con algo sublime.

De nuevo, los desahogos de Evelyn con Agnew iban a ser la pantalla perfecta, la coartada pintiparada para su plan en el que debía afinar el “modus operandi” con tal de que no surgiesen contratiempos ulteriores, como había ocurrido hacía justo un año con la señorita Davis, de quien tuvo un recuerdo despectivo y se sintió feliz de que hubiera acabado sus días de aquella manera tan trágica, por supuesto con algo de teatralidad como a él le gustaba que fuera ese último instante de una vida más de las que él decidía, a su juicio, cuándo había de terminar.

No obstante, Nathan ese día de su cumpleaños se sentía magnánimo y se

permitió hacer una excepción con su víctima señalada, a quien sometería a un castigo no tan severo en atención a esa circunstancia. Por lo tanto, y escuchando la puntualidad del amante vecino de Evelyn, preparado hasta el último detalle de su plan, vestido conforme a lo presupuestado, equipado con todo lo necesario y dejando su teléfono móvil para evitar rastreos electrónicos policiales, abandonó su habitación una vez escuchó cómo los felices enamorados iniciaban sus habituales juegos amorios, momento en el que en silencio se deslizó por las escaleras, cruzó el salón, abandonó la casa, caminó sigiloso amparado en la negrura de la tarde invernal, saltó la valla que separaba aquélla de la zona de paso hacia la arboleda cercana y, llegando a ésta, se perdió en la frondosidad circundante.

Unos minutos después, atravesada la zona arbórea por su parte más intrincada, sin miedo a cruzarse con más gente ya que a esa hora evitaban el lugar, y superadas las cámaras situadas en la entrada de la urbanización, llegó hasta el aparcamiento del centro comercial y, tapadas las manos y también el rostro tan sólo dejando al aire los ojos, extrajo el alambre que tan buen resultado le había dado con el coche de la profesora Davis y, tras elegir uno de tan fácil apertura, repitió la secuencia con el Toyota de aquélla hasta acceder con idéntica maniobra al pestillo y, abriéndolo, introduciéndose en él.

Nathan había aprendido a través de internet la forma de poner en marcha un coche sin llave y, gracias a su capacidad de aprendizaje e inteligencia, le bastaron dos escasos minutos para ponerla en práctica. Rugió el motor, embrago, aceleró con fuerza y se dirigió hacia la salida del centro comercial, para incorporarse enseguida al tráfico de la ciudad en dirección al centro.

Salvando algún pequeño atasco en las inmediaciones del lugar hasta donde se dirigía, llegó con el tiempo justo pero dentro de lo estudiado al milímetro para llevar a cabo su plan y, también, auto regalo especial de aquel día. Animado por la bonanza de éste en cuanto al clima y que pasaba

absolutamente desapercibido por entre las calles, aparcó sin excesivo problema a unas decenas de metros del lugar previsto y aguardó, como la araña en su trampa, a que la víctima hiciese acto de presencia.

Nathan, haciendo honor a su trayectoria, guardó la calma hasta un extremo inimaginable en otro mortal, pareciendo más estatua que humano, permaneciendo su cuerpo en estado vegetativo pero su mente trabajando a marchas forzadas, ideando variables con las cuales poder reaccionar de inmediato ante imprevistos y cerrando las posibilidades de que algo aleatorio diese la traste con sus intenciones delictivas.

Nathan, casi catatónico, con aspecto de mamífero en hibernación, salió de ese estado en una fracción de segundo y el cambio fue radical toda vez que a simple vista semejaba al felino en la sabana agazapado, con toda su atención puesta en la víctima, inmóvil entre la maleza, aguardando el instante supremo de caer sobre ella.

Y allí estaba su víctima propiciatoria; confiada, segura, caminando despreocupada tras salir de un edificio y dirigiéndose hacia el lugar calculado decenas de veces. Todo iba perfecto para Nathan, quien arrancó el coche y aceleró con fuerza en vacío el motor, comprobando así la potencia que le haría falta para acometer el golpe definitivo. Luego embragó decidido, pisó de nuevo y el vehículo salió disparado recorriendo diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, tal vez sesenta metros, en cuyo momento Nathan redujo, el motor rugió poderoso y, moviendo con violencia el volante, giró hasta donde cruzaba la calle su víctima despreocupada.

Linda Breil sólo tuvo tiempo de mover la cabeza, observar las luces largas encendidas de los faros de un coche que se aproximaba a gran velocidad, las cuales le deslumbraron aunque continuó pasando el semáforo con la indicación en verde para los peatones, segura de que frenaría el vehículo en cuestión.

Sin embargo, cuando la muchacha quiso reaccionar y dar un par de zancadas para apartarse ya fue tarde, puesto que el coche le alcanzó, aunque rozándole, enviando su cuerpo muchos metros más allá.

Nathan tuvo tiempo de deleitarse observando, tal cual se tratase de una película a cámara lenta, cómo aquella estúpida chivata lameculos de los profesores efectuaba un vuelo por encima del coche y, dejándola atrás, aterrizaba de mala manera sobre un seto que pareció acogerle y así evitarle más huesos rotos con el acerado.

La lección estaba dada, lo debido ya cobrado y, pensando para sí, el chico de nuevo se sintió de buen talante habiéndole perdonado la vida a la chica, pero no así sus buenas semanas en algún hospital, las cuales se merecía con creces por buscarle las cosquillas.

Escuchando los gritos de la gente que había presenciado el atropello, Nathan emprendió la huida acelerando con más fuerza pero sin temor a que viesen la matrícula o el tipo de vehículo. En particular porque, tras recorrer media ciudad, quince minutos después se encontraba a las afueras, tomando un camino de tierra que ya había transitado días antes y, alcanzado el punto donde tenía previsto llevarlo, se bajó, comprobando de manera exhaustiva no dejaba nada en su interior, extrayendo un par de botes de su abrigo cuyo contenido inflamable esparció tanto por el interior como por el motor, para luego echar una cerilla y contemplar cómo ardía con fuerza.

Cuando llevaba otros cinco minutos andando en sentido contrario, parapetado por un muro de ladrillo de una fábrica abandonada, escuchó cómo explotaba el vehículo y una llamarada que superó la decena de metros le anunció cómo el plan había sido completado, salvo el fleco más desagradable que constituía andar a pie más de cuarenta minutos hasta la zona donde vivía.

Pero, tal como había pensado con anterioridad, si sumaba tanto ese tiempo como el transcurrido para enviar una temporada a Linda al hospital,

daba justo el lapso en el cual la pareja que andaba en su casa se entregaba al sexo. Y no pudo estar más certero ya que, alcanzado el hogar tras recorrer esos largos cuatro kilómetros, entró de nuevo por la cristalera que estaba en el lado opuesto a la habitación de Evelyn, se descalzó, subió las escaleras sin ser detectado, llegó a su cuarto, abrió la puerta y, justo en ese instante, escuchó cómo la de Evelyn se abría.

Con la mayor sangre fría, habiéndose calzado con las zapatillas en su habitación, también despojándose del jersey y quedándose en camiseta con el logotipo del equipo de baloncesto de la ciudad, incluso tosiendo para dar más veracidad a su papel, Nathan abrió su puerta, salió y coincidió con el paso de Evelyn y Peter Agnew en una precisión milimétrica.

—*Chico ¿Y esa tos?* —le soltó Agnew como si nada y con un aspecto que Nathan hizo un esfuerzo por no carcajearse, en tanto le observaba totalmente despeinado, con la cremallera de la bragueta abierta y, justo detrás de él y por su parte, a Evelyn con la blusa desabrochada por arriba dejando ver sus pechos

—*Hola, señor Agnew* —contestó Nathan utilizando un tono casi infantil—
No es nada ¿Sabe? Sólo es alergia

—*Pues cuídate. Parece que te ataca y bien, muchacho*

—*Acaba de terminar el partido que estaba viendo en mi habitación y voy a tomarme algo, a ver si se me pasa*

—*Por cierto, Nathan ¿Cómo ha quedado?*

—*Hemos ganado por siete puntos, señor Agnew* —respondió el chico con unos reflejos de vértigo, aunque sin mucho mérito para él mismo puesto que en un segundo y de reojo había observado al entrar en su cubículo, donde había dejado el televisor encendido, el tanteo final del partido.

—*Genial, muchacho. Bueno, pues me marcho. Es que he estado arreglando el bajante del lavabo de Evelyn*

—*Sí, claro, suele estar atascado siempre* —dijo Nathan, esta vez observando a Evelyn quien estaba abrochándose la camisa.

—*Veremos a ver cuánto aguanta* —dijo el vecino— *Ya me llamarás si tengo que ajustarlo la semana que viene, Evelyn*

—*Claro, sí, señor Agnew. Muy amable* —contestó la asistenta y le devolvió la mirada al chico, quien permanecía con esa media sonrisa que sólo ella tradujo, para luego bajar aquél con los dos amantes y, tras dejarlos un poco en la intimidad, marchar a la cocina con tal de seguir el paripé perfecto con una coartada elaborada hasta en sus mínimos detalles.

Así, el resto del día transcurrió sin que Evelyn notase nada de particular, ajena a sus andanzas -creyendo a pies juntillas cómo el chico no había salido de su habitación- y atareada como siempre con la casa. Por su parte, él continuaba con la segunda fase del plan, el cual debía salir a pedir de boca conforme la primera había resultado. De todas formas, lo que venía era muchísimo más arriesgado y necesitaba todo su entendimiento en forma para afrontarlo con precisión relojera suiza.

Para ello, el primer movimiento del tablero comenzó justo un par de horas después, en la que Nathan aprovechó cómo ella andaba arriba en la ducha preparándose para la segunda parte de su día de sexo, toda vez que conocía el adelanto —precisamente a esa jornada de miércoles en la madrugada- de su habitual encuentro semanal con Sam, quien era su inspiración para todos los planes y le provocaba una catarata de deseos en la intimidad imaginando su cuerpo desnudo tal como, en esas noches con Evelyn, observaba cómo le satisfacía.

De esta suerte, Nathan fue a la cocina y extrajo de su bolsillo una jeringa con un líquido que contenía un poderoso sedante birlado en el laboratorio de ciencias. En tanto comprobaba el estado de aquélla, recordó durante un momento la peripecia para conseguirla, sobornando con un par de cientos de

dólares al vigilante del instituto para que le dejase entrar a deshoras arguyendo cómo se había olvidado un libro.

En este sentido, reconocía que no había sido nada fácil convencerle, incluso con los doscientos pavos en su bolsillo, y mucho más que no le acompañase hasta el propio laboratorio, para lo cual Nathan había ideado una treta que al final salió a pedir de boca cuando le dijo al susodicho individuo que le tuviera los demás libros, en cuya parte superior había dejado a la vista un ejemplar de un famosísimo semanario pornográfico que aquél, nada más tenerlo a un palmo de sus narices, le soltó al chico que prefería quedarse en el mostrador de vigilancia y decirle que confiaba plenamente en él para recoger ese texto olvidado.

Gracias al ardid, recordado con una sonrisa de satisfacción, Nathan puso en marcha la obertura del segundo plan y para lo cual vertió el sedante dentro del hervidor de agua, sabiendo cómo Evelyn no tardaría tras la cena - consistente en dos yogures y una manzana- en prepararse un infusión, con la que acompañaba aquélla tan frugal para no perder esa figura esplendorosa a sus cuarenta años y que mantenía los dos amantes enganchados a su cuerpo.

El chico se marchó después al salón pero con la precaución de colocarse en sitio donde le fuera visible la zona donde se encontraba el hervidor. Más tarde, concluida la cena y tal como había previsto, observó cómo la asistenta completaba su hábito dirigiéndose a la cocina para prepararse la infusión cuyo contenido, una vez hervido, vertió en una taza donde previamente había colocado una bolsita.

Nathan, aguardó paciente cómo la asistenta, quien se había sentado en el salón dando pequeños sorbos en tanto veía la televisión y de vez en cuando comprobaba la hora, sabiendo cómo estaba tensa esperando el momento en el cual le avisase su joven amante nocturno para que le abriera la cristalera y subiesen a su habitación.

Nathan también comprobó su reloj y comenzó a realizar cálculos, si bien temeroso de que sus investigaciones en internet tuviesen flecos imprevistos y, con un cálculo erróneo, el efecto deseado del sedante no llegase a buen término.

No obstante y para su tranquilidad, transcurridos veinte minutos desde que la asistenta había comenzado la ingesta, contempló cómo no había sido en vano el esfuerzo de estudio y posterior robo de aquel líquido, ya que Evelyn comenzó a tener síntomas de somnolencia al querer levantarse y apenas tener fuerzas para hacerlo.

El chico esperó unos minutos más, puesto que de nuevo vio cómo la asistenta hacía amago de salir del amodorramiento provocado por el sedante pero, después de dos intentos fallidos, cayó rendida por completo.

—*¡Evelyn! ¡Evelyn!* —exclamó Nathan zarandeándole con fuerza.

—*¿Qué quieres? Tengo sueño y...*

—*Vamos, Evelyn, estás rendida de cansancio. Será mejor que te ayude a meterte en la cama*

—*¿Cama? Sí, sí, la cama. Por favor, sí, ayúdame. Dormiré un rato y...*

—se frenó la asistenta cayendo en la cuenta de lo que iba a decir y, como pudo, se agarró a Nathan y éste fue poco a poco ayudándole a subir los escalones, luego a cruzar el largo pasillo y, por fin, caer en la cama.

Seguidamente el muchacho comprobó, quedándose junto a ella unos diez minutos, cómo el efecto había llegado a su plenitud, confirmando lo citado por los expertos en el texto donde se había documentado. Tenía claro que, al menos, tres horas estaría fuera de juego y, sin mucho ajetreo en la casa, hasta seis horas de sueño plácido en el que no reaccionaría salvo fuerza mayor.

Miró la hora y supo cómo aún restaba media para que su amante llegase, de tal forma que en primer término y conforme a sus planes, desnudó en su totalidad a Evelyn. En segundo, apagada la luz y cerrada la habitación, bajó al

salón, después entró en la cocina, fregó con extremo cuidado tanto el hervidor como el vaso utilizado por Evelyn, quemó la bolsa de la infusión tras desecarla para luego, ya todo en orden y recogido, aguardar a su invitado en la penumbra tal como él mismo había fantaseado tanto en la intimidad de su cuarto como en la ducha cada mañana, también mientras contemplaba su cuerpo anhelado siendo poseído por los labios de Evelyn hasta la extenuación.

Nathan, con su corazón palpitando, intuyó cómo ese segundo y muy especial auto regalo de cumpleaños en aquel día estaba a punto de aparecer, lo que completaría una jornada por siempre memorable.

Así, y provisto del teléfono móvil de Evelyn y puesto éste en silencio, agazapado en la oscuridad de la cocina, esperó apenas un minuto hasta que el mensaje de Sam llegó tal como previó.

—*Evelyn, estoy aquí. Ábreme la cristalera* —leyó Nathan.

—*Está abierta. Entra y sube a mi habitación. Allí te espero* —escribió el chico, observando desde la cocina cómo el joven mantenedor abría la cristalera, entraba en la casa y, conociendo a la perfección el camino, se dirigía hasta la escalera, oyendo cómo subía los peldaños con cuidado y luego recorría el pasillo hacia donde creía le aguardaba otra noche de placer con su amante madura.

Nathan, una vez escuchó cómo se acercaba a la puerta de la asistenta, salió disparado desde el salón, subió de dos en dos los peldaños, corrió por el pasillo tras el joven quien entraba en ese instante en la habitación, alcanzándole sin darle tiempo a cerrarla para luego abalanzarse sobre él y, con la barra de acero que había tomado del garaje previamente, le propinó un golpe certero que dejó fuera de combate a Sam tendido en el suelo.

El plan resultó perfecto, si bien Nathan sabía cómo para su total consecución aún faltaban dos detalles muy importantes. Así, el primero pasaba por deleitarse con ese segundo auto regalo de cumpleaños, babeado tantas

noches que, al fin, iba a hacerse material cuando, despojándose de su ropa y haciendo lo mismo con Sam, quedó el cuerpo desnudo de éste a su antojo.

Con Evelyn de igual manera en un sueño profundo que duraría todavía horas, Nathan se arrodilló ante el cuerpo de Sam, tomó un preservativo que había extraído del bolsillo de su pantalón, se lo colocó y, preso de un tembleque que hizo tiritar cada milímetro de su piel, penetró una y otra vez con furia al mantenedor, quien conmocionado no tenía ni siquiera una oportunidad para defenderse de las acometidas de Nathan ni tampoco de sus manos mancillando su cuerpo en toda su extensión.

Varios minutos después, Nathan alcanzó el éxtasis y cayó exhausto sobre Sam, quien pareció dar muestras de volver en sí. Reaccionó rápido el chico y, tomando de nuevo la barra de acero, dio un segundo golpe aún con más saña que hizo un efecto inmediato y le permitió aguardar unos segundos hasta recuperar fuerzas y también que su mente cavilara en el corolario del plan; el cual entraba en su fase más compleja y donde las piezas habrían de colocarse con mimo para que todo encajase de manera exacta.

De esta forma, en primer término lavó el cuerpo de Sam para después, haciendo uso de su fuerza hercúlea, arrastrarle hasta la cama. Allí le aupó poco a poco hasta que, permaneciendo Evelyn boca arriba con las piernas abiertas, encajó el cuerpo de aquél de manera exacta tal si estuviesen en plena cópula, para lo cual y como si fueran maniqués inanimados manipuló sus respectivos brazos para dar similitud a lo ideado.

Satisfecho del resultado, el muchacho tomó el móvil anónimo que había adquirido a un tipejo en los bajos fondos de la ciudad hacía un par de días, seleccionó la cámara e hizo una instantánea donde aparecía la escena de sexo y en primer plano el rostro de Evelyn al que, para dar mayor credibilidad, había abierto los labios en señal de placer, para a continuación remitirla por mensajería al marido de Evelyn, no sin antes colocar diversos juguetes

sexuales alrededor de los dos cuerpos.

Nathan calculó cómo no tardaría mucho en llegar aquél hasta su domicilio, una vez viese la escena en la cual su esposa tenía el papel protagonista, pero sí con el suficiente margen para darse una ducha caliente reconfortante, cambiarse de ropa y hasta tomar un zumo de melocotón antes de subir de nuevo a su habitación, comprobar la hora, y preparar el arma que, junto con el móvil, había adquirido al mismo individuo que no hizo preguntas y sí le cobró por ello un dineral; aunque consideró con creces merecía la pena, a tenor del anonimato que dicha compra le permitiría para sus planes.

Ya preparado y tras otros diez minutos de tensa espera, escuchó cómo llamaban a la puerta y además de manera obsesiva, lo cual le advirtió cómo el marido de Evelyn acudía como la mosca al pastel, cegado por el impacto de esa foto —la cual pudiese en algún momento de su matrimonio haber imaginado, pero nunca contemplado— de su mujer en pleno deleite con un cuerpo juvenil.

El chico, de manera estratégica, esperó un par de minutos más, los cuales utilizó para desarmar el teléfono móvil utilizado, extraer su tarjeta y destruirla a conciencia, así como, utilizando la propia pistola, convertir el aparato en chatarra.

Luego, con suma tranquilidad, bajó las escaleras y llegando a la puerta, abrió y se encontró al marido burlado presa de un ataque de nervios.

—*¿Dónde está Evelyn?* —preguntó fuera de sí el sujeto a Nathan, alzando la voz y luego dándole un empujón.

—*¿Qué pasa? Oiga, pero ¿Qué...*

—*¿Dónde está esa puta del demonio?* —le preguntó de nuevo a Nathan, a quien había cogido con suma violencia por las solapas y, dejándose hacer éste, zarandeó sin resistencia estudiada.

—*Durmiendo* —contestó Nathan— *Está durmiendo en su cuarto en la*

planta alta, al final del pasillo a la derecha ¿A qué viene esto?

—*Con que dormida ¿No? Ahora verá esa zorra lo que le voy a hacer* —exclamó encolerizado el marido, quien soltó al muchacho, se dirigió hacia las escaleras, subió los peldaños de dos en dos y, corriendo por el pasillo, entró en la habitación, que permanecía encendida conforme al plan, dándose de bruces con la escena que comprobó era la realidad pura y dura, quedando anonadado, incapaz de articular palabra al contemplar cómo su Evelyn, su esposa durante más de veinte años, aquella chiquilla de la que se enamoró, se había transformado en una asquerosa adúltera y su cabeza comenzó a dar vueltas, sintiéndose cómo el vientre se le descomponía, el corazón le palpitaba y un calor repentino inundó su piel centímetro a centímetro.

Antes de que el marido reaccionase y se lanzase a por los dos amantes, Nathan apareció por detrás de él portando la eficiente barra de acero y, en plena nuca, le soltó el golpe que le dejó noqueado sobre la lustrada madera del suelo.

Sólo faltaba una guinda al pastel de su plan y el chico entendió cómo sería la hazaña más recordada de su existencia, pensando la recordaría durante todos los días que amaneciesen hasta su definitiva desaparición de ese mundo que él mismo construía a su medida, con sus reglas de acero y en el cual nadie le discutía ni sus caprichos ni -mucho menos, so pena de serio correctivo- sus férreos dictados.

Y esa guinda fue el momento en el cual extrajo la pistola de su bolsillo, dio un par de pasos hasta la cama, ya enguantada su mano, plastificado todo su antebrazo para mayor precaución, y descerrajó un tiro a sangre fría y a quemarropa en la nuca del joven Sam para luego, cerrando los ojos, olisquear el genuino aroma de la piel achicharrada lo cual le produjo algo parecido al mismo placer que su coito con él; en tanto poseía su cuerpo.

A renglón seguido, se acercó al marido inconsciente, le aupó, tomó su

mano derecha y, colocando el dedo índice de ésta en el gatillo del arma, realizó un segundo disparo que dirigió hacia el hombro izquierdo de Sam, el cual le traspasó quedando parada la bala en la pared contigua al lugar donde se encontraba la cama.

Nathan entendió cómo todas las piezas estaban ya en su sitio y era el momento justo de mostrar el rompecabezas. Para ello, dejando la pistola todavía humeante, comprobando cómo Sam era cadáver y que tanto Evelyn como su marido permanecían inconscientes, salió de la habitación, fue a la suya, se desvistió, se colocó el pijama, se desaliñó a conciencia el cabello y, bajando al salón, se dirigió hacia el teléfono fijo para marcar el número de emergencias y, conforme había ideado, para comunicar lo sucedido.

Después subió a la habitación y zarandeó al marido de Evelyn -no sin antes coger su teléfono móvil y borrar los rastros de fotos y mensajes- hasta comprobar cómo poco a poco volvía en sí; si bien todavía sin mucha percepción del mundo real, pero sí lo suficiente para que despertase de un momento a otro, asegurándose de que mantenía en su mano el arma homicida. En éstas, tuvo que abandonar un segundo intento al escuchar cómo llamaban a la puerta y la policía se hacía notar advirtiéndole de su llegada.

Nathan bajó frenético los escalones, llegó a la puerta, la abrió e interpretó su papel de manera perfecta simulando un ataque de nervios muy juvenil, incluso derramando alguna lágrima relatando cómo había escuchado gritos desesperados y luego dos disparos en la habitación de la asistenta para a continuación, fingiendo nerviosismo metido en su nuevo rol, dirigir a la pareja de policías hasta el lugar del suceso narrado.

—*¡Deje el arma en el suelo! ¡Vamos! ¡Al suelo!* —gritó uno de los policías, nada más llegar hasta la puerta de entrada que el muchacho, de forma prevista, había dejado de par en par.

—*¿Qué? ¿Evelyn?* —respondió el marido, quien aturdido se incorporó

sosteniendo la pistola en la mano sin tener constancia del hecho.

—*¡Tire la pistola!*—exclamaron con fuerza esta vez los dos policías y el marido de Evelyn, tal vez despertando sobresaltado ya recobrados los sentidos en su normalidad, se giró de manera brusca hacia donde le gritaban y, para su pesar, acompañando ese gesto con el brazo y su mano sin dejar de sostener el arma; lo que tomaron aquéllos como una amenaza cierta.

-Nathan, escuchando los disparos de ambos agentes, sintió de repente emocionado cómo volvía ese placer indescriptible a su cuerpo, incluso llegando a tener una erección, observando cómo el pecho del marido de Evelyn se abría en canal mientras las balas se lo traspasaban, haciendo que la sangre manara salpicando toda la habitación y quedara tendido en medio de un charco de ésta que fue, lentamente, rodeando su cadáver.

El muchacho —percibiendo enaltecido esa mezcla densa y almizclada de la pólvora y la sangre fusionadas- pensó cómo el Cielo le estaría vedado en su hora postrera, que le cerraría las puertas por sus pecados impidiéndole gozar de él. Sin embargo, aquello no le importó y hasta se jactó de ello puesto que en vida -mientras su sangre corría salvaje por las venas y su carne la sentía enfebrecida- acababa de conocerlo.

PARTE SEGUNDA

PRÓLOGO

(PARTE SEGUNDA)

Aiden Silk observó el horizonte y se temió lo peor. No era la primera vez que una tormenta de órdago le cogía en plena jornada de caza pero, que recordara, nunca cuando la nieve hacía que se hundieran sus pies hasta los tobillos, resultando una tarea titánica la de avanzar por aquellas soledades en retirada hacia el pueblo donde residía que, si bien no estaba lejano, en esas condiciones y hasta alcanzar su coche le llevaría un buen rato en el que sería atrapado con toda seguridad por aquella masa fría de un gris acerado, cada vez más amenazante que se divisaba al fondo del idílico paisaje que transitaba; si bien en ese preciso instante no tan bonancible por lo que suponía para él soportar la furia de la tempestad de nieve, la cual estaba seguro se desataría a poco que soplaste el viento del norte con furia desatada y se situara justo encima de su cabeza.

Aiden no había cumplido todavía los cincuenta y su fortaleza física y, para cualquiera que observase cómo se movía y respondía a los esfuerzos que le sometía el terreno, podría pasar por alguien de diez o quince años menos. Y esto era gracias a su vida al aire libre, su trabajo como operario de una empresa maderera y, para añadir al cóctel físico, sus largas horas en el gimnasio del pueblo donde, mayormente los largos inviernos, echaba fuera la adrenalina levantando pesas y machacándose en el banco de abdominales.

Observó su reloj de última generación y comprobó cómo, según la señal GPS, le restaban apenas dos kilómetros para llegar por fin hasta el coche,

donde guarecerse y así regresar al calor del bar de Frank Fitzgerald y, después de un par de copas de buen whisky acompañadas de una espumosa pinta de cerveza, relatar su aventura de esa mañana que tocaba a su fin por circunstancias de la climatología adversa que, sin embargo, los pronósticos no habían pintado tan mal y, como comprobaba cuando el viento comenzó a soplar con más fuerza, habían finalmente errado de lleno confundiendo no sólo a él, sino a más de un hijo de vecino amante de la caza o bien del disfrute de los sugerentes parajes helados de las majestuosas Montañas Rocosas accediendo por entre las sinuosas carreteras y caminos del bucólico Condado de Owyhee, uno de los varios aislados y poco poblados pertenecientes al Estado de Idaho.

Aiden, mirando de reojo cómo el cielo plomizo se acercaba casi colocándose en su vertical, suspiró aliviado en cuando pudo ver destacado entre la nieve a su todoterreno de color rojo fuego.

Calculó -sin dejarse marear por el reloj y menos por su tecnología- que diez escasos minutos le separaban del confort de su interior y, sobre todo, de la calefacción a toda mecha para soportar lo que se venía encima de manera literal, y mucho más en el instante que la ropa ideada para la intemperie la cual vestía y calzaba, le pareció inútil cuando una racha de aire helado llegó con tal fuerza que casi le tumbó encima de la nieve a la que intentaba burlar sin conseguir más que andar de manera torpe y, de vez en cuando, teniendo que tomar aliento para poder seguir con cierta garantía de alcanzar su objetivo.

En pleno esfuerzo, cuando Aiden estaba acariciando el momento de abrir la puerta del vehículo, algo le llamó la atención a su izquierda, sin descifrar de qué se trataba y descartando fuese algún animal acechante por cuanto tanto lobos como pumas deambulaban por allí aunque no les temía, incluso permaneciendo en la soledad, al caminar armado hasta los mismísimos dientes, aparte de ser un valiente en todos los sentidos conociendo, desde niño

aprendiendo con su padre, la forma de actuar de esos depredadores cuyos hábitos leía a la perfección con tan sólo observarles.

De todos modos, Aiden supo con certeza que no se trataba de amenaza alguna, lo cual confirmó cuando avanzó, se detuvo, se levantó las gafas protectoras y observó era un bulto que se encontraba a unas decenas de metros bajo un pino mediano.

Su primer impulso, y más cuando la tormenta estaba a tan sólo minutos, fue el de continuar su camino y obviar aquello. No obstante, su propia curiosidad y también el instinto innato de alguien cuya vida había pasado pegada a la naturaleza, le impelió a variar la ruta, con un esfuerzo imprevisto añadido, y dirigirse hacia aquel lugar.

Luchando ya contra el viento de costado, Aiden recorrió el trecho llegando hasta allí y, cuando lo tenía a un par de metros, se frenó en seco. Primero guardó unos instantes de silencio y luego musitó una sentida jaculatoria. A continuación, se persignó antes de dar tres o cuatro pasos y contemplar de cerca el cadáver de un joven cuyo cuerpo semidesnudo permanecía sobre la nieve manchada de su sangre.

Aiden, por instinto, armó su rifle, se lo colocó en posición de combate tal si reviviese sus días de juventud en el Cuerpo de Marines, se giró de izquierda a derecha, luego dando vueltas al cadáver y, tras comprobar que no había nadie al acecho, se arrodilló ante él y, con sumo respeto, cerró los ojos al chico cuyo rostro estaba contraído. Después, acudiendo hasta su vehículo, tomó de éste varios sacos que siempre llevaba para la leña y los colocó sobre el muchacho.

Diez minutos más tarde, en tanto repetía sus rezos, Aiden conducía sorteando la tormenta rumbo al pueblo con una noticia trágica y que alguien, tal vez, ya conocía bien y a quien imaginó con una sonrisa de gozo y manos - presentidas como pulcras-- recorridas por la sangre del sacrificio realizado.

CAPÍTULO I

(PARTE SEGUNDA)

Verónica Strauss contaba con veintiocho años, si bien resultaba una cifra desorbitada para cuantos recibían la información, fuese de una forma u otra. No era para menos si se tenía en cuenta de qué manera lograba que el espectador calculase que no superaba los veintidós y recién cumplidos; en particular observándola a un par de metros con su rostro juvenil, sumando su estatura no superior al metro setenta y su cuerpo donde no existían trazas de grasa alguna y, aun así, dotada de una silueta donde las curvas la moldeaban con armonía. Tanto era así que, en alguna ocasión, fue motivo de polémica su edad, de la cual ella misma prefirió quedar al margen, quedando satisfecha por la porfía que le halagaba y engrandecía su ego.

De cualquier forma no constituía ese el único motivo sino más bien un complemento, puesto que era su cara la que contenía el paso de la edad y le mantenía en un limbo de perenne juventud donde moraba a sus anchas, sin que ella misma hiciese esfuerzo alguno por parecerlo, ya que le bastaba con sus facciones pequeñas acordes con el conjunto de su cuerpo, la perfección de éstas y unos ojos grandes, azul cobalto, enmarcados por pestañas que más de una envidiaba y unas cejas con aspecto de haber sido delineadas a pincel, junto a la textura que rozaba lo infantil de su piel amén de la carnosidad de sus labios.

Todo aquel arsenal de belleza, conforme ella misma meditaba muchas

veces para sí, de poco le había servido en la incruenta batalla del amor. Y no exageraba puesto que, acercándose a la treintena y dejando aparte los escauceos de la etapa estudiantil, tan sólo había tenido dos relaciones con sendos chicos sin que ninguno hubiese aguantado a su lado más allá de unos meses, aunque no por nada extraño sino porque ella misma les había mandado a freír una buena tanda de espárragos por, simplemente, ser unos cretinos engreídos, egoístas, machistas y, para colmo, amantes patéticos.

Por esta cuestión, Verónica pasaba sus días glorificando cada amanecer en los cuales no tenía que soportar a semejantes estúpidos y, por el contrario, disponer a su antojo de todo el tiempo del mundo para disfrutar de sus aficiones aunque, reconocía sin ambages, sólo tenía una y esa era la de dar vueltas por ahí, por no decir los viajes como cualquier mortal, en concreto porque ella misma en realidad era “culillo de mal asiento” y sólo le emocionaba esa forma caótica -la cual imponía a sus inseparables amigas y cómplices en cuanto abordaba- de viajar de un lado a otro sin tener mucho apuntado en la agenda más que una cartera repleta de dólares que gastar, tras ganarlos trabajando duro.

Y ese trabajo era el que en ese momento desarrollaba conduciendo por una carretera comarcal cuyo aspecto era el mismo que había contemplado en el cine club universitario, donde aparecía en películas rodadas en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, sólo que en esta ocasión permanecía custodiada por una seria capa de nieve a cada lado y un piso lleno de placas de hielo peligrosísimo que, en más de una vez, había puesto a prueba la tracción a las cuatro ruedas del coche que conducía y, en su momento, recomendado por los expertos que se lo asignaron tratándose de un encargo en un pueblo perdido junto a las Montañas Rocosas donde, según le dijeron, no era algo descabellado cayeran nevadas sorpresivas incluso en pleno mes de septiembre.

Tras superar una de aquellas placas en las que redujo la velocidad hasta casi parar el vehículo, Verónica continuó rumbo a la localidad de Murphy; su destino pintoresco de aquel lugar y donde sus superiores le habían indicado realizase una investigación estatal respecto a una serie de asesinatos de jóvenes que habían tenido lugar en el Condado, si bien en colaboración con la policía de éste.

Verónica había estudiado con ahínco una carrera que pensó en su momento le iba a proporcionar muchas alegrías, como era la de Derecho y que, llegado el día de poner los pies en el suelo y sus manos sobre el escritorio asignado en su primer bufete, se dio cuenta de que aquello era algo tan alejado de su fantasía estudiantil que no duró apenas seis meses aguantando la pléyade de casos burocráticos con los cuales recibían a los novatos en aquel lugar y, encabritada con su error, una mañana recién comenzado el verano se presentó en el despacho del gerifalte del lugar, se le acercó saltándose los consejos de los más veteranos, colocó en su mesa un libro enorme de jurisprudencia y le dijo que se lo metiese por salva sea la parte.

Verónica cogió tal inquina al trabajo de leguleya que ni siquiera esperó a que le liquidaran la semana y tampoco reclamó el cheque que, de la misma manera, esperó que le aprovecharse bien a su jefe por aquel mismo sitio y deseando le resultase doloroso introducirlo.

Tras ese desencanto inicial, encontró fácil más trabajos en otras lides, pero ninguno llenaba sus aspiraciones de contar con un mínimo de acción. No obstante, un buen día y sin esperarlo dado que había decidido dejar su destino al paio, una confidencia de una de sus amigas respecto a vacantes en la Policía Estatal de Idaho hizo que -superando ese punto de complejo de inferioridad respecto a sus compañeros varones, a quienes temía en las pruebas- se echara al monte como quien dice y a la primera consiguiera una

plaza como detective.

De eso hacía un año justo y Verónica, incluso en ese momento, se estaba planteando una nueva huida hacia adelante que no había acometido gracias en parte a las palabras apelando a la templanza de su propia madre -a falta de las de un padre, el cual ni siquiera había conocido al marcharse éste de casa para comprar tabaco y nunca volver mientras permanecía ella en el vientre materno- con las que intentaba frenar su ímpetu por repetir la escena del mandamás del bufete de abogados y esperase algún tiempo más, pidiéndole diera una nueva oportunidad al destino.

En un primer momento, los consejos combinados de su progenitora y sus amigas cayeron en saco roto, si bien y tras meditar durante un par de días se dijo a sí misma que un plazo prudencial sí se lo debía a todas ellas y, dando marcha atrás, dejó en suspenso su decisión repentina; optando por hacer caso de los consejos para aguardar, al menos, dos semanas más en cuyo transcurso comprobaría si tenían razón finalmente sus augures improvisadas.

Y todo aquel embrollo había sido propiciado por la manía de sus jefes, tal vez guiados por su aspecto de fragilidad, a largarle toda clase de casos insignificantes que cualquier párvulo hubiese resuelto. En otras oportunidades, y eso le sublevaba todavía más, le endilgaban otros donde sólo se trataba de rellenar papeles, formularios, encuestas y demás burocracia, por lo que le había conducido a un estado de asco similar a cuando ejercía la abogacía de aquella manera para ella tan odiosa.

Sin embargo, aquella mañana hubo un giro repentino y notable en los acontecimientos. No es que fuera gran cosa, teniendo muy presente que un hecho ajeno a lo que era lo común había empujado la rutina en un sentido que, de manera egoísta, le beneficiaba. A Verónica le molestaba y mucho que no hubiese sido por decisión de sus jefazos, pero quiso tomarlo como una jugada del destino -de esas que se saca de la manga en el último instante- y seguir la

corriente aprovechando de igual forma el viento de cola de su singladura en el departamento.

Y es que una llamada, justo a las siete y media en punto de esa misma mañana, desencadenó todo cuando su compañero y supervisor veterano, de nombre John Landis, comunicó al teniente entre toses y estornudos varios de qué manera le era imposible acudir al trabajo y mucho más cuando el médico de urgencia le había diagnosticado un principio peligroso de neumonía, por lo que debía guardar cama y reposo durante, al menos, una semana siempre que todo fuese bien para sus pulmones.

Verónica esquivó otra placa de hielo y, de manera simultánea, recordó cómo el teniente le llamó para que acudiera a su despacho y le sermoneó respecto a cómo debía afrontar el trabajo de los dos sin su compañero y que, de paso, tenía que acudir a realizar la primera investigación en la cual, en ese momento, estaba metida hasta el cuello, sin que nadie le dijese cómo llevarla a cabo y, de manera concreta para ella, también cómo no hacerla.

Y esta era la buena noticia, sintiéndose libre para acometer en soledad el caso aunque también un tanto temerosa de no dar la talla que ella misma se suponía debía alcanzar y tampoco con la seguridad que presumía debía tener pero, de cualquier forma, esperanzada en hacer un papel digno sin más ayuda que su propio instinto.

En estos pensamientos, también cuando se sentía ese vacío incómodo de la salida a campo abierto -dejando la comodidad de la oficina y su insulso movimiento de papeles de un lado a otro- donde todo resultaría nuevo, Verónica alcanzó Murphy, localizó su destino antes de lo esperado en la pequeña población y aparcó justo al lado del local que ocupaba la oficina del sheriff del Condado.

—*Buenos días. Soy la detective Strauss, Policía Estatal* —habló Verónica con seriedad a una joven uniformada, quien permanecía con los

auriculares puestos atendiendo mientras un aviso, a la vez que le mostraba su credencial tras ingresar en la estancia recibiendo casi un golpe de calor de lo fortísima que estaba la calefacción.

—*Un momento, por favor, enseguida le atiendo* —contestó la joven agente, quien pareció enredarse con los cables y también con la centralita telefónica— *Señora Leicester, no se preocupe, sí, claro, le diré enseguida al ayudante del sheriff que envíe una patrulla. Sí, sí, usted tranquila que aparecerá su gato. Ya sabe cómo son los chicos atrapándolos. Muy bien, sí, querida, adiós, sí, pronto, claro está, muy pronto estarán allí* —consiguió calmar a la llamante y colgando, se dirigió a Verónica

—*Disculpe, detective, ya ve cómo se las gastan por aquí las ancianitas y, en especial ésta, que es la abuela de nuestro alcalde, ya me entiende*

—*Sí, bien, lógico. Oiga ¿Podría avisar al sheriff...?* —contestó Verónica, realmente fuera de contexto, con cierta prisa y un tanto alterada por el intenso calor al que no estaba acostumbrada.

—*¿El sheriff? ¡Imposible!* —contestó con seguridad la joven y también un punto de burla en su tono al que añadió una expresión jocosa que la detective no llegó a captar, en tanto mantenía a raya otra llamada dejándola en espera dándole esta vez prioridad a la recién llegada, a quien vio algo incómoda por la situación— *A esta hora, tanto él como el ayudante están en el bar de Frank. Así que me temo tendrá que ir para allá y pillarles “in fraganti”, tal vez con una pinta de cerveza conforme es su costumbre*

—*Ya, sí, entiendo* —contestó Verónica, guardándose para sí de manera diplomática el comentario que le pidió el cuerpo, aunque dejando ver su cara de sorpresa y, más bien, de cierta incredulidad por dónde se había metido.

—*Oiga, y ¿Viene sola?*

—*Sí, es que mi compañero ha caído enfermo y tardará unos días en restablecerse. En cuanto el médico le dé el alta, se incorporará a la*

investigación. El departamento, entre las vacaciones invernales, la gripe acostumbrada por estas fechas y decenas de casos que han llegado de sopetón, está al límite

—Pues con lo guapa que es y sola entrando en ese bar, no le arriando la ganancia

—Le agradezco el cumplido, pero me las apañaré

—No es un cumplido, detective. Es la verdad y ya comprobará el efecto que tiene en cuanto abra la puerta del bar de Frank y medio pueblo le vea entrar. Y digo medio porque la otra mitad somos mujeres y no encontrará ni una por allí a esta hora. Pero, espere un momento, que voy a anunciar su presencia aquí

—Bien, no hace falta...

—Relájese, mujer, esto no es la ciudad

—Pero, por favor, trátame de tú

—Eso está hecho ¿Verónica, verdad?

—Sí, así es. Strauss, Verónica Strauss

—Claro, sí, lo cogí a la primera, incluso teniendo a esa anciana hablándome de su gato travieso. Vaya, ya parece que da la llamada el teléfono. Es que aquí, tan aislados, a veces la cobertura es malísima

—Entiendo. Si no puedes...

—¿Louis? ¿Louis? Chico, me imagino que irás por la tercera cerveza ¿No? Pues, no me lo creo —Verónica, más relajada, asistió en silencio a las palabras de la agente, decidida a presentarle a distancia a sus compañeros y, a su parecer, facilitarle a ella la tarea conociendo el paño Bueno, escucha, cariño, dile al sheriff Saxon que ha llegado la detective que esperaba. Sí, sí, he dicho la, o sea una chica detective. Bueno, guapo, hasta luego y no bebas más, un beso fuerte

—Pues, entonces, gracias y me marcho para ese bar —dijo Verónica

nada más escuchar la conversación mantenida, en la que le sorprendió el nivel de confianza, cuando no de complicidad, de los dos agentes.

—*Ya ha oído cómo no falla. Es la costumbre aquí ¿Sabe?*

—*Claro, sí, muy diferente a lo que hacemos en la ciudad* —contestó Verónica prudente y sin hacer juicios de valor ante la joven, quien a su criterio —y también fino olfato femenino— parecía haber aprovechado para marcar su territorio haciéndole saber cómo el ayudante del sheriff estaba ocupado, por si las moscas e intentaba alguna maniobra para arrebatárselo— *De acuerdo, pues, muchas gracias y encantada de conocerte. Imagino que nos veremos a menudo mientras dure la investigación*

—*Eso espero, aunque también te digo que si andas por aquí mucho tiempo serán malas noticias para todos*

—*Tengo que reconocerte que eso sí es cierto. En fin, digamos que algo intermedio en que nos veamos, también el trabajo vaya saliendo adelante y los malos queden a buen recaudo*

—*Me apunto a eso, Verónica, y mucha suerte. Por cierto, me llamo Claire. Y una cosa te advierto: el bar de Frank está al final de esta calle, así que mejor conduce hasta allí esos cien metros que hay con tal de no llegar convertida en un tempano con esa ropa tan inadecuada para este clima que llevas puesta encima. Y otra cuestión importante: no eches cuenta en el bar a esos bravucones porque son todo apariencia y palabrería, luego en las distancias cortas son algo así como corderitos ¿Entiendes?*

—*Sí, muy bien, entendido, Claire. Te agradezco tus consejos y no dudes tendré todos muy en cuenta* —respondió Verónica, con cierta sorpresa por lo escuchado, y abandonó la excesiva calidez de la oficina del sheriff para meterse en el coche, arrancar y conducir tal como había recomendado la muchacha; a quien observó cómo se asomaba a la cristalera para ver su salida hacia lo desconocido, pensando como en apenas unos minutos había pasado de

la desconfianza y, hasta colocando el muro de la falta cortesía entre las dos, a sentirla como alguien cercano en quien descargar confidencias y, por qué no, buscando consejo de amiga.

Verónica reconoció para sí cómo, con sólo ese sucinto contacto con la primera habitante del lugar, se sentía diferente. Y, la verdad, no era una cuestión que le desagradara y, más bien al contrario, hasta le complacía relajarse un poco de su seriedad habitual, de cómo afrontaba la vida y las relaciones con las demás personas que deambulaban por el escenario efímero de su vida.

No podía determinar si esto era causado por el mismo ambiente, por la forma de hablarle aquella chica, tal vez la misma distancia física de la ciudad o, como convino consigo misma, un cúmulo de hechos intangibles pero ciertos que tenían más que ver con la conjunción del entorno y las gentes que lo habitaban.

En este mismo pensamiento, que no escondía dilema sino afirmación en lo que sentía, Verónica y en un minuto se plantó en el aparcamiento del bar citado por la joven agente y, abrochándose el abrigo, abandonó de nuevo el vehículo y se dirigió hacia la puerta de aquél, sintiendo como iba a penetrar en algo así como territorio desconocido.

Al abrir la puerta del local, éste le recibió dejando que percibiera una densa mezcla -tuvo que reconocer que acogedora- formada por efluvios de whisky, cerveza y troncos ardiendo sin prisas en tres contundentes estufas que observó distribuidas por el amplio establecimiento, el cual contaba con un reservado al lado de la cristalera que daba a la calle principal y donde no le fue difícil divisar, gracias a sus uniformes de color crema, a los dos policías del lugar.

Despojándose del abrigo, ya que la diferencia de temperatura con el exterior era brutal -si bien el calor no tenía ese punto de agobio de la oficina

del sheriff- la detective anduvo segura pero sintiéndose incómoda al captar las miradas de los parroquianos, en muchos casos bien lascivas, quienes callaron durante su paso por entre los corrillos en los que permanecieron sin apurar sus vasos, pendientes de aquella belleza urbanita quien era la única mujer presente en el bar.

—*Bienvenida, detective* —se levantó de su asiento el sheriff en primer lugar, un tipo que calculó en la cincuentena, con una barriga cervecera evidente y canas tanto en cabello como en el grueso mostacho que exhibía y, en segundo, tras quedar un instante con la boca abierta al verle, su ayudante y novio de la agente de la oficina, quien le pareció jovencísimo, sacando una cabeza al sheriff, peinado al estilo de los sesenta tal cual estuviesen ocupando “Los Beatles” otra vez el número uno del “hit parade, quien no pronunció palabra aunque sí le dio respetuoso la mano que pareció no querer separarla de la suya, quedando embobado mirándole.

—*Muchas gracias a los dos* —contestó Verónica, aceptando la invitación para sentarse entre ellos y colocando el abrigo en el respaldo de la silla, sin que aquel joven ayudante le quitara ojo de encima.

—*¿Quiere tomar algo para entrar en calor? Y no me refiero, naturalmente, a un trago*

—*Un café sí me vendría bien, sheriff. La verdad es que, aparte el frío, necesito algún estimulante porque la carretera me ha dejado agotada*

—*Louis, muchacho, ya has oído* —le dijo a su ayudante y éste obedeciendo salió disparado, sin decir nada, para la barra.

—*¿Su primer caso, detective?* —el sheriff abrió las preguntas de rigor, también embelesado con aquella belleza recién aparecida en su pequeño mundo de frío, eternas tardes de música “Country” en el bar, cerveza y whisky añejo.

—*¿Se me nota en la cara, sheriff?*

—Yo diría que sí. Pero, tranquilícese, todos hemos tenido ese primer día con ese primer caso

—¿Siempre ha estado de sheriff en el pueblo?

—Ni muchísimo menos. Digamos que este es mi dulce retiro o, mejor dicho, la antesala de éste el cual espero de aquí a pocos años. Le confieso que he dado tumbos por medio país, aunque siempre en tareas policiales. Antes de aquí fui teniente de homicidios en Filadelfia, donde tengo tanto buenos como muy malos recuerdos

—¿Volvería a una ciudad?

—Ni por todo el oro del mundo ¿Sabe? Este es un sitio pequeño, la verdad que un poco incómodo por la cercanía de la gente y que tienen la insana costumbre de estar todo el día vigilándose unos a otros y, naturalmente, luego cotilleando sin cesar. Pero, lo confieso, prefiero este punto negativo, al que he llegado a acostumbrarme con el tiempo, a la putrefacción de una ciudad que, sin exagerar, es un infierno de cemento pestoso y lleno de salvajismo primario donde gentuza hay en la parte alta y lo mismo en la parte baja, de distinta calaña y métodos pero, a fin de cuentas, demonios de los que no quiero oír hablar

—Aquí tiene su café, detective —dijo Louis tras colocarlo delante de ella, para luego tomar asiento y continuar prendado de aquel rostro de ensueño, observando sin poder dejar de hacerlo el cabello rubio liso peinado con una raya en el lateral, cayendo el flequillo de manera sutil sobre la parte izquierda de su rostro; lo cual le dotaba de un misterio arrollador para el joven ayudante.

—Gracias, Louis y, por favor, a usted también se lo digo, sheriff, mejor nos tuteamos que somos colegas. Así que con Verónica es suficiente

—Me parece estupendo, Verónica —asintió el sheriff— En mi caso, basta con llamarme Bob, como hace todo el mundo por aquí.

—*Encantada, Bob. Oiga, una curiosidad*

—*Tú dirás, Verónica*

—*¿El alcalde no dice nada con respecto a las cervezas? Quiero decir que os verá o, bien, alguien se lo dirá*

—*¿El alcalde? ¿Te refieres al alcalde de este pueblo?*

—*Sí, claro, Bob. Éste y no otro*

—*Pues, la verdad, no creo tenga inconveniente que, en vez de en la oficina, Louis y yo tratemos los asuntos importantes aquí y tomando alguna que otra pinta*

—*¡Vaya, Bob! Me parece fuerte el tema ¿Sabes? En la ciudad por algo menos los de asuntos internos te empapelan*

—*Bien, Verónica, todo tiene su explicación y, si me permites, te voy a presentar a nuestro alcalde*

—*Bien, me parece correcto y no está de más que hable con él ¿Nos marchamos?*

—*¿Marcharnos? ¿Irnos de aquí? Nada de eso, jovencita*

—*¡Qué va, Verónica!*- añadió Louis con una sonrisa que no entendió la joven, ni tampoco el gesto de éste al mover la mano negando vehementemente; quedando perdida por aquellos comentarios que no acertaba a traducir en algo con sentido.

—*¡Frank! ¡Frank!* —alzó la voz el sheriff llamando al dueño del local, quien abandonó de inmediato la barra, cruzó el local y se presentó en la mesa portando con estilo una bandeja con sendas cervezas, las cuales colocó a cada uno de los policías.

—*Verónica, tengo el placer de presentarte a nuestro alcalde y también dueño de este local, Frank Fitzgerald*

—*Pues, encantada* —contestó Verónica sin saber ni qué hacer, ni tampoco qué añadir

—*Imagino que ahora entenderá todo*

—*Ya lo creo, Bob*

—*Señorita, sea usted bienvenida, y sepa esta es su casa para lo que precise* —el alcalde y tabernero se deshizo en cortesía, sin poder dejar de mirar aquellos ojos que le turbaban— *Todo lo que consume es por cuenta mía y espero tenerle aquí para agasajarle más tarde con una cena como Dios manda en Idaho*

—*Gracias, muchas gracias, muy amable por su parte, señor alcalde*
—contestó la joven detective, dejando se le viera azorada por primera vez y sin poder controlar el rubor en su rostro.

—*No, no, por favor, llámeme Frank, como todos*

—*De acuerdo, Frank. Estoy encantada de aceptar su invitación, pero tendrá que ser otro día puesto que debo volver a la ciudad*

—*Pues, señorita, cuando guste. Siéntase junto a nosotros como si fuéramos su familia*

—*Sí, mil gracias Frank. No tengo palabras para agradecer este caluroso recibimiento de todos ustedes, y la verdad es que apenas llevo unos minutos aquí y tengo la sensación de conocerles desde siempre* —contestó Verónica y el singular edil, bandeja en ristre, regresó a la barra para saciar la sed de una turba de granjeros recién llegados con un frío atroz.

Sí que es un sitio muy peculiar, Bob —habló luego la chica, más relajada y su rostro, ya desaparecido el lógico rubor, vuelto a la normalidad.

—*Ya te digo que no cambio este paraíso entre montañas por la mejor ciudad del mundo*

—*No me extraña, Bob* —siguió sonriendo Verónica y Louis, con cara de panoli encandilado con ella, parecía haber borrado de su cabeza la novia que le esperaba en la oficina a la hora del cierre del turno.

—*Bien, es hora de centrarnos en tu visita, Verónica* —habló el sheriff

con seriedad, incluso después de libar, a una velocidad que a la joven le sorprendió, la mitad de la pinta de cerveza y restregarse el mostacho con el dorso de la mano derecha, mientras sostenía la jarra en la otra en modo de prevención para continuar disfrutando de la espumosa.

—*Me parece correcto, Bob. Ya sabes que mi presencia aquí obedece más a una cuestión de protocolo que de sentido común*

—*Ese protocolo, a mí en particular, me parece oportuno teniendo en cuenta cómo es el tercer cadáver en menos de un año que se ha encontrado en el Condado*

—*¿Tu opinión es de que estamos ante un mismo patrón? Quiero decir si elevarías todo esto a la obra meditada de un asesino en serie*

—*Pues, mi experiencia de tantos años es la que me aconseja decirte que, sin lugar a dudas, tenemos frente a nosotros a un individuo que actúa en la mayor de las impunidades y ha cometido todos esos asesinatos de jovencitos de manera consecutiva. No sé de patrones, ya que mi escuela es más rudimentaria en el procedimiento policial, pero sólo olisqueando te digo que esa bestia humana está por ahí esperando a dar un nuevo zarpazo para llevarse por delante otra joven vida que le satisfaga sus ansias criminales y...*

—*¿Nadie me va a presentar a esta belleza?* —interrumpió un hombre de edad pareja a la del sheriff, aunque con menos canas gracias a que, de manera evidente, se teñía el pelo. De todos modos, la joven detective observó cómo en cuanto al diámetro de su vientre estaba a la par con aquél

—*¡Barry!* —exclamó el sheriff— *Siempre llegas a las tantas. No sé cómo te las arreglas*

—*Mucho trabajo y no dispongo de ayudantes como tú, Bob*

—*Bueno, déjate de quejas y saluda a la detective Verónica Strauss, de la Policía Estatal de Idaho, quien ha venido a echarnos una mano con los*

cadáveres que han aparecido este último año

—Encantado, guapísima detective. Soy Barry Prince, forense del Condado, y tendrá que hacer un esfuerzo por perdonarme si le soy un machista recalcitrante con este comentario lanzado así de sopetón, pero es que no me puedo aguantar mis palabras cuando son sinceras al verle y, si tuviese ahora veinte años menos tendrían Bob y Louis que, literalmente, ponerme las esposas

—Encantada igualmente de conocerle, doctor y, por favor, llámeme Verónica

—Si me dice eso una vez más, Verónica, soy capaz de ponerme de rodillas y hacerle una declaración formal aquí delante de todos, sin miedo a que mi esposa me muela a palos nada más ponga un pie en la casa

—Mejor no se arriesgue, doctor. Ya sabe cómo somos de posesivas las mujeres y, por si usted aún no lo sabe, las maneras expeditivas aunque silenciosas de vengarnos

—Si alguna vez necesita que alguien le diga algo bonito, Verónica, acuérdesse de este mortal que estará encantado de hacerlo

—Tomo nota, doctor. Pero, recuerde, su esposa le está esperando

—Mejor cambiemos de tema, querida. En fin, Bob, el trabajo nos llama

—¿Quieres tomar algo, Barry?

—No, Bob, tengo que conducir y no quiero terminar en la mesa de autopsias de mi consulta

—Bien, charlaba hace un instante con la detective sobre estos crímenes que, dada su consecución en un plazo que ya empieza a ser sospechoso, pedí ayuda a su departamento para que nos echaran una mano y así poder atrapar al que, al menos yo, creo es el culpable de todo-

—Como forense, también como científico, tengo que añadir, Verónica, cómo al principio me opuse a esa idea con la cual estaba obsesionado

nuestro sheriff y mi gran amigo pero, ayer mismo se lo confieso, cambié de manera radical de opinión puesto que el tercer cadáver, que ofrecía un claro sello de autor, me hizo reflexionar y pasarme al lado de Bob claudicando ante su teoría de que estamos frente a un criminal en serie decidido, peligroso y con una inteligencia digna de mérito por cuanto se escurre con un pasmosa facilidad, no dejando ni tan sólo un indicio o huella que le delate

—Doctor, me gustaría conocer las coincidencias en los tres cadáveres, si usted ha tenido la oportunidad de realizar las respectivas autopsias

—Por supuesto que sí, Verónica. Espera un instante —contestó el médico, haciendo una seña a Frank en la barra y que éste entendió de inmediato puesto que al momento se presentó con una lata de “Coca-Cola”, la cual agradeció Barry con una palmada cariñosa para seguidamente abrirla y beber un buen trago- Disculpa, tenía la garganta seca producto de estas calefacciones infernales pero muy necesarias. Por cierto, como antes he dicho, tan sólo me puedo permitir este brebaje ¿Queréis tomar...?

—No, gracias, doctor —dijo la joven— Ya he tomado café.

—Louis y yo estamos servidos —contestó Saxon mostrando la jarra cervecera— Gracias de todas formas, Barry, y ahora continúa, por favor

—De acuerdo, Bob. Pues bien, he tenido la fortuna de examinar los tres cadáveres y presentan un rasgo común de una morbosidad que hasta me da cierta vergüenza comentarle a Verónica

—No se corte, doctor. Soy policía y estoy acostumbrada

—Sí, eso es cierto. La cuestión es que en los dos primeros casos pensé sería mera coincidencia, pero al comprobar en el tercero que se repetía el tema escabroso, ya me di por vencido. Y es que en los tres se produjo penetración anal a los jóvenes

—Vaya, sí que es algo que llama la atención

—En particular porque esas, permitidme decir, violaciones, tienen un añadido que las hace subir de nivel y es que se realizaron “post mortem”

—O sea, que ese tipo...

—Tal cual lo imagina, Verónica. Primero asestó el golpe, calculo que con un objeto, alargado, romo, diría una barra metálica o algo similar, con un peso considerable y capaz de partir el cráneo. Luego, con las víctimas boca abajo, les despojó de la ropa e inició el coito anal

—¿Semen? ¿Líquido prostático?

—Absolutamente nada. En los tres casos se encontró espermicida en cantidad, con lo cual está claro cómo utiliza siempre preservativo y manos bien enguantadas o, tal vez, plastificadas

—¿Plastificadas?

—Me refiero a que no hay trazas de fibras. De ahí se infiere cómo el sujeto lleva una protección adicional, la cual utiliza de barrera para no dejar siquiera una pizca de tejido o células epiteliales que le delaten a posteriori

—Sin duda, interesante —dijo Verónica pensativa.

—Voto porque este tipo no es la primera vez que hace esto —intervino el sheriff Saxon.

—¿Primera vez?

—Sí, Verónica. Con esa seguridad, sin que se le escape el menor indicio, diría que no es primerizo y que antes ha actuado en cualquier otro lugar del que salió para continuar sus crímenes. Es, aunque sea exagerado y hasta sórdido, un profesional en eso de ir matando a jóvenes y luego terminar desahogándose sexualmente. Esa desviación es contundente y, lo admito, ha sido la clave para que les avisara. Espero que sus medios puedan rastrear patrones así en todo el territorio nacional en busca de símiles de comportamiento de este criminal quien, insisto, no es su bautismo esta serie

de tres cadáveres, de momento por supuesto, a expensas de que vuelva a atacar en el Condado

—Bien, sí, Bob, coincido contigo en eso y no dudes que haremos un rastreo a fondo para cazarle si ha cometido más crímenes con esa impronta tan sádica y...

—¡Aiden! ¡Aiden! —Verónica se vio interrumpida por el sheriff, al gritar éste en voz alta ese nombre, observando al momento cómo otro de su quinta, de casi dos metros y espaldas de leñador, se acercaba hasta la mesa y aquél le invitaba a tomar asiento.

—Verónica, aquí tienes a la persona que encontró el cadáver de ese joven

—Encantada, señor

—Soy Aiden, señorita, encantado también y deseando ayudarles

—Gracias, Aiden —contestó Verónica— ¿Podría hablarnos del lugar donde encontró el cuerpo?

—Un territorio de caza, al menos para los que nos gusta ese deporte, señorita. Está situado al norte del Condado, se llega por una carretera que es la única para acceder a él y, en días como hoy, la nieve hace acto de presencia. Tanto es así que, con toda la experiencia que tengo y lo que conozco esos parajes, estuvo a punto de pillarme una tormenta enorme antes de llegar al todoterreno. Y, curiosamente, muy cerca del coche es donde descubrí a ese joven. Pobre chico. No tenía más de veinte años ¿Sabe? Recé por él y me vine para el pueblo enseguida a dar aviso a Bob, Louis y Barry. No puedo decirle más

—¿Sospecha de alguien?

—¿Yo? Claro que no, señorita. Pero, voy a decirle una cosa que ya ellos tres me han escuchado asegurar con insistencia. Resulta que yo mismo, mientras conducía ayer hacia acá para dar el aviso, me dije que quien

hubiese hecho aquel crimen no podía ser de este pueblo, y ni siquiera de este Condado. Me dejaría cortar un dedo de la mano por mantener lo que digo

—¿A qué se debe esa contumacia en su teoría?

—El lugar.

—¿No le cuadra?

—No es que no me cuadre, señorita. Es que es de idiotas llevar un cadáver a ese sitio. No quiero decir que no esté aislado y haga falta transporte para llegar, pero sí que es de los más visitados por cazadores que, día tras día, acuden a sus acechos. Y me explico más, ya que se trata de un lugar de paso y, si no lo hubiese encontrado yo, no tardaría otro en dar con el cuerpo. Así que le aseguro que quien lo haya hecho no ha nacido como nosotros aquí. Es un forastero. Hágame caso

—Muy bien, Aiden, es un dato a tener en cuenta y confío en su criterio

—Sin duda tiene razón, Verónica —comentó el sheriff, para sumarse también moviendo sus respectivas cabezas en sentido afirmativo tanto su ayudante como el médico forense— Te lo digo porque soy, como dice Aiden, de fuera de aquí y juraría que ese es un lugar muy aislado. Y ya ves que tanto a Louis como al doctor, quienes son naturales del pueblo, jamás se les ocurriría, caso de ser criminales por supuesto, dejar en ese lugar un cadáver que no tardaría en ser hallado por la multitud de cazadores, y también senderistas, que deambulan cada día por allí

—Para que lo entienda, Verónica —se sumó el médico— Ya mi padre me enseñó cómo esa zona era en tiempos inmemoriales lugar de encuentro de tramperos de las Rocosas y, andando el tiempo, es lugar donde los cazadores quedan para unirse y caminar en grupo hacia las moles donde hacen sus acechos

—Imbatible argumento, caballeros —finalmente contestó la joven

detective, convencida ante la contundencia de los tres— *Bien, ya aclarado este tema, me gustaría que me hablasen de la víctima*

—*Pues, su nombre era Charles Grandel, un veintiañero hijo de dos granjeros muy conocidos en el pueblo, aunque tienen sus tierras en el extremo más al norte, colindantes con el Condado vecino. No obstante, incluso con esa lejanía, no dejan de acudir a todas nuestras fiestas y solemnidades, sintiéndose orgullosos de pertenecer a la comunidad. Una gente estupenda que está ahora destrozada con la noticia que tuve que darles en persona, a lo cual jamás me acostumbraré*

—*El chico trabajaba también en la granja y, después de terminar el instituto aquí en el pueblo, decidió no ir a la universidad y sí dedicarse al negocio familiar*—siguió el médico desgranando los datos del asesinato— *Y no crea que era gratuito, puesto que esas tierras son de las mejores del Condado y disponen de cabezas de ganado de primer nivel, con las cuales siempre acaparan premios en todas las ferias. Su nivel de vida era más que notable y gozaban de una posición muy desahogada. El muchacho acudía los fines de semana a las discotecas del pueblo, aunque no tenía relaciones con chicas que sepamos. Aparte de este entretenimiento más mundano, y como los padres son fieles devotos de nuestra iglesia, también tengo entendido que pertenecía al grupo joven de ésta y no faltaba a toda clase de actos caritativos. Como ve, un chaval sano, de costumbres domésticas y, si me lo permite, con un sentido espiritual muy marcado.*

—*¿Y esas relaciones que apuntaba no las tenía con chicos?*

—*Eso, Verónica, permítame decirle que aquí no hay de esas cosas*—contestó el médico con una sonrisa y poniéndose bien colorado— *Quedan esos comportamientos para la ciudad. Aquí los chicos buscan chicas y viceversa*

—*Voy a contradecirte, doctor*—habló Aiden.

—*Si es para bien, adelante*

—*Verá, señorita, no soy dado a cotilleos. Bien lo saben todos aquí en esta mesa. Pero, hoy voy a salirme un poco de lo habitual en mí para referirle cómo mi esposa, hará de esto algunas semanas, me comentó en privado cómo le habían llegado rumores de que ese chico, ya sabe, o sea, que las chicas no le iban, pero sí otros chicos a los que, en alguna oportunidad, había insinuado cosas que prefiero no mencionar y usted, seguro, me entenderá*

—*Absolutamente, Aiden. Y agradezco esa información que puede ser valiosa, en cuanto cotejemos los datos de los otros muchachos*

—*En cuanto a esos —intervino a colación de nuevo el forense— lamentablemente no podremos alumbrar si eran de la misma cuerda que apunta Aiden, ya que la autopsia por la jurisdicción se hizo aquí, pero residían a muchos kilómetros de distancia y descocemos sus aficiones. Y también me entenderá usted*

—*Lo mismo que Aiden, doctor. Me conformo con el detalle de este último cadáver y veo tenemos entre manos un asunto donde esa desviación sexual puede ser una de las claves que nos lleve hasta el asesino*

—*Y a él hasta su nueva víctima y pido perdón, por anticipado, ante pensamiento tan negativo —comentó el médico.*

—*Recemos porque no sea así, doctor —comentó Aiden.*

—*¡Mirad!* —exclamó Louise, quien señaló hacia el exterior justo en el momento en el que una fenomenal nevada caía sobre el pueblo y éste, envuelto en un manto blanco, pareció desaparecer.

—*Verónica, no quiero ser aguafiestas, pero creo que va a tener difícil regresar a la ciudad...* —el sheriff lanzó ese augurio en tanto sonaba su teléfono móvil y atendía la llamada.

—*Sí, Claire ¿Qué pasa ahora? ¿Louis? Sí, mujer, tranquila, tu amado*

novio está aquí a mi lado, calentito y con tres pintas de cerveza encima sólo ¿Cómo? ¿Sí? ¡Vaya! ¡No me digas! ¿Hasta cuándo? Sí, sí, le digo que se abrigue y que conduzca con cuidado. No, no, no le dejaré que se vaya solo, mujer. Sí, sí, bien, oye, avísame si hay novedades. Bueno, sí, hasta luego

—*¿Noticias? Bob* —preguntó curioso el doctor, nada más cortar Saxon la llamada.

—*Sí, Barry. Aunque para nosotros son menos porque estamos acostumbrados cada año a esta faena de la climatología. Sin embargo, para nuestra invitada creo le dejará un mal sabor de boca su primera visita cuando le diga que está cortada la carretera y que los técnicos del Condado aseguran que la tormenta, que va a quedarse por aquí un tiempcito, no va a permitir abrirla hasta que decida dar media vuelta y regresar a las Rocosas. Así que no tiene más opción que hacernos compañía hasta ese momento y nosotros, si nos lo permite, intentar ser los mejores anfitriones que pueda imaginar*

—*Vamos, señorita, no ponga esa cara. Alégrese y piense en positivo* — le habló el médico con la lata de “Coca-Cola en la mano— *Hágase cuenta que está de viaje y acaba de comenzar su aventura*

—*Viaje* —musitó Verónica, sumando la mirada perdida en una especie de fugaz ensoñación sobrevenida de manera mágica al escuchar la palabra.

—*Tiene razón nuestro doctor* —se unió el sheriff— *Y mientras haya leña, whisky y cerveza no hay que preocuparse*

—*¿Saben ustedes, caballeros?* —salió la joven detective del trance en el que había caído y, relajando su expresión hasta acercarla a la misma camaradería, les habló— *¡Creo que ahora si les aceptaré esa copa!*

CAPÍTULO II

(PARTE SEGUNDA)

Verónica Strauss abrió los ojos a un nuevo día, segundos después de que el teléfono móvil hiciera sonar la alarma dispuesta la noche anterior, y la pastosidad de su boca, el estómago lanzándole señales de enfado y la cabeza sumándose cobarde al coro de descontentos, le advirtieron cómo había pasado la línea roja del alcohol durante la larga velada nocturna, llevada por el ambiente que había encontrado en ese pequeño reducto del Idaho profundo, rodeado de inmensos valles, descomunales laderas repletas de árboles centenarios y una compañía de gente dotada de un magnetismo especial; personas a las que sentía latir el corazón y sus palabras sinceras le llegaban como prueba de una integridad que les hacían parecer como seres unívocos, con orgullo genuinos entre sí, quienes hacían contraste con la masa informe que ella percibía en la ciudad, formada por individuos aislados, huraños, calcos unos de otros y con unos comportamientos próximos a la producción en serie tal si fuesen meras máquinas con apariencia biológica.

La joven detective pensó cómo precisamente este ambiente le había imbuido -tal vez subsumido- hasta hacerle creer que, como el simpático doctor le llegó a decir, era protagonista de un viaje a un sitio exclusivo donde la vida era el reverso de la que había conocido desde que tenía uso de razón, donde todos se revelaban para ella como almas dotadas de un aura de infinita bondad, transparentes en sus reacciones y entregados a sus semejantes a los

que proclamaban su cariño de formas que incluían desde la chanza hasta la misma reconvención, buscando en cada ocasión ese bien que era esencia de todos y cada uno, para quienes el anonimato no existía y en cada acción, palabra u obra, dejaban su sello indeleble.

La chica, apenas unos minutos con ellos, se sintió cautivada por su forma de relacionarse, su relax a la hora de tratarse, la cortés forma de recibirle y abrir sus corazones tal si le conociesen desde tiempo inmemorial. Justamente por ese cúmulo de circunstancias -sumadas la calidez del entorno, la alegría en sus rostros sin enveses que pudiesen esconder segundos pensamientos o alternativas malintencionadas, su claridad meridiana en cuanto abordaban y, para remate, la noticia repentina e inesperada del aislamiento por la tormenta de nieve- logró que su mente soltara amarras del mundo al cual pertenecía; una selva de cemento, alquitrán, asfixiantes gases tóxicos, oficinas frías, grises, donde moraban seres hieráticos, que se comunicaban con simples gestos y las palabras quedaban reservadas para órdenes y malas noticias, sin apenas una pizca de conmiseración con el prójimo, insensibles con las vidas de los demás, caminando unos al lado de otros pero distanciados en años luz por el egoísmo de la subsistencia en un mundo desnortado, recorrido por la indiferencia y el hastío por la misma vida en la que vegetaban miríadas de gentes absortas en una batalla diaria por pisotear, machacar y abandonar a su suerte a los más débiles de una sociedad carcomida por su puro salvajismo, la cual aparecía entregada a un dios inmisericorde y vengativo.

El sonido del teléfono móvil sacó a Verónica de ese momento de reflexión, tirando de su mente viajera desde el éter infinito de lo espiritual hacia la cruda realidad, observando cómo en la pantalla aparecía el rostro inconfundible, y también venerado, de su madre.

—*Sí, mamá. No, no pasa nada. Sólo es una tormenta. Sí, claro. Sólo serán un par de días, según me dicen. Por supuesto que sí he avisado al*

teniente. No, no te preocupes. Sí, salgo abrigada. ¿Hotel? Bueno, más bien es una casa rural enorme llena de estufas por donde pise, toda de madera y mucho más acogedora de lo que pensaba. Sí, sí, muy comfortable. Nada, sí, estaré bien aquí. Me lo tomo como una aventura. Sí, sí, cené. Claro, sí, buena comida y buen ambiente. Ya lo creo, sí, son una gente estupenda, muy campechanos y amables conmigo. Te llamaré, sí, no te preocupes, nada más tenga noticias de cuándo abren las carreteras. No, no estamos encerrados. Sí, el pueblo sigue tal cual y para ellos la nieve es algo habitual y se lo toman con filosofía. Besos, mamá. Sí, yo también a ti. Hasta pronto

Tras cumplimentar la llamada de su madre, con quien compartía días y noches dando gracias al Cielo porque fuera su Ángel de la Guarda, puso a prueba el baño de la habitación encima del bar de Frank, alcalde y propietario tanto de aquél como el restaurante anexo y, cómo no, del pequeño hotel donde se alojaba a modo de casa de campo con apariencia de postal de los Alpes nevados; al cual calificó de rústico pero muy limpio, amplísimo hasta la saciedad y en el que pasó un buen rato antes de salir embellecida y dispuesta para el trabajo cotidiano que, en ese día, por primera vez deseaba acometer por las dos circunstancias las cuales se habían confabulado para cambiar el signo de sus pensamientos con respecto a la labor policial como eran, en primer término la repentina enfermedad de su compañero supervisor y, en segundo y más sorpresiva, el obligado aislamiento en aquella especie de “Shangri La” de las Montañas Rocosas con motivo de una nevada aparecida como la generosa agua de mayo; por lo que no pensaba desaprovechar la oportunidad que el destino, esta vez jugando con las cartas marcadas, le ponía a sus pies como alfombra roja.

De esta guisa, ya la cabeza despejada, el ánimo en todo lo alto, satisfecha con el aseo que estimó prioritario y perfumada con su fragancia favorita, Verónica bajó al bar, lo cruzó sintiendo las miradas de los rudos operarios de

las madereras, quienes se desayunaban a esa hora temprana, y a lo cual parecía acostumbrarse de buen grado hasta pareciéndole algo halagador, para después entrar en el reservado del restaurante.

—*Buenos días, señorita* —le recibió el alcalde, en su papel de tabernero oficial del pueblo.

—*Buenos días, Frank* —la muchacha, del mismo modo en su rol de personaje recién llegado, le trató con familiaridad como si cada mañana acudiera a su local a desayunarse.

—*¿Qué le ha parecido la habitación?*

—*Fenomenal y el baño casi tan grande como ella. La verdad que todo muy limpio y comfortable*

—*Me alegro. Casi la ha estrenado usted ¿Sabe? Está recién reformada y ya habrá visto que el aislamiento es de primera*

—*Como si estuviese en casa, Frank, con la temperatura perfecta para dormir y más imaginando el frío que debió hacer fuera toda esta noche*

—*Enorme, señorita, y la nevada sigue su curso, como cada año. No es nada nuevo y, acépteme el consejo, sólo es cuestión de tener mucha paciencia y esperar que amaine el temporal*

—*Estoy mentalizada, Frank, y además tengo trabajo en qué entretenerme*

—*Sí, es cierto. Ya no me acordaba que no está de vacaciones y sí en medio de una investigación que nos tiene a todos muy preocupados. Por cierto ¿Va a desayunarse?*

—*Sí, Frank, me gustaría tomar un café bien cargado, ya se imaginará por qué...*

—*Bueno, señorita, sólo se tomó un par de copas anoche. Es joven y la vida también*

—*Para mí dos copas, Frank, es como un barril para el sheriff, su*

inseparable ayudante y ese médico forense que podría beberse el Condado entero y salir a esquiar luego

—*¡Vaya elementos, señorita!* —no pudo aguantar el alcalde la carcajada —*Verá, son tan buenas personas como algo así parecido a esponjas. Aunque, se lo digo de verdad, jamás les verá usted ni siquiera achispados y su trabajo lo cumplen a rajatabla*

—*Le creo, Frank, porque no había quien les tumbase anoche y estaban como si nada* —Verónica se unió a las risas— *Así que estoy deseando tomar ese café, despejarme y comenzar la jornada*

—*¿Tomará huevos fritos con bacon y...?*

—*No, Frank, no puedo permitirme desayunos tan contundentes. Ya sabe ¡La línea!* —respondió con humor la joven, tocándose el vientre un par de veces— *Mejor tomaré un café sólo sin azúcar y una tostada de pan integral con una pizca de mantequilla y otra de mermelada, a ver si el estómago me deja tranquila, porque no hace más que quejarse*

—*Enseguida se lo traigo yo mismo. Siéntese aquí, al lado de la cristalera y así podrá ver cómo la nieve no para de caer* —le indicó el alcalde, en funciones de “maitre” en esta ocasión, y Verónica le agradeció las atenciones, haciéndole caso puesto que volvía la postal a sus ojos cuando observó todo el pueblo nevado y, sin embargo, en aquella calle principal la vida bullía por doquier, donde las tiendas permanecían abiertas, la gente de un lado a otro e incluso se paraban a comentar, seguro, las inclemencias del tiempo que les había tocado soportar.

Una vez más, el sonido del teléfono móvil le sacó de sus pensamientos y, tras verificar cómo era la llamada procedente de la oficina, pulsó para atenderla.

—*Muy buenos días, Mary*

—*Te imagino tiritando, chica* —escuchó la joven cómo le hablaba su

compañera al otro lado de la línea.

—*Todo lo contrario, Mary* —contestó Verónica sonriendo y casi en manga corta en ese momento— *¿Sabes? Aunque no me creas, te aseguro que no he pasado más calor en toda mi vida*

—*¿Y eso? ¿No andabas en medio de un iglú?*

—*¿Qué exagerada eres! ¡Claro que no, mujer! Estoy ahora mismo sentada junto a la cristalera de un acogedor restaurante, esperando el desayuno y observando un pintoresco pueblo nevado donde me parece hasta oír cómo suena “Jingle Bells”*

—*Pues, vaya, yo te hacía moqueando, con un par de aspirinas y una manta india tapada hasta los ojos*

—*Te aseguro que nada de eso, Mary, más bien todo lo contrario. Bueno, cambiemos de tema e imagino que ya tendrás a mano lo que te pedí anoche*

—*¿Alguna vez te he fallado? Claro que lo tengo, mujer. Por cierto, tenías razón y eso que decías lo he encontrado*

—*¿Sí? Bueno, estoy por ir aunque sea volando y darte un fuerte abrazo. Vamos, cuéntame*

—*Mejor disfruta de un par de días sin aparecer por esta jungla de asfalto y, chica, a ver si de una vez te sale novio*

—*Calla, calla, no estoy de humor para eso. Además, ya sabes qué es lo que hay por ahí*

—*Sí, claro, y que me lo digan a mí. Esos tipos sólo quieren lo que tú y yo sabemos ¿Verdad? Bueno, a lo que iba, y es que, tal como me indicaste anoche, es cierto que se han producido crímenes con idéntico patrón al de ese Condado, aunque en otros Estados y desde hace unos años*

—*¿De manera continuada?*

—*No, no. Más bien de forma intermitente, aunque sin descansos de más*

de seis meses. Para entendernos, aparecen y desaparecen de las estadísticas. Pero, ya sabes cómo funciona ésta y nunca miente. Así que lo mismo se repite en series con intervalos, apuntando a que es el mismo sujeto quien lleva a cabo esas fechorías y, tal como decías, siempre hay por medio algún jovencito víctima de abuso y posterior asesinato.

—¿Algo reseñable en los informes?

—Sí y no. Y me explico. Cero huellas, cero ADN, cero pistas y cero todo

—Bien, coincide cien por cien con lo que me he encontrado por aquí.

En fin, al menos sabemos que nos enfrentamos a un profesional

—Amiga, ya tienes tu caso, por fin. Llevas tanto tiempo soñando con esto que imagino estarás hecha un flan

—No creas que preferiría ser ese flan que dices, antes que un suflé y deshacerme como un azucarillo en cuanto pinten bastos y me enfrente a un muro infranqueable por la astucia de ese tipo

—¡Venga, mujer, arriba ese ánimo! Estoy segura nos traerás su cabeza cortada sobre una bandeja. Ya me imagino los titulares de los periódicos: “Joven y brillante investigadora atrapa al asesino en serie de Las Rocosas”

—Mary, guapa, no me pongas la miel en los labios cuando ni siquiera he dado un paso y sólo he conseguido de momento un amago de cogorza anoche con los parroquianos

—¡No me digas! ¿Ligando en medio de una investigación? ¡Esa es mi chica!

—Bueno, verás, sólo contemporizaba. Además, me relajé hasta haciéndome la idea de que estaba de vacaciones en un viaje a esta zona donde jamás se me hubiese pasado por la cabeza. Y, sin embargo, es algo así como un paraíso perdido entre montañas con gente sanísima y donde la vida transcurre sin que se note

—No me extraña, si por medio hay cogorzas

—¿Sabes, Mary? Anoche me di cuenta de que el mundo iría mucho mejor si hubiesen más cogorzas

—¡Bien por ti, Verónica! Eres mi ídolo y espero abrazarte pronto para darte la enhorabuena y, después, irme a pintar la cara al estirado del teniente y, de paso, a ese compañero tuyo tan machista que te tiene de correveidile y chica para todo

—No diría tanto, Mary. Me conformaría con que reconociesen mi trabajo y, sobre todo, mi ilusión por hacerlo bien. Lo demás iría rodado

—¿Qué hace toda una letrada como tú en medio de estos patanes?

—¿Sabes, Mary? Te digo que prefiero cien veces a esos, hasta con sus tics machistas, que volver a un bufete para dejar que me coman los papeles y, de vez en cuando, intervenir en algún juicio de divorcio amañado con denuncia falsa de malos tratos, incluyendo perjurio de matasanos

—Podrías ganar una pasta, chica, incluso así

—No todo es el dinero, amiga. Está la satisfacción personal y sentirse bien con lo que se hace. No me llena eso de las leyes, que te digo he comprobado cómo son una patraña manejada a su antojo por una legión de corruptos, y prefiero la acción que me da este trabajo

—Pues, vamos a ver, te recuerdo que eso no lo decías ayer mismo

—Cierto, Mary, pero hoy la sangre ha vuelto a mis venas y me siento en forma. Estoy en una nube de la que no quiero bajar y, por favor, no me recuerdes quién era hasta hace unas horas. Dame un margen para disfrutar de este papel que el destino me ha reservado, esperando no me ocurra como a “Cenicienta” y a las doce de la noche todo vuelva a ser una cochambrosa realidad, regresando esos pensamientos de abandonar este trabajo para dedicarme, quizás, al sexado intensivo de pollos

—“Cenicienta” cariño, te deseo toda la suerte del mundo y, en caso de que finalmente te dediques a eso que dices, cuentan conmigo para

acompañarte en la aventura

—Eres un sol, Mary. Un beso fuerte te mando y me llamas si encuentras algo que pueda ayudarme en este embrollo donde ando metida

—Vencerás, guapa. Otro besazo. Hasta pronto —concluyó la conversación telefónica coincidiendo con la llegada del dietético desayuno que Verónica engulló de momento, lo que hizo a su cuerpo entonarse y sentir, de una vez, el estómago aliviado.

Apenas terminaba el zumo de naranja —el cual Frank había añadido “*motu proprio*” y que ella agradeció con una sonrisa— la joven investigadora observó cómo hacían acto de presencia, tal como habían quedado la noche anterior, tanto el sheriff Saxon como su alter ego de casi dos metros, el ayudante Louis, tocados ambos de manera permanente con sus respectivos sombreros de aire tejano, que no se quitaban ni siquiera para acudir al baño.

—Veo que has cogido fuerzas, Verónica —fue el saludo del sheriff y, en cambio, sólo una sonrisa y una mirada tierna la de su ayudante, aprovechando que la novia permanecía pegada al teléfono en la oficina y no le veía babear observando a su admirada detective, envuelta en una fragancia sofisticada, sugerente flequillo rubio al lado y ojos cuyo fin no encontraba.

—El aire fresco de Las Rocosas me ha hecho efecto, Bob, y además creo tendremos un día ajetreado

—Te digo que prefiero sea así y no amodorrarme con estas nevadas que, a fin de cuentas, sólo hacen empujarnos a empinar el codo y decir majaderías todo el día. Así, que, Verónica, metamos el diente a este caso que debemos finiquitar a contrarreloj, teniendo presente cómo es más que probable que nuestro asesino no se detenga ni por un poco de nieve de más

—De acuerdo, Bob. Si te parece, voy a sugerir cómo actuar, tal como veo el asunto y también porque tengo información privilegiada de una experta compañera del departamento de la Policía Estatal, quien maneja la

estadística como nadie. Gracias a ella, te puedo confirmar cómo nuestro hombre lleva haciendo lo mismo desde hace años, sólo que de manera intermitente y cambiando de Estado en varias ocasiones

—O sea, y creo leer entre líneas, si estamos de acuerdo todos conforme a lo comentado por Aiden en que se trata de un forastero, según tu criterio hemos de apuntar en la dirección de personas que se hayan incorporado al Condado en los últimos años. Y, en este caso, te pregunto ¿Cuánto tiempo de margen?

—No más de un año, a tenor de lo comentado por mi compañera y, si no tienes inconveniente llegado el caso de que no demos con él, vayamos ampliando las fechas en tramos de seis en seis meses

—Pues ¿Qué quieres que te diga? Me parece genial. Creo es perfecta esa forma de acometer este caso, y sobre la marcha voy a ponerme a pensar en quiénes podemos tener como primeros de la lista

—¿Tú qué dices, Louis?

—¿Yo? ¿Lo que pienso yo? —contestó el muchacho a Verónica con esas dos preguntas y sorprendido de que se dirigiera a él, lo que hablaba tanto de su descarada bisoñez como de la dependencia de su jefe para cuanto hacía. Y es que, en este aspecto, no pasaba de cumplimentar sus recados y, en especial, los referidos a la barra de Frank.

—Sí, sólo quería conocer tu criterio —aclaró la joven.

-Pues, es bien fácil

—¿Fácil? ¿Qué dices, Louis? —Saxon intervino, extrañado de la situación en la que Louis pasaba a primer plano con su criterio.

—Sheriff, que yo sepa al pueblo sólo han llegado tres personas y las conocemos bien

—¿Tres sólo? ¿Lo tienes claro, muchacho?

—Sí, *sheriff* —en esta oportunidad respondió con seguridad Louis, mutando luego el color de su cara al de la sandía madura recién sajada, justo en el momento que observó cómo mantenía la atención de Verónica tras su aseveración contundente— *Vamos a ver, dicen ustedes que un plazo de no más de un año ¿No es así? Pues, entonces serían, por este orden: el reverendo Mathew Smith, el dueño de la serrería, Winston Armstrong, y Chris Stevenson, que no sé a qué se dedica, pero sí que tiene un hijo pequeño y es viudo*

—Louis, permíteme decirte que no esperaba ese alarde de precisión de ti, chico. La verdad, cuando me he puesto a hacer memoria ¿Te puedes creer que no daba con nadie? Porque, la verdad, no voy a negar que esos tres casi les considero como paisanos de toda la vida

—Es muy lógico, *sheriff* —reconoció Verónica, descargando la culpa de aquél— *es un lugar pequeño éste, ustedes tienen roce diario y se aprecian unos a otros*

—Bueno, cierto pero, gracias a la memoria de Louis, que no sabía hasta qué punto la tenía, ahora podemos iniciar nuestras pesquisas

—¡Buenos días, señorita, *sheriff*, ayudante! Veo que vuelven al trabajo más temprano que yo mismo —apareció Aiden como una exhalación tal como siempre hacía, frotándose las manos y con la cara congestionada del frío que traía del exterior.

—Pero, Aiden, muchacho ¿Vas a trabajar con este día?

—¿Trabajar? Pero, vamos a ver, *sheriff* ¿No conoce a mi jefe? En vez de maderero, parece más bien negrero

—Buenos días, Aiden —dijo Verónica— ¿Su jefe es Winston Armstrong?

—El mismo que viste y calza, señorita. Aparte de jefe y maderero, dueño de una fortuna pero que no sabría decirle de dónde la sacó. El caso es que un buen día llegó, se instaló, comenzó a enseñar billetes y compró

todo lo que se veía en el horizonte que fuera madera. Y aquí me tiene. O sea, de ser pequeño propietario toda la vida a convertirme en trabajador a jornada completa. No es que pague mal, pero sí que exige mucho a todos sus hombres

—Aiden, en confianza ¿Puedo preguntarle una cosa sobre él?

—Bueno, señorita, salvo intimidades, lo que quiera

—De acuerdo, mejor no hablo

—¿Se refiere a si tiene aficiones extrañas? —Aiden quiso ayudarlo, incluso dejándose preguntar por lo que se resistía a responder.

—Más bien si tiene inclinaciones, y no sé si llamarlas extrañas

—Ya, ya, entiendo, señorita. Pues, verá, le digo que, para no faltar a la verdad, es alguien muy austero, hasta el punto que apenas pasa por aquí. En cuanto a su tiempo libre, sí sé que viaja y mucho gracias a su cuenta corriente. Es soltero y, por tanto, tiene barra libre. Aunque, la verdad, no sé si aprovecha el tiempo para ya sabe qué

—¿Le consta que tenga gustos poco masculinos?

—¿Ese? No, que yo sepa. Si le soy sincero, jamás le he visto, ni me han dicho que la hayan pillado en algún lugar donde esos, que usted sabe, acuden para hacer juegos malabares

—¿Es que los hay?

—Aquí no, pero a unos cientos de kilómetros sí que existe algún sitio de esos, famoso por acoger encuentros íntimos de los que está pensando

—Aiden, escuche, si ahora mismo le digo que su jefe es uno de nuestros primeros sospechosos ¿Qué respondería?

—¿Winston? ¡Por Dios, no! Mejor apunten a otra parte. Ese sólo piensa en una cosa y se llama dinero. No creo que tenga nada que ver en eso de los asesinatos

—Aiden, usted ha visto su vida aquí pero ¿Conoce la que llevaba en

otro Estado antes de llegar a este?

—Ahí sí me pilla con los dedos puestos. Confieso que no tengo la menor idea de su pasado y, tal vez, sea oscuro y tenga también cadáveres en los armarios. Pero, la verdad, ni idea al respecto y no podría ni acusarle ni tampoco defenderle, porque lo de atrás está oculto por completo para mí y, por supuesto, para todos sus vecinos

—De acuerdo, Aiden, y si le digo ahora un segundo sospechoso, también vecino del Condado y de nombre Chris Stevenson ¿Qué respondería?

—¡Lo que me faltaba por oír! ¿Stevenson? ¿Chris Stevenson, dice? ¡Por todos los Dioses del Cielo! ¡Mire, mire, señorita cómo se me pone la piel de gallina nada más decir su nombre! ¿Sabe? ¡Ahí tiene a su hombre! Y le digo una cosa: a ese cabrón póngalo en el primer puesto o, mejor, borre a todos los demás, porque seguro que es él a quien buscan y...

—¡Un momento, Aiden...!

—¡Sheriff, sé lo que va a decir a la detective y...!-

—¡Aiden, tranquilízate! ¿De acuerdo? Tengamos la fiesta en paz y relajemos la conversación —Saxon tomó la iniciativa para calmar los ánimos, mientras la investigadora no perdía comba y muy atenta a lo que se decía por parte de los dos— Escúchame, una cosa es hacer comentarios más o menos ciertos o con alguna traza de serlos. Pero, y perdóname que te lo diga así, otra es que acuses a una persona que, hasta hoy mismo, tiene toda la credibilidad del mundo. Chris Stevenson es uno más en la comunidad y Verónica debe saber cómo entre vosotros dos hay, lo que se podía denominar, cierta enemistad o, tal vez, un enconamiento que dura ya demasiado. Te he dicho a ti, y se lo he dicho a él, que hagáis las paces cualquier sábado por la noche en la barra de Frank. No hace falta que te recuerde cómo os he ofrecido a los dos pagar las rondas. Por lo tanto, tenlo

claro, no quiero en mi Condado gente mosqueada y por una idiotez

—¡Pero, sheriff...!

—Bien, si alguien se decide a explicarme lo que ocurre, quizás lo entienda —la joven investigadora no tuvo más remedio que intervenir para conocer más detalles del litigio.

Pues, vamos a ver —le contestó el sheriff y el fortachón maderero pareció plegarse ante la seguridad de Saxon a la hora de tomar la palabra— Aquí, nuestro Aiden, que es una gran persona, con un corazón que se le sale de grande que es, tiene en contrapartida un carácter que le juega malas pasadas. Verá, ese Chris Stevenson es miembro de una asociación que propugna la abolición de la caza de animales salvajes y, como ya sabe, Aiden es el presidente de la sociedad de cazadores del Condado y activo cazador de ciervos, osos y todo lo que se le ponga por delante, a los que deja bien fritos con una puntería capaz de acertar en todo el centro a una moneda de veinticinco centavos en el aire, hasta con un ojo tapado y alguien haciéndole cosquillas en la barriga

—¡Ese tipo es un radical de mierda que quiere...!

—¡Aiden, una vez más te lo ruego, tranquilízate, hombre! —volvió a frenarle el sheriff Saxon— Stevenson tiene derecho a pertenecer a lo que quiera, siempre que no le haga daño a nadie. Y ser contrario a matar animales no le convierte en sospechoso de nada y menos de ser un asesino en serie. Entiéndelo, muchacho, y no seas zoquete. Lo que tengas con él no quiere decir que le señales de esa forma, como si fuese un ogro y, además, intentando influir en la detective. Así que puede que sea sospechoso, pero no más que los otros dos

—O sea, sheriff ¿Quiere decirme que hay otro más?

—Así es, Aiden —Verónica contestó por Saxon, aclarando a continuación

de manera expresa el motivo de ello *Y ahora quiero ver tu reacción cuando te diga que se llama, se llama...*

—*¡El reverendo Mathew Smith!* —completó Louis la frase, viendo cómo se quedaba la joven en blanco.

—*¿Cómo? ¡No me digas eso!* —Aiden en un principio puso cara de extrañeza, si bien sólo le duró un escaso segundo— *Bueno, un momento, aunque pensándolo bien sí diría que tiene pinta de ser sospechoso. No quiero exagerar, y le aclaro que con él no tengo cuentas pendientes. Va a lo suyo ¿Sabe? Y yo a lo mío. Pero sí tiene ese aire de, en fin, prefiero callarme no vaya a ser que el sheriff me propine un buen tirón de orejas*

—*Eso que dice es por cotilleos, me imagino*

—*No, no, qué va, señorita, ni mucho menos. Sólo es por impresión personal. Ni me gustan los que quieren prohibir las armas o la caza, ni tampoco los reverendos. Les considero unos charlatanes de feria, para quienes su principal objetivo es el dinero de sus inocentes feligreses dispuestos a colmarles de regalos, si bien ellos prefieren llenen de ceros sus cuentas corrientes. Nada más que hay que ver el cochazo que conduce. Yo mismo tendría que trabajar duro durante diez años para dar la entrada, y no digamos la mansión que se ha hecho construir, la cual no sé para qué quiere tantas habitaciones si es soltero. Ya le digo que son mentirosos compulsivos y engañosos*

—*Bien, Aiden, te agradezco tus opiniones y, entre nosotros, alguna confianza que, quizás, nos venga de perlas*

—*Las gracias a usted por estar aquí ayudando al pueblo. Sepa estoy a lo que usted diga. Por cierto, mi jefe no ha pasado por la maderera, así que seguro le encontrarán en casa*

—*Es cuestión de charlar un rato con él* —apuntó Saxon.

—*De acuerdo, Bob, y que sea el primero en someterse a nuestras*

preguntas —añadió Verónica, primero despidiéndose de Aiden y luego de Frank, a quien los otros saludaron al pasar por la barra para luego, ya saliendo al frío glacial bien abrigados, encaminarse al coche patrulla del sheriff; un todoterreno altísimo con tracción a las cuatro ruedas enormes de veinte pulgadas que engullían sin esfuerzo la nieve acumulada por las calles del pueblo y, después transitando con más soltura, una vez salieron a las afueras para acercarse a la casa del maderero.

Escasos diez minutos más tarde, aparcado el vehículo justo delante de donde residía, llamaron a su puerta y enseguida les abrió una señora de mediana edad, quien les pidió aguardasen en una salita donde, como no podía ser de otra manera, la madera inundaba techos, paredes, suelos, muebles y, por doquier, toda clase de complementos fabricados en aquélla; prestando un aire acogedor por encima incluso del que Verónica había sentido en el particularísimo hotelito de Frank, quizás inspirado en la casa que pisaban los tres investigadores en ese momento.

—*¡Sheriff! ¡Ayudante!* —apareció el empresario con gesto jovial, saludando a diestro y siniestro— *Y también la compañía que traéis hoy, muy buenos días. Vaya, no me esperaba esté comité no sé si de bienvenida o algo peor y, si sois tan amables, perdonadme la broma. Pero, por favor, tomad asiento y decidme si queréis tomar algo*

—*Winston, no vamos a mentirte* —Saxon abrió boca el primero con sinceridad— *Casi nos hemos quedado como el carámbano ahí fuera al recorrer los pocos metros del coche a la casa, por lo que te aceptaríamos gustosos una taza bien calentita de café*

—*No se hable más, Bob, eso está hecho* —contestó el maderero, quien enseguida llamó a la asistente y ésta desapareció de inmediato con el encargo recibido

—*Winston, permíteme que te presente a la detective Verónica Strauss,*

de la Policía Estatal

—Encantado, señorita, si me permite llamarle así. Tan joven y tan guapa, casi no me sale nada formal

—Encantada, igualmente, y no se preocupe. Llámeme como le guste más. Y, la verdad, suena fatal en este ambiente bucólico tanto formalismo. Por lo tanto, adelante y no se corte, ya que puede llamarme Verónica o señorita, que también lo soy

—Pues, déjeme adularle un poco más y decirle que por poco tiempo

—No crea, señor Winston, no hay pretendientes a la vista

—Un crimen, señorita, un verdadero crimen si está sola sin alguien que le jure cómo le quiere por toda la eternidad. No me tome a mal que le diga que, en ese caso, aquí tendría un candidato muy serio si contase con, al menos, quince años menos

—Bueno, señor Winston, corramos un tupido velo y dejemos ese tema para otra ocasión, aunque no me tomo a mal sus palabras y, en cambio, me parecen halagadoras. Pero, por favor, entremos en el tema que nos ha traído hasta aquí y que, me va a perdonar por anticipado se lo diga, es más desagradable que ese

—Bob, no entiendo ¿Qué me quiere decir esta bellísima detective? ¿He hecho algo que no debiese? —habló el maderero, todavía sin perder la sonrisa y el buen talante, a quien Verónica calculó en torno a los cuarenta años y, sin embargo, le pareció atractivo. Observó con detenimiento sus rasgos, lo rubicundo que era, de ojos muy claros, altísimo, manos enormes acordes con su envergadura y sin un gramo de grasa en el abdomen.

—Tranquilo, Winston, y nada aún, que yo sepa —contestó el sheriff, apartando desde ese momento la cordialidad tenida desde la llegada a la casa, momento en el que fue servido el café, también saboreado por todos y, a renglón seguido sin más preámbulos corteses, Verónica tomó la palabra.

—Verá, señor, sólo queremos hacerle unas preguntas. Antes, para su información, debe tener presente cómo hemos seleccionado a las personas que se han incorporado al Condado en este último año y usted, como es patente, es una de ellas

—Ya, ya. Me imagino que es por los impuestos, señorita. Pero le garantizo que los pago puntualmente. Acabo de superar una durísima inspección de Hacienda y me han dado la enhorabuena por la transparencia de las cuentas y también las transacciones por encima casi de lo legal. Por lo tanto, no creo haya nada irregular y...

—Un momento, Winston, y perdona que te interrumpa —Saxon, un tanto incómodo por la situación, decidió parar las justificaciones que no venían al caso, no sabiendo cómo acometer su obligación de comunicar la verdadera razón de la visita— *En esta ocasión no se trata de nada del ámbito financiero, económico o laboral de tu empresa, la cual tengo que reconocer que es una auténtica joya del Condado y muchas veces te lo he comentado de manera personal. Pero, en este caso que tenemos entre manos, la cuestión es muy diferente. No sé cómo decírtelo, ya que es muy duro para mí y...*

—Sheriff, por favor —le interrumpió la joven con decisión, haciendo grave su tono para dar fuerza a su acción que resultó extraña para Saxon— *Creo oportuno tomar el testigo y ser yo quien comunique de manera oficial al señor Winston su condición de sospechoso de los asesinatos de jóvenes, los cuales han tenido lugar durante este año en el Condado*

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Sospechoso? ¿Asesinato? ¡Qué barbaridad! ¡Bob! ¿Qué me dices? ¿Es cierto eso?

—Bien, Winston, lo ha dicho claro la detective. Pero, por favor te lo ruego, no temas porque sólo estamos aquí para hacer preguntas. No para detenerte, ni nada parecido

—No me tranquilizas mucho, Bob, porque eso no me quita esa etiqueta

que acabo de sentir cómo me la poníais en toda la frente. Y, créeme, no entiendo qué os lleva a pensar que soy un asesino y, para colmo, en serie ¡Lo que me faltaba por oír!

—Señor Winston, dígame ¿Dónde nació usted?

—Pues en Maine, señorita, aunque años más tarde, y por cuestión familiar, viví mi adolescencia y juventud en Michigan

—¿Cómo hizo su fortuna?

—Inversiones realizadas en el momento oportuno. Sólo eso. Verá, aquí donde me ve ahora hace tanto sólo un par de años era uno de los muchos empleados que tienen los Bancos, especialistas en inversiones, para colocar las cantidades astronómicas que mueven gracias a la buena fe e inocencia de sus clientes, quienes le proporcionan verdaderos ríos de oro con los que convertirlos en océanos. De esta forma, estando en el cénit de mi carrera como experto en inversiones, decidí por mi cuenta hacerme una cartera y, conforme a los buenos resultados que ya obtenía para los demás, me demostré a mí mismo que podía lograrlo sólo que para mi cuenta corriente. Con esta idea y decidido a triunfar, corrí un riesgo que me llevó a obtener en poco tiempo unas ganancias que multiplicaron por cien unos cuantos miles de dólares que incluso pedí como préstamo al propio Banco; la verdad que mintiendo respecto al destino que iba a dar a esa cantidad. El caso es que seis meses después de aquello conseguí repetir la jugada, sólo que invirtiendo muchos miles de dólares más. Con una auténtica fortuna ganada, tomé una decisión y fue devolver hasta el último centavo de lo prestado por el Banco, para luego presentarme en el departamento de personal y, dejando patidifusos a todos los presentes, incluyendo a mi superior, pedí la cuenta sin permitirles abrir la boca y conocer el motivo de mi renuncia. Tras salir de allí, crucé la calle, entré en una exclusiva joyería de la Quinta Avenida neoyorkina, señalé al dependiente un soberbio “Rolex Cellini Moonphase”,

reloj el cual llevaba años viendo en el escaparate y soñando con lucirlo en la muñeca, extendí un cheque por su valor, me lo puse y, de allí, me fui al aeropuerto donde me embarqué en un viaje que duró no menos de seis meses en los que di la vuelta al mundo

De acuerdo, señor Winston. La verdad es que no me cuadra todo eso que narra con su llegada a este lugar, permítame decirle, tan apartado y difícil de encontrar en cualquier mapa

—Tendrá que disculparme ahora usted, detective, ya que el motivo lo acaba de decir en su comentario. Justamente lo que ha descrito coincide con lo buscado por mí, nada más regresar del larguísimo viaje. Era un sueño que había acariciado durante toda mi vida. Volver a la naturaleza que dejé en Maine y, sabiendo cómo el dinero necesita moverse, me había documentado sobre este lugar de manera concienzuda, conociendo todo de la mayor riqueza con la que contaba y que, como ve, no era otra que esta inmensidad de árboles que son oro auténtico. El dinero, por mucho que se tenga, necesita trabajar y qué mejor que invertirlo en un negocio con un futuro prometedor, tal como así ha sido y, en este momento, estoy exportando a más de una veintena de países de todo el mundo y no digamos en el mercado interior, en el cual mi empresa es puntera tan sólo con un año escaso de vida. Soy, señorita, lo que se dice un emprendedor, huelo el negocio y tengo el respaldo financiero necesario con el que afrontar mis fantasías empresariales, amén de mis sueños. Y uno de ellos era vivir aquí, rodeado de montañas y personas amables. Y lo he conseguido. Ahora, por favor, deje de pensar en que soy un asesino de esos

—Tengo entendido que está soltero

—A simple vista sí. Pero, no es así puesto que, puede comprobarlo, estoy divorciado, a Dios gracias, dos veces. Y, señorita, no me imagino

tropezando una tercera. Así que pienso seguir solo, hasta donde pueda aguantar puesto que, lo confieso, sufro mis tentaciones de vez en cuando. Sin embargo, recuerdo a mis dos ex y se me pasan enseguida y claro...

—*¿Conocía a Charles Grandel?* —Verónica dejó con la palabra en la boca a Winston, quien torció el gesto, miró al sheriff y, ante la ausencia de comentario de éste, se quedó un momento pensativo.

—*¿Grandel? ¿Se refiere al chico que...?*

—*Sí, creo haber dicho de manera clara tanto su nombre como apellido*

—*Ya, sí, es que estaba pensando en qué horror. La verdad es que aquí nos conocemos todos y, sí, es cierto que tenía mucha amistad con sus padres quienes, por cierto, son también proveedores míos porque cuentan con una buena extensión de terreno y eso les permite...*

—*Winston, haga el favor de no irse por las ramas. Me ha dicho que le conocía y ahora quiero saber de qué*

—*Eso le decía, señorita, y perdone porque no intentaba zafarme de su pregunta, sino que pretendía enmarcar nuestra relación como puramente comercial, ya que era él quien trataba ese negocio conmigo. En fin, aparte de esto, salvo en la iglesia que le veía por allí, no he tenido más contactos con él*

—*Bien, creo son suficientes preguntas por hoy, señor Winston, y queda aclarada esa relación con el muchacho* —decidió la joven a conciencia rebajar la tensión, producida con la pregunta lanzada a quemarropa, permitiendo así sonriera el maderero como al principio de su llegada y le ofreciera esa mirada que, adivinó, escondía un evidente e irrefrenable deseo por su cuerpo— *El café estaba delicioso y siento haberle importunado con las preguntas. Si el sheriff Saxon no tiene más cuestiones que plantear, creo es hora de marcharnos y dejarle continúe con sus negocios*

—*Por mi parte, Winston* —saltó Saxon, por alusiones— *sólo reiterarte*

nuestras más sinceras disculpas por este mal rato que, seguro, te hemos hecho pasar

—De nada, Bob, no tiene importancia y más cuando me consta os he convencido con mis argumentos que, como ya habéis podido comprobar, son sencillos y lógicos del porqué he llegado hasta aquí y...

—¿Le gusta cazar, señor Winston? —preguntó de improviso la joven policía, interrumpiendo la perorata que iniciaba el afortunado maderero consecuencia de su propio nerviosismo contenido y, a su criterio, mal disimulado; recibiendo la pregunta como un aldabonazo que provocó el cambio repentino de expresión, pasando de relajada y risueña a tensa y preocupada.

—¿Cazar? —preguntó Winston, sabiendo Verónica cómo estaba pensando la respuesta— Sí, bueno, la verdad no es algo que haga muy a menudo. Pero sí, naturalmente de vez en cuando me uno a los chicos, en especial Aiden, quien al final me convence para marchar con ellos

—¿Ayer estuvo de caza?

—Pues ¡Qué casualidad! Ayer sí. Aunque le aclaro que no por esta zona en concreto, sino a unos kilómetros y por invitación de uno de mis clientes. Ya sabe cómo son los negocios y, entiéndalo, no podía negarme a viajar hasta allí, incluso cuando el cielo ya comenzaba a dar síntomas de que se avecinaba esta tormenta

—¿A qué hora regresó?

—Nada más comenzar a soplar el viento y la nieve decidió caer toda junta ¡Jesús bendito! No se veía la carretera

—¿Fue en su coche?

—Sí, por supuesto. Menos mal que, siendo previsor, conduje el todoterreno que, precisamente es el mismo que posee Aiden. Bueno, él es quien me lo recomendó cuando lo compré. Tiene una tracción integral

realmente fabulosa para estas latitudes tan frías y, en especial, cuando la nieve y en particular el traicionero hielo hacen acto de presencia

—*Señor Winston, responda ahora a esta cuestión ¿Estuvo ayer con Charles Grandel?* —le preguntó aquello la rubia detective estatal como si hubiese disparado una bala directa a su corazón, y que el maderero acusó de manera clara en su expresión la cual, en este segundo asalto, de preocupada y tensa había pasado a patética, puesto que el color del rostro se le fue de inmediato

—*¿Grandel? Sí, claro, pero diría que casualmente, puesto que tan sólo divisé de lejos cómo muy temprano se dirigía camino de la iglesia*

—*¿Se paró usted?*

—*No, por supuesto que no, señorita*

—*¿Seguro, Winston?*

Bueno, sí, algo así, quiero decir...

—*Aclárese ¿Sí o no?*

—*Bien, tiene razón. Y ahora se lo aclaro. Resulta que no me paré, digamos, técnicamente, sino que frené la marcha del todoterreno durante unos metros, para poder cruzar algunas palabras con él*

—*Bueno ¿Ahí se queda la aclaración? ¿Nos va a decir de qué trató con el chico?*

—*Pues, sí, sólo fue primero un cordial “buenos días” por ambas partes, luego un comentario lógico sobre el frío que hacía, otro acerca de la nieve que parecía echarse encima pronto, para después confiarle que iba de cacería y él añadir lo poco que le gustaba ese tema, pero que respetaba. Y, bueno, al final le pregunté por sus padres, él respondió cómo estaban pasando una mala racha y que un simple resfriado se le había complicado a su madre, aparte de que tendríamos que tratar temas del negocio la semana*

siguiente. Eso es todo

—¿Sí, Winston? ¿Y asegura usted que, todo eso que cuenta, fue frenando el todoterreno?

—Sí, en fin, entiéndame. Él tenía prisa por llegar a la iglesia y preferí mantenerme con el coche a su altura y así, aparte de saludarle, interesarme por sus padres y, la verdad, algo del negocio que teníamos pendiente

—¿Seguro que el muchacho no entró en su coche?

—No quiso, detective. Le invité a acercarle al templo, pero me dijo que tenía que entrar en la farmacia donde comprar algún fármaco para la madre y, aunque insistí, no consintió

—Y, después de eso ¿Qué más?

—Nada más. Lo normal, o sea, que nos despedimos, quedamos para hablar de esos negocios, él siguió su camino, yo aceleré y me marché

—¿Alguien les vio? Quiero decir si podría otra persona confirmar todo eso que relata

—Pues, la verdad, no lo sé. No estaba pendiente de quien había por allí. De todas formas, era muy temprano y no recuerdo caras conocidas por alrededor a quien echar mano para eso que dice de confirmarlo

—Entiendo. Pues, gracias de nuevo, señor Winston. Ha sido muy amable

—Lo mismo digo que la detective, Winston, y a ver si te pasas por el bar de Frank y tomamos unas pintas

—Eso está hecho, Bob. En cuanto me quite tarea atrasada que tengo, me acercaré por allí —contestó el maderero, mientras estrechaba las manos de los tres investigadores y les acompañaba hasta la puerta, donde les despidió, observó cómo arrancaban su vehículo y salían rumbo al pueblo.

—Verónica, creo que no hacen falta palabras —habló el sheriff, una vez alejados de la casa de Winston y tras un denso minuto de introspección de los

tres en pleno silencio, pareciendo engullir cuanto habían tratado con aquél.

—Ya he visto, Bob, cómo esto de acusar de asesinato a un amigo no es lo tuyo

—Y que lo digas, Verónica ¡Qué mal rato he pasado! Y pensar que me quedan, al menos, dos más y muy dolorosos

—Son gajes del oficio. Pero, bueno, Bob, no te preocupes porque, a partir de ahora mismo, sin contemplación échame a mí toda la culpa. Déjame el trabajo sucio y dedícate a hacer el papel de poli bueno. En este caso, en el que vamos a oscuras, sin algo firme donde apoyarnos, me parece lógico que tomemos esa determinación y nos dividamos los interrogatorios. Aparte que no quiero que esto te afecte, una vez concluya todo

—Es justo en lo que reinaba hace un instante. Imagina hacer algo parecido a tu hermana, a una sobrina, a una amiga cercana, tal vez a una compañera del trabajo con quien tienes plena confianza, salís y tomáis copas

—Me hago cargo, Bob. Por eso te lo decía

—Sin duda, es lo mejor y me evitará el dolor de pecho que hasta he llegado a sentir con Winston ¿Sabes? Es un tío sano, cabal, ya sé que Aiden dice eso de que es un jefe demasiado puntilloso, pero es que él se exige a sí mismo aún más porque tiene madera de empresario y emprendedor. Va en su ADN y no lo puede remediar. Además, Aiden no ha mencionado que es quien dona más a nuestro pueblo ¿Sabes? Ha pagado de su bolsillo el arreglo del colegio, lo mismo con dos ambulancias que hacían falta, el mejor quitanieves que había en el mercado para estos días horribles, sin contar con un local para los más ancianos, donde estén acompañados y cuidados mientras sus familias no pueden dedicarles tiempo durante la jornada laboral. Y sin pedir nada a cambio, ya que odia la política y toda esa mamarrachada de gente interesada

—Te entiendo, Bob, y creo que, un momento, chicos ¡Perdonadme los dos! Me llaman otra vez desde el departamento —pidió Verónica, nada más ver reflejado en la pantalla del móvil el inconfundible número de Mary.

—Hola, cariño ¿Novedades?

—Ya lo creo, guapa, el sol salió a las ocho y veinticinco minutos

—Chica, eso no es novedad

—No, pero sí que yo observara cómo lo hacía

—¿Qué intentas decirme?

—Pues, Verónica, que alguien me llamó, nada más terminar de hablar contigo, y me confió contaba con jugosa información respecto a esos crímenes que andas investigando

—Pero, dime la verdad ¿Algún lunático de los de siempre? ¿O alguien serio con trazas de ser cierto lo que dice?

—No es lunático. Es lunática

—Bien, lo que imaginaba. De todas formas, chica, no sé por qué te has tomado la molestia de salir del calorcito de la oficina y arriesgarte a coger un constipado, aparte aguantando los atascos de la ciudad a esa hora

—Eso mismo me he preguntado yo ¿Sabes, guapa? Incluso casi he gastado ya un paquete de pañuelos. Sin embargo, también me he dicho ¿Qué hay de malo en escuchar a las personas y, de paso, ver cómo sale el sol?

—Ya lo creo que nada, por supuesto, pero lo malo es que puedes recibir una bronca del jefe si no argumentas mejor el tema

—Al jefe que le den ¿Sabes? Un machista como ese lo que le hace falta es una buena prejubilación y un pasaje para Florida. Así no le vemos más el único pelo que le resta en la calva. Por mi parte, pienso seguir mi instinto cuando me dé la gana e iré donde me plazca, y más si hago un favor a una amiga

—No quiero que te metas en líos por mí, cariño

—Nada de líos porque estoy en casa de una señora muy amable, quien me acaba de poner un té con pastas inolvidable

—¿A qué juegas?

—A ponerte al teléfono a esta señora, que me ha contado una historia para no dormir

—¿Qué? No entiendo nada

—Espera, cielo, te pongo con ella y, por favor, no te pierdas detalle

—Buenos días —escuchó Verónica la voz de alguien mayor que su amiga al otro lado y comprobó cómo no era alguna broma de las suyas

—Muy buenos días, señora. Soy la detective Strauss

—Sé quién es. Su compañera me ha referido todo de usted, donde está y para qué. Telefoneé a su departamento y, en su ausencia, ella me atendió

—¿Qué desea usted en concreto?

—Sólo ayudarle a encontrar a ese asesino. Porque sé quién es...

—Señora, no sé si usted está, digamos, centrada y...

—Señorita Strauss, no estoy loca, ni enferma, ni nada parecido. Sólo quiero contarle la misma historia que a su compañera. Por favor, escúchela y luego juzgue usted misma

—Usted dirá. Adelante y le escucho

—Gracias, señorita Strauss. Verá, comenzaré por decir que mi nombre es Evelyn...-

CAPÍTULO III

(PARTE SEGUNDA)

—*Hola, buenos días, señora Bottom ¿Está Chris en casa?* —preguntó el sheriff a una mujer de caballo blanco, con uniforme de servicio y no muy buena cara ante la avalancha de policías que le parecieron los tres investigadores tan de mañana; interrumpiéndole las tareas de la enorme casa que tenía a su cargo, las cuales no eran pocas.

—*Sí, sheriff Saxon, pero me temo que tal vez no pueda recibirles porque está...*

—*¿Qué ocurre? ¿Quién es, Lucy?* —se oyó preguntar, en voz alta claramente masculina, desde el fondo del pasillo.

—*¡Son el sheriff Saxon, su ayudante y una señorita!* —contestó la mujer, emulando la elevación de voz aunque no con tanto caudal como su jefe, y a los pocos segundos apareció detrás de ella el propietario de la casa, quien Verónica de momento catalogó en la banda de edad del anterior investigado, quizás algún año más, pero de igual forma con un cuerpo atlético y similares características fisiológicas

—*Hola ¿Qué pasa, chicos?* —dijo nada más llegar hasta ellos para luego estrechar sus respectivas manos, haciendo que la severa asistente desapareciera.

—*¿Qué tal, Chris? Verás, quiero presentarte a la detective Verónica Strauss, de la Policía Estatal*

—*Un placer, señorita*

—*Encantada igualmente de conocerle, señor Stevenson*

—*Pero, por favor, pasad a la salita. Aquí estaremos mejor y la temperatura es ideal* —comentó Stevenson, dirigiéndoles a una pequeña estancia adyacente, que más bien se trataba de una especie de biblioteca con muchísimos volúmenes sobre dos estanterías rústicas pero elegantísimas, separadas por una pantalla de televisión claramente de última generación colocada en la pared, donde se notaba el calor con más claridad que en el recibidor gracias a la generosa chimenea, a pleno rendimiento, con la que contaba.

—*Gracias, Chris* —respondió Saxon, en tanto Verónica se abstraía unos instantes para sumirse en la conversación mantenida hacia un rato con Evelyn. No podía dejar de pensar en lo que le había contado y, como decía su amiga, era una historia para no dormir. Aquella mujer juraba y perjuraba cómo el asesino que buscaba se llamaba Nathaniel Waterhouse, si bien usaría otro apelativo con toda seguridad, y dispondría de una incalculable fortuna gracias a un fideicomiso sumado a la ingente herencia de sus tíos. Ella misma le había perdido la pista hacía años y no precisaba sus movimientos. Pero, tras ver en la prensa y la televisión las noticias sobre esos crímenes, durante varios años y de Estado en Estado, había intentado alertar a los policías encargados de que ese sujeto era el responsable. Todavía Verónica rumiaba cada episodio vivido por esa mujer y los detalles de morbosidad y crueldad de sus acciones, lo cual encajaba en ese perfil que su mente había dibujado de cómo sería su asesino para atrapar. Comprendió la peligrosidad que emanaba de sus acciones y, sobre todo, su inteligencia muy por encima de lo común, lo cual le hacía más poderoso para sortear las amenazas para desenmascararle. Cuando observó de nuevo a Chris Stevenson y, al mismo tiempo, recordó a Winston, cayó en la cuenta de que estaban dentro de ese dibujo en cuanto a fisonomía y edad. Por

lo que el punto de sospecha sobre ambos se convertía en algo palpable y no intuitivo.

—*Bob, dime qué se os ofrece, teniendo presente cómo lo que esté en mi mano es vuestro, como siempre* —regresó a la realidad la investigadora, escuchando a Stevenson quien, muy jovial al parecer, ofrecía su mejor talante ante ellos— *Pero, antes, tomaréis una taza de café ¿No es así?*

—*Pues, te lo agradecemos, Chris, pero acabamos precisamente de tomarlo*

—*Como queráis. Adelante, Bob, tú dirás*

—*Verás, Chris, en este caso que nos ocupa soy un mero asistente, por lo que es Verónica quien llevará el peso de esta entrevista*

—*Me lo has quitado de la lengua, chico. Precisamente eso quería preguntarte, si es alguna infracción que he cometido o...*

—*Asesinato, señor* —dejó caer Verónica aquello como una bomba, adoptando un perfil de interrogatorio más agresivo, subiendo el listón tan bajo que había ideado para el tal Winston momentos antes.

—*¿Asesinato? No entiendo* —fue lo que se le ocurrió contestar a Stevenson, quien se había quedado estupefacto y sin esa sonrisa característica.

—*No me andaré con rodeos, señor, y quiero que sepa cómo en estos momentos figura usted en lugar destacado dentro de la lista de sospechosos, por haber cometido los crímenes que se han sucedido durante este año en el Condado*

—*Bob ¿No tienes nada que decir?* —se dirigió Chris a Saxon, todavía incrédulo de lo que escuchaba, buscando su protección.

—*Chris, muchacho, disculpa pero ya te digo que es la Policía Estatal quien dirige la investigación. Por mi parte, te puedo asegurar que ya he hablado, y muy bien de tu persona, y la señorita Strauss conoce mi firme criterio de que considero un rotundo error sospechar de ti*

—Señor Stevenson ¿A qué se dedica usted? —la detective no esperó que Saxon se explayara en más, e inútiles, justificaciones, atacando al sujeto sin piedad alguna.

—Soy diseñador y trabajo en casa, por supuesto; salvo en algunas ocasiones en las cuales, cuando soy requerido por las empresas que contratan mis servicios, acudo de manera presencial

—¿Qué le motivó a establecerse en este Condado?

—Soy de Filadelfia, quiero decir nacido allí, aunque me criaron en Montana. Después de la universidad, conseguí trabajo en una gran empresa con sede en Nueva York. Allí estuve trabajando hasta que hace un par de años decidí tirar la casa por la ventana, y no en el sentido figurado sino en el real. Quiero decir que estaba cansado de la ciudad y lo mismo mi esposa, aunque mi hijo, quien anda por ahí dormitando, no podía opinar. Así que dejamos todo y buscamos un lugar donde empezar de nuevo, naturalmente teniendo una espalda económica fuerte dado que mi mujer heredó una cantidad de sus padres que nos permitió llevar a cabo nuestro sueño. Si le soy sincero, el diseño no lo he dejado sólo por llenar mis días, puesto que al fallecer ella en un accidente de tráfico que tuvimos, fui yo quien heredó su fortuna. Y eso es todo, salvo que soy feliz ahora aquí en este lugar maravilloso, rodeado de gente extraordinaria, muy cariñosa conmigo y con mi pequeño. Colaboro en todas las tareas caritativas, solidarias y doy clases en la escuela nocturna a los mayores, aparte de ser voluntario del hospital y una noche a la semana la dedico a cuidar un enfermo terminal. Bob, mi amigo el sheriff, puede confirmar todo esto

—Ya lo creo, Chris —confirmó Saxon muy serio, para a continuación dirigirse a la detective— *Todo es cierto como dice, Verónica, y se le ha quedado en el tintero cómo diseña todo lo relacionado con la fiesta solidaria del Condado, donde recaudamos fondos para el ala pediátrica del*

hospital y el cheque que cada Navidad entrega a fondo perdido para comprar juguetes a los chavales ingresados

—Enterada, señor Stevenson. Ahora, por favor, dígame si ayer estuvo en la zona de caza lindante con las Rocosas

—¿Caza? Jamás lo haría, detective. Soy militante activo en contra de ese, mal llamado, deporte y sí cruel carnicería

—No me refiero a eso, señor. La pregunta era clara y sólo pretendo saber si condujo su vehículo por esa zona

—Bien, sí, es cierto. La visito a menudo para hacer senderismo y fotografía, ya que utilizo los paisajes como inspiración en mis trabajos de diseño, aparte que pienso montar una exposición humanitaria con la que recaudar fondos el próximo verano en la sala que tiene el Condado para esos actos y que, precisamente Bob, ya ha tenido la gentileza de darme su plácet

—Por supuesto que lo certifico, Verónica, y nos vendrá de maravilla esa venta de tus fotografías de Las Rocosas, Chris. Una vez más, muchas gracias por tu generosidad

—Siempre a la disposición de vosotros, Bob, y si es para causas justas y solidarias soy el primero. Bien lo sabes

—Dígame, señor ¿A qué hora regresó de esa excursión? —no dio la joven investigadora respiro alguno a Stevenson, un tanto mosqueada por su afán en bordear el interrogatorio y sacar temas solidarios en los que implicaba a Saxon, con la clara intención de esquivar las preguntas incómodas.

—Yo diría que sobre mediodía. Sí, eso es, más o menos, pero le confieso sin poder precisar con exactitud —respondió Stevenson con más precaución, pareciendo medir lo que decía, dándose cuenta cómo la estrategia de hacer una mini campaña solidaria daba al traste con aquella hábil policía, quien no entraba al trapo que le había colocado delante de sus narices; máxime cuando

comprobaba cómo no le ablandaban ni los niños hospitalizados ni los ancianos analfabetos.

—¿Qué me dice de la tormenta a esa hora?

—¿Tormenta? ¡Vaya! Sí que estuvo a punto de sorprenderme. Pero he vivido ya un par de ellas e identifiqué el color de las nubes de inmediato, con lo cual salí en cuanto pude de allí

—¿Llegó a hacer esas fotos de las que habla?

—Sí, claro

—¿Puedo verlas?

—¿Cómo no? Aunque le advierto que, artísticamente hablando, necesitan un trabajo suplementario. Quiero decir con esto que están todavía en bruto y puede que le defrauden

—No lo creo. Soy patosa haciendo fotos

—No será tanto. Seguro que no se le da mal, pero prefiere pecar de modestia

—Ya le digo que no. Es la pura verdad y no consigo hacer una con la que esté contenta

—Bien, cualquier día le doy una clase y verá que no es tan difícil

—Gracias, pero, si no le importa, por favor, enséñeme esas fotos y lo que sí espero es que me indique dónde figura la fecha de cuándo se hicieron

—Sí, aquí mismo tengo el móvil, que es con el que trabajo últimamente, dado que cada vez las ópticas son más cercanas a una cámara puramente réflex. En concreto, éste cuenta con una sobresaliente cámara “Leica”, de una calidad fuera de lo común

—Entendido. Mejor así para ver la fecha

—Claro, señorita. Aquí tiene y, como puede ver en el lateral, están realizadas ayer mismo y la hora exacta

—Es de agradecer, señor Stevenson —dijo Verónica, en tanto revisaba

una a una las fotos en el móvil, dándose cuenta de la calidad del aparato y más la del fotógrafo gracias a la perfección en la composición de todas, lo que de manera sana envidió sintiéndose tan negada para ese tema artístico.

—*Viendo sus fotos, creo que aceptaré esa clase, señor Stevenson. Con sinceridad, y no estoy adulándole para nada, son una maravilla de instantáneas y, según dice, lo consigue con tan sólo un móvil en sus manos*

—*Tengo que decir que el día era magnífico, con una luz cenital esplendorosa, donde los grises del cielo hacían un contraste muy peculiar con la blancura circundante, salpicada con la inmensidad de árboles que hay en esa zona*

—*Bueno, no sea modesto ahora, usted, señor Stevenson. Insisto que son magníficas y tiene un mérito que nadie puede quitarle, por lo que le doy mi enhorabuena más entusiasta. Ahora, volviendo al tema que nos trae hoy a verle, respóndame a lo siguiente ¿Qué tipo de coche posee?*

—*Imagínese, detective, cuál debo tener. Y es que, como todos los habitantes de por aquí, el más imprescindible es un todoterreno con tracción integral. Pero, no quiero mentir y le digo que, aparte de uno de esos grandotes y que consumen una barbaridad, también dispongo de un “Camaro” para las jornadas tanto primaverales como estivales, en las cuales se puede disfrutar más de la carretera y, lógicamente, a mayor velocidad*

—*¿Dejaría que revisásemos su todoterreno?*

—*¿Por qué no? Quiero advertirles que soy un poco haragán y el estado de su interior dista mucho de lo limpio que debería estar. Así que les pido perdón, por adelantado*

—*Nada, por eso no se preocupe, Stevenson, es algo a lo que estamos acostumbrados en este oficio*

—*Entonces, por favor, acompáñenme y les voy advirtiendo cómo no*

hace falta se abriguen, ya que tengo los dos vehículos en el garaje que comunica con la casa y, de igual forma, está totalmente climatizado. Puede parecer una cosa un tanto exagerada, pero deben pensar la temperatura que hace fuera y ese momento en el que tienes que acudir a cualquier sitio con un niño de dos años y, no sólo el frío, sino que el viento puede hasta levantarle del suelo. Por eso, cuando compré la casa la busqué con esa condición, pensando en los inviernos tan crudos

—Eso del garaje climatizado, Chris, de verdad te digo que no es nada descabellado y, confieso, para mí envidiable puesto que es una bendición en estos días de perros —intervino el sheriff Saxon en tanto caminaban por la casa, quien por fin dijo una palabra, habiéndose mantenido al margen tanto del interrogatorio como del criterio propio de Verónica tal como habían acordado previamente y, al menos de momento, iba dando buenos resultados. De esta manera y conforme a dicha estrategia, no ponía en compromiso su amistad con el interrogado, quien veía cómo tanto la agresividad como la misma sospecha la ponía en solitario aquella bellísima forastera recién llegada.

—Oye, Bob, me alegro de lo que dices y, cuando tú quieras, te diseño totalmente gratis tu nuevo garaje con acceso directo a la vivienda y climatizado

—Sí, claro está, Chris, pero antes, por favor, recuérdame compre Lotería

—Bueno, hombre, a plazos lo disfrutarás mucho antes. Si confías en la suerte, puede que te jubiles y aún sigas soñando con tenerlo

—Más bien creo será así, Chris, y hasta tu chico se licenciara en Derecho antes de que, con mi sueldo de sheriff, lo pueda conseguir.

—¡Qué exagerado eres, Bob!

—Sólo pragmático, muchacho

—Bueno, pues ya hemos llegado —comentó Chris Stevenson y, abriendo

una puerta, les indicó pasaran hasta la zona donde permanecían aparcados sus dos vehículos— *El todoterreno está abierto, así que podéis husmear cuanto queráis*

—*Muy amable, Chris* —comentó Saxon y tanto él como Louis se quedaron junto a Stevenson dejando sola a la detective, quien fue metódicamente abriendo una a una las puertas, introduciéndose en el interior, toqueteando todo y, ayudada con la linterna del teléfono móvil, alumbrando la zona del salpicadero y las moquetas, sin dejar de revisar a fondo el maletero, también debajo del capó y, sin que nadie le dijese nada en contrario, levantó la parte de atrás hasta dar con la rueda de repuesto que examinó en su totalidad.

—*Todo correcto, señor Stevenson. No voy a negarle que, como reconoció antes, le haría falta a su todoterreno una buena aspiración pero, por lo general, está limpio de lo que venimos a buscar*

—*Entiendo, señorita ¿Listo todo?*

—*No, aún queda un detalle importante*

—*¿No quería revisar el coche?*

—*Señor Stevenson, creo me entendió mal. No dije el coche, sino coches. No sé si ahora me explico mejor*

—*Sí, ya lo creo* —dejó ver Stevenson una clara mueca de contrariedad, la cual no pasó desapercibida ni para Verónica ni para el sheriff y su ayudante; toda vez que no pudo disimular el disgusto que le provocaba el manoseo del “Camaro”.

—*Por cierto, señor Stevenson, un coche muy bonito, tal vez algo llamativo ¿No cree?*

—*Bueno, a mí no me lo parece. Es un coche pensado para la carretera, como antes le he dicho, y moverse por ella con tiempo más bonancible que ahora*

—*De acuerdo, me decía que está abierto*

—Sí, por supuesto. Adelante pero, por favor, en este caso sí está limpio y haga la posible por tratarlo lo mejor que pueda

—Veo que le tiene aprecio. Mucho más que ese enorme todoterreno que debe tragarse un bidón de gasolina

—Sin duda, pero en estos climas es el tributo que hay que pagar para el confort y la misma, en muchas ocasiones, supervivencia —respondió Stevenson, mientras acompañaba esta vez a la joven y observaba de cerca sus maniobras con el “Camaro”. Más atrás quedaron tanto al sheriff como Louise, quien permanecía hipnotizado con la línea del coche tanpreciado por Stevenson. Luego, los tres vieron de qué manera la joven se deslizaba en su interior como un reptil, poniendo sus manos aquí y allá, para contrariedad del diseñador, hincando sus rodillas en los asientos de genuina piel, sus manos en el salpicadero de madera noble, por lo que casi le dio un dolor de barriga a Stevenson y, para rematar, saltó a la parte de atrás y piso la tapicería, momento en el cual al propietario le faltó muy poco para dar un grito desesperado de auténtico terror

—Vaya ¿Cómo se abre el maletero?

—Un momento, señorita. Se hace desde dentro

—Bien, listo —dijo Verónica, tras accionar Stevenson el resorte— Muy lustrado, sí, señor. Por cierto ¿Cuándo lo limpió usted?

—Pues, la verdad, no me acuerdo

—¿Sí? Pues parece que fuese hace poco. Fíjese en la parte recubierta de piel y verá que no hay rastro de polvo

—Verá, señorita, este coche es de gama premium, todo un “Z1 L Convertible”, y el sellado interior es de primer nivel. Por ello, no es raro que tarde muchísimo más que uno convencional en presentar rastros de polvo en su interior

—De acuerdo, por favor, ahora apártese —le dijo la joven investigadora

y regresó al interior del coche, provocando de nuevo la tensión del propietario a punto de hacer realidad sus pensamientos, los cuales pasaban por cogerle por las botas, tirar de ella hacia sí y, tras un serio vapuleo, echarle a patadas de su santuario motorizado haciéndole pagar caro poner las manos sobre su coche.

—*Parece que todo está en orden* —le dijo Verónica, viendo Stevenson que al fin dejaba de toquetear su tesoro de cuatro ruedas y seis mil caballos de potencia— *Pero, si no tiene inconveniente, me falta hacer un somero examen por la chapa exterior*

—*No faltaba más* —agregó, de manera irónica, Stevenson, mientras tanto el sheriff como su ayudante se aguantaban las ganas de soltar una carcajada, viéndole sudar sin poder impedir que aquella mujer forastera la tomara con su posesión más preciada, en ese momento pasando la mano de manera indecente por la pintura exclusiva encargada para su vehículo y que le había costado un dineral

—*Tenga cuidado, señorita. Es muy delicada la pintura ¿Sabe?*

—*Tranquilo que la dejaré tal cual y, por cierto ¿Qué es esto? ¡Sheriff, ayudante! ¿Quieren acercarse?* —la alarma saltó en cuanto Verónica señaló, tras alumbrar con la linterna de su teléfono móvil, una pequeña mancha oscura en pleno guardabarros delantero.

—*¿Quieres acercar un poco más la luz?* —pidió el sheriff.

—*¿Ves la mancha?* —preguntó la detective.

—*Yo sí* —dijo Louis, sin aguantarse la verdad de lo que contemplaba y, en cambio, Saxon pareció dudar.

—*Bien, sí, es pequeña, pero creo que sí está ahí*

—*Es sangre* —soltó Louis con un nivel de inocencia que dejó en evidencia a su jefe.

—*Un momento, muchacho. No se ve claro que...*

—*Sheriff, no creo que haya duda. Es sangre seca* —zanjó Verónica el tema.

—*Bien, sí, ahora que me fijo, diría también que lo es* —recló Saxon, a tenor de la seguridad mostrada tanto por la detective como, para su sorpresa, su propio ayudante.

—*Bob ¿Qué decís de sangre?*

—*Chris, me sabe mal, pero no tengo más remedio que coincidir con ellos, y es que se trata de sangre lo que hay en tu “Camaro”*

—*Un momento. Eso puedo explicarlo. Y es verdad, porque ayer mismo estuve encerando el coche y, al caérseme la lata debajo de la carrocería y agacharme para cogerla, rocé la mano con un reborde de la parte inferior del motor y me hice un corte insignificante pero muy aparatoso porque, si bien fue superficial, brotó durante un rato bastante sangre y, como veis ahora, no logré limpiarla toda y esa gota se me escapó*

—*¿Puedo ver la herida, señor Stevenson?*

—*Claro que sí, señorita. Mire aquí* —el viudo le mostró la mano derecha y, en un lateral, se veía de manera clara cómo se encontraba un pequeño corte

—*De acuerdo, está bien*

—*Ya se lo decía a ustedes, fue un descuido y miren lo que provocó*

—*No hay problema alguno, Chris* —el sheriff se apresuró a rebajar las sospechas mostradas con un gesto claro por la celosa investigadora estatal, haciendo su papel a la perfección. Ni que decir tiene que, para sus adentros, se alegraba tuviera su amigo una coartada tan clara- *Son cosas que pasan y es lógico que mancharas de esa forma la magnífica carrocería.*

—*Estoy de acuerdo con el sheriff, señor Stevenson, y me parece hemos llegado al final de esta visita en la que espero no haberle molestado demasiado*

—*Nada de eso, señorita. Le aseguro que ha sido un auténtico placer tenerles hoy aquí conmigo* —de nuevo la ironía volvió a los labios de Stevenson, quien dejó ver cómo la sonrisa ocupaba de nuevo su rostro hasta hacía un momento tenso, sin que pudiese disimular su enfado viendo cómo se cometía casi un sacrilegio en su pequeño reducto donde cuidaba de sus coches — *Por favor, síganme que les llevo de vuelta a la casa*

—*Por cierto, señor Stevenson ¿Dónde suele hacer esos viajes que antes nos comentó?* —tal como había hecho con Winston y tras ver relajado a su interrogado, Verónica le preguntó mientras caminaban desandando lo recorrido hacia el garaje, incluso subiendo y bajando escaleras sin darle tregua.

—*Mayormente a Chicago, aunque también a Indiana y, en fin, de donde me requieran*

—*¿Con mucha asiduidad?*

—*No diría tanto. Quizás, más o menos cada dos semanas sí debo viajar. Aunque hago lo posible siempre por evitarlo. La verdad, no me atrae la idea de separarme de mi pequeño, incluso estando bien cuidado con la señora Bottom*

—*Imagino que así podrá usted disfrutar de la potencia y el confort de su “Camaro”.*

—*Imagina bien pero, como le dije, sólo cuando las condiciones climáticas lo consienten*

—*Entiendo. O sea que, si no entiendo mal, en esta época siempre conduce el todoterreno*

—*Sin duda. Sería una locura no hacerlo*

—*Ya, sí, pero, no comprendo. En Chicago hace mucho frío, pero las autopistas son colosales*

—*Bien, eso es así, detective, aunque tenga en cuenta que salir de nuestro Condado, hasta el momento de enlazar con las grandes vías,*

requiere en esta época concreta contar con un vehículo de tracción integral, preparado para las condiciones más adversas en la conducción

—*De acuerdo, señor Stevenson, era sólo por curiosidad un tanto insana*
—contestó Verónica mirando al sheriff y éste guardándose para sí cualquier comentario, viendo cómo ella se bastaba sola con el viudo.

—*Bueno, Chris, te dejamos seguir con tu rutina*

—*Gracias, Bob, tengo un par de diseños que entregar esta mañana y no quiero faltar a la promesa dada a mis clientes*

—*Hasta otra oportunidad, señor Stevenson* —dijo Verónica y, junto al sheriff y Louis, anduvieron hacia la salida de la casa cuando, de manera sorpresiva, se detuvo, se volvió hacia el anfitrión, dejando sin capacidad de reacción a sus compañeros, para lanzarle una nueva pregunta.

—*Sólo una cosa más, que se me olvidó ¿Conocía usted a Charles Grandel?*

—*He rezado por él desde que me enteré de que había aparecido su cadáver. Y, por supuesto, sí le conocía. Como antes le he dicho, estoy muy implicado en la labor de la iglesia local y, por este motivo, le veía muy a menudo participando junto a los demás chavales en todas y cada una de las tareas caritativas y solidarias en las que coincidíamos. Un gran chico, y una verdadera lástima perderle así de esa manera tan trágica*

—*Oiga, Stevenson ¿Le veía algo raro?*

—*¿Raro? No entiendo*

—*Sí me entiende. Lo veo en su cara* —la detective pareció esta vez dejarse de contemplaciones y atacarle de manera directa, un tanto harta de tanta pose falsa de todo punto utilizada por aquel sujeto.

—*Tengo que reconocer que sí. He entendido lo que quería decir, pero, en fin, me da cierto apuro...*

—*No se apure y dígame lo que piensa*

—Pues, le digo la verdad, era un chico un tanto sensible

—¿Sensible?

—Quiero decir que, bueno, le veía ciertas maneras que usted sabe a qué me refiero

—Ya vamos entendiéndonos. Y, dígame ¿Le vio entablar amistad con alguien que también fuese sensible?

—Perdone, señorita, pero a eso no puedo contestarle. Sólo le acabo de decir mi impresión, que no tiene por qué ser algo real. Verá, los hombres tenemos ese radar, perdone que use este término, para localizar a quienes tienen una tendencia, digamos, desviada. Y ese chico, a mi parecer la tenía. Otra cosa es que yo le viese con alguien que, de igual forma, le correspondiera. Y no, rotundamente no le vi jamás intentándolo ni que, ese hipotético otro, igualmente lo hiciese. Me da hasta cierto remordimiento decir esto de él porque, se lo aseguro, era alguien con tanta bondad y tan volcado con los necesitados que me escuece mantener esta conversación y hablarle así de él. Dios me perdone

—Seguro le perdonará, puesto que lo que me acaba de confiar puede que sirva para esclarecer su asesinato el cual, con todos mis respetos, resulta mucho más grave que una simple insinuación que poco daño puede hacerle ya

—Espero sea así, señorita

—Bien, pues sería cuestión de marcharnos pero, antes y abusando de su hospitalidad ¿Podría decirme si ayer le vio o, en su caso, habló con él?

—¿Ayer? —respondió con la pregunta y Verónica, al igual que sus dos acompañantes policiales, comprobaron cómo Stevenson buscaba unos segundos de margen para elaborar la respuesta.

—No responda con preguntas, señor Stevenson. En este caso tiene dos opciones. Una es decir que sí, y otra decir que no. Así que usted verá por la

que se decide

—Disculpe, lo siento de verdad. Es que sólo intentaba ubicarme ¿Sabe? Entre el trabajo, el niño que ayer tuve que llevarle al médico y la nevada tan intensa, se me fue el Santo al Cielo. Pero, le contesto sobre lo que me pregunta y, ahora que caigo, sí que le vi ayer y hasta hablamos un momento

—Muy interesante —habló la joven investigadora y miró al sheriff, quien aguardaba muy callado todo el rato acontecimientos sin hacer más que movimientos de cabeza y, de vez en cuando, se ponía a rascarse tanto el bigote como el cabello de las gruesas patillas canosas, no sin antes echar un ojo a Louis, que no dejaba de mirar a la joven con esa cara de pánfilo enamorado que ponía a poco que abriera ella la boca y dejara que sus labios, pintados de un rosa pálido elegantísimo que los hacía armónicos con su piel, pareciesen susurrar alguna canción.

—Bueno, lo cierto es que sólo fue un instante. Apenas saludarnos, preguntarme él por el pequeño, interesarme yo por sus padres, él comentarme que también andaban pachuchos y de médicos, preguntarle yo por su visita al pueblo, él referirse a un asunto privado que no desveló y que, por educación, no quise insistir y, después de estrechar su mano, despedirnos no sin antes citarnos para la próxima reunión del grupo de apoyo a la iglesia donde, como acabo de contarle, siempre coincidíamos y trabajando en las mismas tareas

—Oiga y dígame ¿También se encontraban en esa labor nocturna hospitalaria cuidando enfermos?

—Claro está, detective. Si bien no siempre, pero sí en más de una ocasión coincidíamos y tomábamos café juntos para mantenernos bien despiertos

—¿Acaso la noche anterior?

—No, porque recuerdo que fue la semana pasada

—Entendido y ahora sí que terminamos ya. Le dejamos con su trabajo, tal como decía. Le rogamos nos disculpe por las impertinencias cometidas en el interrogatorio y le damos las gracias por su paciencia, señor Stevenson. Hasta pronto —se despidió Verónica más cortés que nunca y, a continuación, Stevenson le dio un abrazo al sheriff y la mano a Louis, para después bien abrigados los tres regresar al interior del coche patrulla que este último arrancó y condujo hacia un nuevo sospechoso.

—Bob, mientras llegamos a la próxima cita, por favor dame detalles de esa entrevista que mantuviste con los padres de Charles Grandel —pidió Verónica al sheriff, quien había tenido tiempo de comprobar la contumacia de la investigadora pese a su juventud e inexperiencia en esas lides policiales, sabiendo aquélla por él mismo cómo el padre de la víctima estaba roto por el dolor y la madre ingresada en el hospital de la ciudad, al haberse presentado una grave complicación en la infección pulmonar que padecía de antemano, tal vez a lomos de la tristísima noticia del vil asesinato del hijo.

—Quitando el mal rato de darles cuenta de la tragedia, apenas pude mantener con ellos un mínimo de conversación. Te diría que simples retazos, de los cuales compuse una idea más o menos de lo que su hijo había hecho durante ese día. Así, te diré que comentaron cómo había salido muy temprano de la granja y, según les había apuntado, directo a la ciudad en primer término para comprar esas medicinas en la farmacia, hacer un par de recados más por encargo del padre en la ferretería y la gasolinera para el generador de emergencia que poseen y, finalmente, les dijo que había quedado en la iglesia para no sabían que tema, pero sí que debía encontrarse con alguien. Teniendo en cuenta cómo estaban los padres, me pareció mucho lo que averigüé aunque, la verdad, me sirvió de poco y más cuando no mencionaron persona alguna con la que se relacionase

—¿Les preguntaste por sus idas y venidas y si frecuentaba algún local

fuera del pueblo?

—Claro, sí. Pero nada de nada. Y, por mí mismo lo sabrás, ese chico no salía jamás del ámbito del pueblo. Estaba pegado a sus temas caritativos. De todas formas, no pienses que era pacato, pero sí muy creyente y dispuesto a ayudar en todo lo que la iglesia organizaba

—Bien, Bob, muchas gracias —cerró el tema con Saxon y la muchacha se dirigió a su ayudante— ¿Y tú, Louis? ¿Le conocías?

—Claro. Aquí nos conocemos todos y a Charles desde que era un crío y jugábamos en el equipo del colegio. Un gran tipo, muy serio, siempre callado, pero el primero si te hacía falta algo. No voy a negar que a más de uno no le cayera demasiado bien, aunque para partirle el cráneo naturalmente que no. Quizás para propinarle una buena paliza, te diría que sí

—¿Por ser sensible?

—Sí, no quiero mentir. Por aquí también los hay de esos que la toman con chavales que son, digamos, poco masculinos. Charles, te lo digo en serio, tenía ese punto aunque no de apariencia. Si le hubieses conocido, dirías que era uno más. Bien parecido, alto, y en cuanto a las chicas no creas que no intentaron echarle el lazo en el instituto. Sin embargo, él pasaba de todas ellas y se centraba en las labores de la iglesia, hasta el punto de que muchos pensamos que terminaría de reverendo en algún sitio, a tenor de que se aislaba cada día más de la vida más juvenil que llevábamos y se metía a tope con eso de la caridad y la solidaridad, los niños y ancianos enfermos y demás

—Muy bien, Louis. Me queda claro cómo era ese chico. Ahora, rebobinemos un poco y opina sobre qué te han parecido los dos interrogatorios. Y te pido que hables en confianza

—Bueno, no quiero mentir tanto como esos dos

—¿Qué? —preguntó la detective y el sheriff de igual forma se quedó de piedra.

—*Vamos a ver, que no he descubierto América* —aclaró Louis sin dejar de conducir, concentrado en la carretera— *Tanto el maderero ese, un “pinta” de cuidado, como el santurrón del viudo, quien le sigue a la zaga, hacen sus escapaditas a la capital ¿Sabéis? Se dan sus buenos homenajes en un club famoso, porque tienen de todo*

—¿De todo?

—*Me explico, Verónica. Y es que, aparte de la mercancía femenina que ofrecen, también tienen en rebajas carne masculina. Y ya se harán ustedes una idea*

—Bob ¿Sabías eso?

—*Primera noticia, Verónica. Oye, Louis ¿Cómo sabes esas cosas?* —preguntó Saxon, casi conmocionado por lo desvelado y de esa forma, a su ayudante.

—*Sheriff, esas cosas como dice están a la orden del día y los jóvenes del pueblo conocemos los tejemanejes de todos los que, de vez en cuando, pasan por allí*

—*O sea, que no son sólo...*

—*¿Qué va, sheriff! Hasta Frank tiene sus ratitos de desahogo ¿Sabe?*

—*Bueno, guarda discreción, muchacho. No vayamos a meter la pata*

—*Sheriff, fijese si tengo discreción con lo que llegó a mis oídos, que hasta ahora mismo no se ha enterado de nada por mis labios*

—*Pues, mejor así, chico. Y continua con la boca cerrada, al menos mientras yo sea sheriff. Ya sabes que no me gustan los chismorreos y...*

—*Usted tranquilo, que soy una tumba. Pero, por eso no voy a negar a nuestra detective que, bajo la capa de santidad de muchos aquí, hay algo más perverso*

—Louis, dime ¿Te consta que esos dos vayan allí por esa otra oferta masculina?

—Hasta ahí no llega mi información ¿Sabes, Verónica? Lo que hagan dentro del club no lo sé. Pero, bueno, no sería de extrañar porque cosas más fuertes nos hemos enterado de otros casos, a los que hemos tenido que echar un capote encima ¿Verdad, sheriff?

—Sí, muchacho, y mejor no menear la mierda. Dejemos las cosas como están y miremos hacia adelante. Y eso incluye atrapar a ese criminal

—Pues, sin ánimo de acusar a esos dos —continuó Louis sincerándose— no se crean todo lo que dicen, porque aseguro que visitan ese sitio y no tienen la hoja de servicios tan limpia como parece a simple vista

—Muchas gracias de nuevo, Louis, por tu información y, conforme a ella, creo es hora de coger el teléfono y hacer una llamada para recabar más ¿No crees?

—Es lo que yo haría, Verónica, no fiarme de nadie y, mucho menos, de esos dos. Son lobos con piel de cordero

CAPÍTULO IV

(PARTE SEGUNDA)

Verónica estaba justo en el centro de Louis y el sheriff, sentada junto a ellos sobre sendos taburetes de madera en la barra del bar del alcalde, en esta oportunidad en funciones hosteleras sirviéndoles unas humeantes tazas de café a los tres, quienes permanecían en silencio tras llegar de su último interrogatorio y haber acordado un pequeño receso -cálido y gratificante- tanto para digerir el caudal de información recibida en las dos entrevistas mantenidas con los dos primeros sospechosos, como para relajarse antes de acometer la del tercero y último en esta fase inicial de investigación con los incorporados al Condado en el último año y conforme Louis, con su prodigiosa memoria, había indicado.

En esa quietud, que no soliviantó Frank hablando de naderías sobre el clima y lo que se empecinaba la tormenta de nieve en no querer marcharse de una vez, Verónica tenía la mirada perdida y su mente divagaba en su interior; absorta en sus pensamientos que giraban en torno al caso, el cual sentía se le iba de las manos convirtiéndose a esas alturas de la investigación en un caótico galimatías mareante para su corta experiencia. Y esa reflexión giraba, en su mayor parte, en la duda de si dejar se relajara el ambiente unos días y acometerlo más tarde, o bien seguir ahondando en las pesquisas.

La primera opción le pareció muy cobarde y la segunda demasiado arriesgada. Tenía que haber un término medio en todo aquello y, como

principal tarea, debía hallarlo. Sin embargo, se encontraba fuerte y algo animada puesto que las confidencias de aquella mujer, llamada Evelyn, poco a poco iban entrando en el marco del caso y, a cada instante, las piezas comenzaban a moverse en el tablero hasta encajar de una forma que apuntaban en la dirección dada por ella y la historia tan terrible que escuchó de sus labios.

Un penique por tus pensamientos —le habló el sheriff Saxon y Verónica salió de su mundo interior, en el cual había finalmente acordado consigo misma que se trataba de un todo o nada. O bien la gloria y, por tanto, el reconocimiento en el departamento para dejar de ser un mero objeto decorativo, o la nada más absoluta, que incluía, dejando aparte el deshonor frente a sus compañeros, la decisión firme de pasar página como detective para probar suerte en otra actividad donde alcanzase ese punto de satisfacción que necesitaba en su vida por dejar su propia huella y, en particular, poniendo de manifiesto su capacidad para el éxito que tanto se le resistía.

—¿Sabes, Bob? Pensaba en que deseo con todas mis fuerzas resolver este enigma hoy mismo

—¡Vaya! No esperaba ese comentario —dejó la joven, con esa respuesta exenta de aristas, sin argumentos al sheriff Saxon— *Siempre he escuchado como consejo, digo desde que era un mozalbete, que pensar en positivo es lo primero que debemos hacer cuando tenemos un problema delante de nosotros en la vida y veo, muy sorprendido, cómo sigues esa ruta hablando de manera tan rotunda y con tanta carga de positividad*

—Bob, te soy sincera, sólo es un deseo. Sin embargo, reconozco que intento se haga realidad. Tengo pendiente de respuesta algunos interrogantes que he planteado a mi compañera por teléfono y, si todo marcha como espero, los datos que pueda darme serán definitivos para atrapar a nuestro hombre

—¿Sólo con eso? Me parece un tanto arriesgado por tu parte

—No creas. Porque cuento para esta mano con un as en la manga y se llama Evelyn

—¿Evelyn?

—Así es, Bob. Verás, es alguien aparecida de la nada y movida por su propia intuición. Según relató, hace muchos años fue asistente en la casa donde asegura vivía nuestro asesino en serie quien, en su momento, me confesó ya lo era. Por lo visto, tras cometer un asesinato perfecto llevándose por delante a un amante que tuvo y a su propio marido, arruinó por completo su vida en el momento en el que ella se negó a seguir su sucio juego de mentiras, para lo cual ese individuo utilizó una confianza terrible que además destrozó una familia vecina y amiga de sus tíos, provocando un escándalo mayúsculo. Como consecuencia de ello fue de inmediato despedida, quedando viuda y literalmente con lo puesto, amén de que fueron vanos sus intentos de hacer ver a la policía cómo todo era obra de aquel, entonces, joven de diecisiete años recién cumplidos y de su mente criminal la que había provocado la masacre, en la cual estaba convencida le había permitido seguir viviendo tan sólo para regodearse de su posterior bajada a los infiernos. Ella misma reconoce cómo tuvo que ser ingresada en un psiquiátrico pero que con voluntad, tras muchos años luchando, había recuperado la cordura y también reintegrado a la sociedad donde pudo rehacer su vida. De esta forma, andando el tiempo y siguiendo las noticias referidas a sucesos criminales sin desmayo, segura Evelyn que continuaría actuando movido por sus obsesiones perversas, supo entender cómo había encontrado por fin la pista de ese cruel asesino múltiple, al ver repetido su patrón de violación y asesinato de jóvenes de los que se aprovechaba de sus cuerpos una vez había acabado con sus vidas

—¿Y asegura que vive aquí y...?

—Por supuesto, Bob. Y sin dudarle un momento, dice que está entre ustedes y que volverá a matar si antes no le atrapamos

—De acuerdo, pero ahora dime ¿Podría identificarle?

—Eso sería lo ideal, pero ten en cuenta cómo han pasado más de veinte años y, lamentablemente, no creo que diese buen resultado. Se lo planteé y, tal como yo misma pensé, coincidió en que eso sería inútil

—¡Bob! ¡Bob! —exclamó Frank desde el otro punto de la barra- ¡Te llaman por teléfono!

—¡Voy para allá! —contestó Saxon y marchó para atender la llamada.

—Louis —aprovechó Verónica para charlar con el ayudante, quien procuraba guardar silencio hasta ser preguntado y había dado muestras ya de que sabía más de lo que parecía— Escúchame, y en confianza de nuevo ¿Quién te parece mejor candidato a ser nuestro hombre?

—Difícil me lo pones. Pero, si tengo que mojarme, lo haría por ese Stevenson ¿Sabes? Es un tío muy raro. Aparte que tiene esa cosa que no me agrada, porque cuando le oigo hablar me da la sensación de que es falso cuanto dice. Es que, sin exagerar, le veo siempre como interpretando un papel que no se sabe demasiado bien y, por eso, comete errores al no hilvanar de manera lógica su forma de ser, la cual veo poco real, como si fuese una impostura. Pero, en fin, es sólo una impresión tal vez provocada porque no me cae demasiado bien ese tipo

—Entiendo, Louis y dices que es raro. Pero ¿Raro de...?

—No, no, mujer. No es lo que estás pensando. Me refiero, e insisto, a que no me gusta cómo es. No hace las cosas que se supone debería hacer.

—Ahora no entiendo.

—El niño, Verónica.

—¿El niño? ¿Qué quieres decir, Louis, con eso del niño?

—Sí, me refiero a su hijo. Verás, y esto es cosa mía, pero jamás le he

visto con él, salvo cuando quiere dárselas de padrazo ¿Sabes? Y no me gustan nada los mentirosos, porque no le veo natural, ni tampoco un padre normal y corriente, cariñoso y todo eso.

—Quizás tenga una tristeza interior por el tema de su esposa y...

—¿Esposa? ¿Le has escuchado hablar de ella? Seguro estoy que no

—Bien, sí, es verdad. Pero, Louis, el accidente en el que la perdió, la tragedia siendo ambos tan jóvenes y con un niño pequeño...

—No me creo nada ¿Sabes? Ese tipo, ya te digo, no me gusta y no me extrañaría fuese nuestro asesino.

—Bueno, chicos ¿Qué me estoy perdiendo? —comentó el sheriff al reincorporarse al grupo policial, nada más terminar de atender la llamada.

—Sheriff, le decía a Verónica que estoy porque el asesino es ese viudo

—¿Chris? —preguntó Saxon sorprendido.

—Claro, Bob. Ese Stevenson, según dice Louis —la joven recalcó el contundente y también argumentado veredicto del ayudante, esperando a ver cómo reaccionaba su jefe.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Vamos, Louis, muchacho! ¿A qué viene ese comentario? Escuchadme los dos —Saxon se fajó en su tesis, hasta poniéndose en esta oportunidad más serio de lo acostumbrado antes de soltarla — Chris es un buen tipo y ya veis qué clase tiene y lo bien que se porta con todo el mundo

—Menos con su hijo, sheriff, y eso es demostrable

—¿Cómo puedes decir eso, Louis? —Saxon incluso llegó a rozar el enfado con aquel comentario de su ayudante.

—Vamos a ver, sheriff, dígame ¿Le ha visto por ahí muchas veces con él? Quiero decir paseándole, jugando con el niño y todas esas cosas que hacen los padres

—Te equivocas, Louis. Sabes, como yo, que ese chiquillo tiene una salud muy frágil. Está malito el pobre y Chris ya no sabe qué hacer

—¿Está enfermo? —preguntó Verónica, terciando de paso entre los dos.

—¡Siempre! Tiene un síndrome de no sé qué, según me dijo Chris en alguna oportunidad que me interesé por él. Por eso, joven, y te digo que no echas cuenta a Louis, está muchas veces enfermo el chiquillo

—Entiendo, Bob —respondió Verónica dando por cerrado el tema, el cual comprobó cómo provocaba una brecha entre sheriff y ayudante, con criterios encontrados y actitudes cerriles— Oye y ¿Qué dices tú de esa llamada que acabas de atender hace un momento?

—Eso venía a comentaros. Era el reverendo Smith. Le llamé esta mañana para acordar una cita y me dijo que estaba ocupado con algo de la iglesia. Ahora me acaba de decir que estaría encantado de atendernos

—Vaya, eso me gusta —pareció sumarse la joven a la ironía, la cual dejó descolocado a Saxon y recibiendo éste el comentario con cara de sorpresa.

—¿Te gusta?

—Sí, Bob, no todos los días un sospechoso nos llama y nos da cita

—Es que no sabe que es sospechoso, todavía y...

—Pero se lo olerá ¡Bonito es! —soltó Louis la expresión que interrumpió al sheriff.

—Chico, no empieces a echar más mierda

—Sheriff, no lo pretendía. Sólo para que Verónica supiera que el susodicho reverendo es tal como lo pintó Aiden

—¿Un caradura? —pidió Verónica a Louis aclaración sobre el tipo.

—Más bien un aprovechado. En su día llegó con lo puesto y ahora ¡Qué barbaridad! Vive a cuerpo de rey

—No exageres, Louis. Vive solo, no tiene apenas gastos y la gente es generosa porque es un gran predicador. Por lo tanto, todo lo que recibe lo

emplea en mejorar su vida

—Sí, sheriff, a costa del personal. Buena casa que se ha construido y ¡Vaya coche!

—Tal vez, muchacho, sea mejor te dediques a predicar y no a ser mi ayudante y así tendrás ese tren de vida

—Lo veo complicado, sheriff. No me gusta engañar a nadie con el infierno

—No seas irreverente, Louis, y menos delante de Verónica

—Déjale, Bob, porque Louis nos dice lo que piensa y es importante tener más puntos de vista. En esta ocasión, veo que coincidente con el de Aiden

—¿Éstos? Son tal para cual ¿Sabes? A los dos les pirra pegar tiros por las montañas, también los todoterrenos a ver quién tiene el más potente y gasta más gasolina, sin olvidar las pintas de cerveza

—Y a los dos —Louis saltó de inmediato puntualizando a su jefe— no nos gustan tampoco los charlatanes, como ese Smith, quien se dedica a meter el miedo a la gente con esa milonga del diablo, el pecado y la carne

—Un momento, Bob, por cierto —de nuevo la detective desvió la conversación de manera diplomática hablando de Aiden y de ese día que encontró el cadáver...

—Tú dirás, Verónica

—Imagino que había huellas de neumáticos cerca del cadáver y...

—Ya lo creo que habría

—¿Habría?

—Digo “habría”, Verónica, porque una vez llegamos tanto policía como ambulancias, la nevada había sido tan intensa que estaba todo el entorno cubierto y, por lo tanto, imposible determinar los neumáticos del coche que llevó hasta allí el cadáver

—Pero, Aiden, ¿No observó...?

—Sí, naturalmente que le preguntamos y él recuerda cómo eran las habituales que todos y cada uno utilizamos en el pueblo. Es lo que supone vivir en estos lugares donde el mismo taller coloca idénticos neumáticos y de la misma marca. Por ello, imagina así como cuatro mil coches o más con el mismo dibujo en las ruedas. Algo impensable e inútil

—Vaya fastidio. En fin, no hay nada que hacer en cuanto a eso

—Y no te preocupes por la escena del crimen. Te garantizo que cribamos a conciencia el lugar y no encontramos nada

—Sheriff, un momento —habló de nuevo Louis, dispuesto a enmendar la plana una vez más a su jefe, pareciendo se desmelenaba al calor de la presencia de la bellísima detective, ante quien parecía continuar haciendo méritos —No diga que no, porque sí encontramos algo

—¿Qué dices, Louis?

—¿No se acuerda, sheriff?

—¿De qué me tengo que acordar, chico?

—Pues, de la hebilla

—¿Hebilla? ¿Hebilla? Pues... —se rascó la punta de la nariz el sheriff, para luego hacer lo mismo un par de veces con su nuca— ¡Sí, sí, claro! ¡Ahora caigo! Bueno, la verdad es que era algo insignificante, Pero tengo que reconocer que es cierto lo que dices y encontramos esa hebilla, quizás perdida de alguna mochila de senderista o, tal vez, de unos prismáticos

—O procedente de un rifle también, sheriff

—La veo pequeña para eso, Louis

—No tan pequeña

—A ver si os aclaráis —intervino la detective, viendo cómo no había punto de encuentro entre ambos— Por cierto ¿Quién la tiene?

—Pues, bueno, debe estar en el archivador de pruebas

—*Sí, sheriff, allí la puse*

—*Si no tenéis inconveniente, luego le echaré un ojo*

—*Cuando tú quieras, Verónica. A tu entera disposición*

—*Estupendo. Ahora creo ya es hora de completar el trío de nuestros sospechosos con ese reverendo, a quien Louis gusta tan poco*

—*Cuando le conozcas, ya verás cómo exagera*

—*Ya te daré mi opinión sincera, Bob, en cuanto le tenga al alcance de mis preguntas* —contestó la joven detective rematando la charla tanto con el sheriff como con Louis, la cual había resultado para ella en algunos puntos esclarecedora pero también en otros estimó que habría más interrogantes.

Luego, los tres se despidieron de Frank, quien se negó a que abonaran las consumiciones e insistiendo una vez más en invitarles, abandonando su local para conducir por el pueblo al recrudecerse la nevada y así llegar hasta la iglesia situada en el extremo sur de la calle principal de la localidad, siendo un edificio humilde pero de apariencia que encajaba con el entorno, donde destacaba el campanario con un aire centroeuropeo marcadísimo.

—*Oye, Louis ¿Ese es el coche del reverendo?* —preguntó Verónica nada más aparcar el ayudante, por supuesto a conciencia al lado del que señaló la joven.

—*Ahí lo tienes y, ahora ¿Qué me dices tú?* —le preguntó el ayudante como respuesta.

—*¡Santo Dios! Es enorme y, dime, Louis ¿Cuánto debe valer una cosa así, tan grande y lujosa?*

—*Tanto que ni siquiera puedo calcularlo, pero no menos de ciento veinte mil machacantes*

—*¿Sí? ¿Tanto?*

—*Incluso más*

—*¿Y cómo...?*

—¿Cómo lo ha conseguido? Pues a base de teatro y engaños. Así la gente le suelta la pasta, para que luego vaya por ahí presumiendo de ese cacharro

—Vuelvo a repetir que cada uno tiene una capacidad y, algunos, tienen más que otros para conseguir sus deseos y proyectos —Saxon puntualizó los comentarios de su ayudante, rebajando el tono tan ácido como duro de éste— *El reverendo en lo que hace, tienes que reconocer Louis, es especial y la gente se lo premia donándole lo que estiman oportuno. Veréis los dos: eso no es punible, ni sancionable, ni nada que se le parezca. Él no obliga a nadie a darle ese dinero, no saca una pistola en los sermones y les dice “arriba las manos, esto es un atraco”. La gente se lo da de buen grado y es lógico que, si le gustan los coches, pues se compre uno caro y lo disfrute. No lo veo mal, con sinceridad, quizás algo exagerado para ser un hombre de Dios; pero, a fin de cuentas, también está pegado al suelo y no sólo de pan vive el hombre*

—Sheriff, tal vez el reverendo tenga un sitio para usted como ayudante escuchando cómo habla

—Louis ¡A ti te voy a dar yo...!

—Tranquilo, Bob, es una broma ¿Verdad, Louis?

—No, no, es la verdad. Seguro que le da ese puesto

—Chico, no eres más inocente porque no te entrenas. Anda, cierra el pico y apaga el motor —Louis, esta vez sumiso viendo la cara de enfado de Saxon, obedeció sin chistar. No obstante, para sí reconoció cómo se había quedado muy a gusto con su arranque de sinceridad; lo cual hizo gracia de nuevo a Verónica, aunque sin mostrarlo de manera expresa para no enojar al sheriff.

Los tres salieron del vehículo policial y se acercaron hasta la entrada del templo cuyas puertas comprobaron estaban abiertas y, nada más poner los pies

en su interior, observaron cómo el reverendo les hacía señas desde el propio atril donde estaba subido colocando algunos documentos.

—*Gracias por venir, amigos, y bienvenidos a la Casa de Dios* —habló el pastor con una sonrisa de oreja a oreja al trío de investigadores, en tanto descendía desde el estrado habilitado para la predicación. Una vez a su altura, comenzó por dar con efusividad la mano tanto al sheriff como a Louis, deteniéndose al llegar hasta donde estaba la detective.

—*Reverendo, le presento a Verónica Strauss, de la Policía Estatal, quien nos ayuda en la investigación del asesinato de Charles*

—*Dios le tenga en su gloria. Y a usted, señorita, encantado de recibirle en la que es su casa. Les bendigo a todos y, por favor, acompáñenme a mi despacho* —habló el reverendo y la joven investigadora tuvo algo así como un “deja vu” al verle a centímetros de distancia, resonando en su cabeza las palabras de Evelyn y su forma de describirle no sólo su apariencia física, sino la genuina manera de expresarse.

De todas formas, no sólo fue aquello, sino también su mirada, tal como la había señalado la mujer por teléfono, y sus maneras de andar, moverse y colocar las manos al hablar junto al tacto de sus manos de una frialdad que le impactó; aunque no menos que su atractivo evidente como hombre, que casaba a la perfección con lo relatado de la misma forma por Evelyn, quien le transmitió el peligro que representaba la farsa que, en su totalidad, era su persona, alertándole sobre ese inmenso poder manipulador basado en un encanto sutil, el cual emanaba no sólo de su cuerpo sino de su halo de misterio impenetrable.

Aparte de esto, ella misma había reparado en el hecho de que, sabiendo cómo contaba unos cuarenta años, su aspecto era todavía joven, llamándole la atención sus dos metros de estatura y una musculatura propia más bien de un nadador de alta competición.

—*Por favor, acomódense* —les pidió Smith al llegar a su estancia privada, en tanto él tomaba asiento en un sillón detrás de una amplia mesa repleta de ediciones de la Biblia.

—*Mil gracias, reverendo* —contestó el sheriff quien, como siempre, abría el fuego del interrogatorio— *Se preguntará por esté comité, con tanto policía exagerando un poco...*

—*Y sin exagerar, sheriff. No sabía que concitaba tanto interés en el cuerpo policial, incluso teniendo a su lado a una guapísima detective estatal. Espero no ser reo de nada y me dejen preparar el sermón del día de nuestro Señor ¡Aleluya!*

—*No se preocupe, reverendo, sólo se trata de hacer algunas preguntas*

—*Si es así, adelante, estoy a lo que quieran preguntar*

—*Gracias, reverendo, por su amabilidad* —Verónica saltó al ruedo sin más dilación, segura de sí y deseosa de dar los primeros pases de recibo, anteponiendo la cortesía aunque, tras ésta, fajándose sin contemplaciones y yendo al grano— *Si le parece, respóndame a la siguiente cuestión: ¿Qué relación tenía con Charles Grandel?*

—*Señorita, tengo que reconocer cómo me coge usted con el paso cambiado. La verdad, no me esperaba esa pregunta y sí otra relacionada con esta comunidad de feligreses*

—*Él, tengo entendido y me confirman tanto el sheriff Saxon como su ayudante, era un feligrés más*

—*Cierto pero, incluso así, no me deja de sorprender su arranque*

—*Este arranque, como ha calificado, es motivado porque usted figura en la lista de sospechosos de su asesinato. Así, sin más y, de ahí, que queramos descartarle como tal*

—*Sheriff, y disculpe señorita usted también, pero no esperaba esa acusación tan grave contra mí, siendo un hombre de Dios*

—Reverendo, vamos a ver —Saxon acudió al rescate de la detective, esta vez más serio que con los otros dos interrogados con anterioridad— *Creo que la investigadora ha dejado claro cómo nuestra presencia aquí se debe, principalmente, a que intentamos borrarle de esa lista de sospechosos. Yo mismo le he comentado que no le imagino como tal pero, y en eso no puedo hacer nada, ella maneja información que obliga a tomar esta precaución de interrogarle*

—Le creo, sheriff, y a usted, señorita, le respondo que cómo no iba a tener relación con ese chico. Ya lo creo que sí, y añadiría que mucha e intensa. Y me va a permitir que le diga cómo por una razón muy sencilla, la cual tiene que ver con mi ministerio, como no es otra que mi condición de pastor de esta comunidad en la que él era un miembro muy activo en las acciones caritativas que desarrollamos, destinadas para asistir en la medida de lo posible a las personas más necesitadas de nuestro entorno. De tal forma que sí afirmo, sí por supuesto con la boca llena, cómo tenía una relación con ese muchacho llena de afectividad y de cariño para agradecerle un corazón tan grande, volcado como Jesús nos pide hacia los demás. Añadiré a esto que era el ejemplo hecho persona del Evangelio, cuando era el adalid en nuestra comunidad del perdón y la misericordia ¡Aleluya!

—Entiendo, reverendo. Vamos, entonces, con la segunda cuestión y así respóndame a lo siguiente ¿Qué le movió a venir hasta este lugar tan apartado?

—Jesús ¡Aleluya! ¡Por Él! En su infinita majestad, me dijo que llegara hasta aquí para continuar mi labor pastoral. Tuve un sueño, y en éste observé esas montañas colosales, los prados, los árboles enhiestos en la lejanía, las granjas pero, sobre todo, a las gentes esperando la palabra de Dios. Supe, cuando crucé este Condado, cómo sería mi destino y aquí estoy

—Reverendo, sigamos ahora con algo menos poético y dígame ¿Tiene fortuna personal?

—Bien, detective, no sé a qué viene esa pregunta

—Pues, está claro. Quiero saber si ese formidable coche que está ahí fuera lo ha pagado con su dinero propio, o bien con el que ha ganado en este tiempo aquí, sin dejar al margen la casa que ya sé posee y de un nivel muy por encima de lo normal para un reverendo

—Creo que es algo íntimo, muy personal y, si el sheriff no me contradice, preferiría obviar la respuesta

—Me sabe mal contradecirle, reverendo, pero es absolutamente necesario responda a la pregunta. Son cosas de las leyes, y no hace falta le recuerde cómo todos debemos acatarlas. La detective está en su derecho, con el fin de aclarar este extremo, en conocer de dónde procede su estilo de vida, resumiendo en dos palabras, muy alto

—Si es así, sheriff, les diré que, en efecto, cuento con una cantidad estimable de dinero tras haber ejercido varios años como asesor financiero. Ampliaré la información desvelando cómo, en mi juventud y tras terminar mis estudios de Economía, me dediqué al libre ejercicio de la profesión consiguiendo un “status” bastante alto y unos ingresos elevados con mis asesoramientos a grandes empresas y particulares con fortunas inmensas. El caso es que a los diez años de esto que les narro, recibí la llamada del Señor ¡Aleluya! Les aseguro que fue una auténtica revelación, con tanta fuerza que me hizo abjurar de mi vida anterior y dedicarme por entero a extender su palabra. Tampoco voy a negar cómo no me desprendí de lo que había acumulado en mi trabajo, lo que me permitió vivir de manera desahogada hasta encontrar mi primera comunidad donde predicar. A partir de ahí, he completado un ciclo en el que he ido de norte a sur y de este a oeste del país, hasta encontrar este edén perdido entre montañas que, espero, sea mi

última morada antes de encontrarme con Jesús en el Cielo ¡Aleluya!

—Tomamos nota. Por cierto, tengo entendido que antes de usted había otro reverendo

—Sí, señorita. Ambos compartimos muchas jornadas, en concreto tres meses que se me hicieron cortos a su lado, hasta que por motivos de edad se retiró a su lugar de nacimiento, creo que en California. De ahí que ahora ocupe su puesto hasta que el Señor y mis feligreses quieran ¡Aleluya!

—Oiga y dígame ¿Le gusta cazar?

—Mentiría si dijera que no. Y es que no me gusta, sino que me encanta y procuro no perderme oportunidad para practicar

—¿Fue ayer a cazar?

—Así es. Lo que ocurre es que el tiempo cambió de manera repentina y tuve que dar media vuelta

—¿Fue solo?

—Sí, y no porque quisiera. Suelo ir con el grupo de Aiden y los muchachos siempre pero, por motivo de que tuve un asunto muy desagradable al producirse una filtración en el techo de mi casa, no tuve más remedio que salir más tarde una vez la habían reparado

—¿Llevó usted ese coche o tiene otro?

—Sólo tengo ese que ha visto. Bastante gasto tengo ya como para comprarme otro

—¿Se encontró ayer con Charles?

—Sí, y precisamente aquí mismo

—¿Motivo?

—Estamos preparando una tómbola benéfica y, como iba a ir de caza, le dije al chico que por favor se acercara por aquí a primerísima hora, teniendo en cuenta que él se levanta con las gallinas como todos los granjeros y no le causaba estragos. Así que estuvimos preparando ese

asunto, acordamos las líneas de cómo se iba a desarrollar y luego se marchó

—¿Le vio nervioso?

—No. De cualquier forma sí me dijo que tenía otra cita después

—¿Le dijo con quién?

—No. Además, no me suelo meter en esas cosas

—Oiga, reverendo, aparte de la bondad de Charles ¿Cómo calificaría al chico?

—No entiendo

Me refiero a cómo era en cuanto a su vida social

—Bien, sí. Entiendo ahora. No me gusta hacer juicios de valor, ni censurar lo más mínimo de la intimidad de nadie pero, haciendo una excepción, sí le diré que Charles era algo especial

—¿Sensible?

—Si es en el sentido que estoy pensando, le diré que sí

—¿Le notaba esa sensibilidad?

—No voy a negarlo. Es un tema espinoso, pero como estamos en confianza, diré que sí me daba cuenta de que tenía, digamos, tendencias

—¿Hacia el propio sexo?

—En fin, no quiero ser pacato incluso siendo reverendo, pero sí es cierto. Tenía, no sé cómo decirlo, ese punto de femineidad que delata a un hombre...

—Sensible

—Eso es. Justo así lo pienso. De todas formas, Dios lo sabe, jamás eso varió un ápice mi comportamiento con él

—Oiga y ¿Se le insinuó en alguna ocasión?

—Me pone en un aprieto, detective

—Ese es mi trabajo, reverendo. Por favor, responda con sinceridad y no tema nada porque nuestros labios están sellados

—*Está bien, sí. Es verdad*

—*O sea, que se le insinuó*

—*Sí. Pero, señorita, esto me da pudor y no querría...*

—*¿Usted le correspondió?*

—*¿Qué dice? Por favor, señorita ¡Sheriff!*

—*Reverendo, tranquilícese, sólo diga sí o no* —Saxon, una vez más al rescate, pero en esta ocasión decantándose de manera clara por la joven investigadora.

—*¡No, rotundamente no! No tengo esas tendencias*

—*Bien y dígame ahora con sinceridad* —Verónica continuó acechando su presa— *¿Qué hizo usted en ese momento?*

—*Le traté cordialmente. Le perdoné, como haría con cualquiera incluso con mi peor enemigo. Le hice ver que no repitiese aquello y que procurara ceñirse en nuestro trato a lo que era la labor caritativa, y que no se lo tendría en cuenta*

—*¿Qué dijo él?*

—*Me pidió perdón, simplemente, aunque me preguntó si le permitiría seguir perteneciendo a la comunidad. Tal como les dije antes, no sólo se lo concedí sino que le pedí que rezara con más ahínco y que sus obras con los demás crecieran para compensar lo hecho*

—*¿Le pareció una insinuación morbosa?*

—*Ni mucho menos, señorita. Me da mucha vergüenza hablar de esto*

—*Pues, lo siento pero me temo tendrá que sacar fuerzas de flaqueza, ya que pretendo seguir haciendo más de estas preguntas incómodas. Tenga en cuenta que necesito conocer cada detalle, cada palabra ¿Conforme?*

—*Entiendo, señorita. Entonces, ruego al Señor me asista y le diré que Charles no tuvo ni una palabra desconsiderada conmigo. Tampoco me habló como alguien que pretende tener simplemente sexo, sino que fue todo lo*

opuesto que pueda imaginarse, ya que se trató de una auténtica declaración de amor hacia mí

—Podría decirme si incluyó esa, como dice, declaración algún tipo de...

—¡No, por favor! Me hace daño con esas insinuaciones, señorita. Claro que no estuvo acompañado de nada. Sólo fueron palabras y llámelas como quiera, cariñosas, amorosas o como le plazca. Lo que intento llevar a su ánimo es la forma elegante de decirlo del muchacho y quien, ni por un momento, se atrevió a unir el verbo a la carne

—Solo falta el pecado, reverendo

—No hubo, detective. Se lo aseguro. Sólo que Charles tenía aspecto de jovencito, pero en su interior la mente sentía como una mujer y se sintió atraído por mí como si realmente lo fuese. Y puedo asegurarle que no pretendía nada más que una relación más cerca de lo platónico que de lo puramente sexual

—Entiendo, reverendo. Ahora, dígame si, tras marcharse ese chico, volvió a verle

—Sí, aunque él sobre la acera y yo conduciendo

—¿Le vio hablar con alguien o...?

—Sí le vi. Pero de manera fugaz, momentos antes de girar para dirigirme hacia las afueras

—No me diga ¿Y con quién?

—Vi claramente como salía de alguna tienda, no puedo precisar cuál porque estaba lejos y miraba por el retrovisor, pero sí sé que el coche de Chris Stevenson estaba a su lado, y no sé si parado o en movimiento. No obstante, pondría la mano en el fuego porque era él

—Interesantísimo detalle, reverendo. Ahora, por favor y le ruego sea de nuevo sincero, dígame si frecuenta la granja de los padres de Charles

—*No miento nunca, señorita. Ni pienso mentir ahora porque me tengan en el punto de mira, aún no sé por qué motivo. Así que le diré que sí la frecuentaba, pero como hago con todas las granjas de mis feligreses. Sus padres eran miembros muy activos, personas muy piadosas y es lógico que tuviera contacto a menudo con ellos*

—*Cuando iba ¿Estaba allí Charles?*

—*Es lo lógico ¿No? Siempre andaba por allí*

—*¿Intentó él en alguna ocasión...?*

—*Le pido no me haga más preguntas de esas, señorita. Y ya le digo que no, no y no*

—*Disculpen un minuto, caballeros. Me llaman del departamento*
—comentó Verónica, mientras se levantaba saliendo del despacho. Por su parte, el reverendo pareció relajarse, atusarse el cabello, desabrocharse la camisa y luego dar un largo suspiro que casi provocó la sonrisa, a duras penas contenida, de Louise que tan sólo observaba sin soltar prenda; lo mismo que el sheriff nada más dispuesto para las súplicas de aquél ante el bombardeo indiscriminado de la jovencísima detective, dispuesta como veían ambos a convertir en fosfatina de un momento a otro al Hombre de Dios, tal como él mismo se auto denominaba.

Y de eso -precisamente Louis lo barruntaba- se iba a encargar muy pronto aquella belleza rubia que le quitaba el sentido.

CAPÍTULO V

(PARTE SEGUNDA)

—*Os pido de nuevo perdón por esta interrupción, y en especial a usted reverendo por la tardanza* —apareció Verónica por la puerta del despacho del predicador, con una expresión que tanto el sheriff como Louis entendieron de clara satisfacción, tras un largo lapso de casi quince minutos en los cuales Saxon había intercambiado, con la única intención de dejar pasar el tiempo, auténticas pamplinas referidas al pueblo con el sospechoso, a quien Louis veía cómo comenzaba a perlársele la frente, en un síntoma que a él mismo le provocó cosquillas en la barriga, toda vez que fantaseaba con saltar sobre el sujeto y ponerle de manera cruel las esposas.

—*Verá, reverendo* —quiso explicarse la muchacha, en un gesto que Saxon pensó le honraba y que él mismo, bajo concepto alguno, repetiría si fuese el caso— *Tengo una amiga en el departamento y ella se encarga de echarme un cable con la información que no puedo contrastar desde aquí. En fin, y en resumidas cuentas, ella son mis ojos y mis oídos para lo relacionado con el caso y todo lo que está por detrás de simples nombres y apellidos*

—*¿Novedades?* —preguntó el sheriff.

—*Sí y no* —le respondió la joven levantando una ceja a propósito, lo que Saxon interpretó como un buen augurio— *Voy con la parte positiva primero y os comento cómo Mary me confirma plenamente los datos tanto de Winston como de nuestro reverendo, a quien de nuevo le pido disculpas por haber*

hurgado en su pasado de esta manera que, tal vez, no se merezca

—Todo es transparente en mi ministerio, señorita, y también en mi vida anterior. Pueden buscar lo que quieran, porque hallarán sólo trabajo, esfuerzo, dedicación y una persona llamada al lado de Jesús ¡Aleluya!

—Conforme, reverendo. En cuanto a Winston, le puedo decir sheriff, también a ti, Louis, cómo cuadra a la perfección lo comentado por él referido al origen de su fortuna, la cual ganó legalmente en el campo de las inversiones en futuros. Así que podemos respirar tranquilos, y mucho más él, porque tenemos los datos fidedignos. En la parte negativa, Mary no ha podido determinar el rastro de Chris Stevenson, así que me ha pedido más tiempo, si bien ha confirmado que es viudo y su mujer falleció tal como dice. Por lo tanto, hemos quedado para otra oportunidad en la que ya cuente con todos los datos verificados. Lo que sí me dice y queda claro es que se trata de un famoso diseñador, más de lo que pensábamos, y que tiene un prestigio internacional porque figura entre los primeros del mundo en su campo. Por tanto, eso también lo cerramos

—Bien, Verónica, entonces me temo tendremos que ampliar el radio de ese período para buscar más sospechosos que llegaran al Condado. Yo, si me lo permites, y como sheriff, te sugeriría subir hasta un año más y así, conforme diga Louis que tiene una memoria excelente, podremos contar con más carnaza

—¿Un año más? —dijo Louis— Ya os adelanto cómo nos iríamos a cuatro candidatos para añadir

—¿Seguro, chico? Yo diría que alguien más

—Le digo que cuatro y no parto peras. Me acuerdo perfectamente, sheriff, de que son sólo cuatro

—En fin, Verónica, ya lo has oído. No está mal para continuar la faena

—Bob, conociendo ya a Louis y su memoria, te digo que no le discutas

que son esos que comenta. Y, en fin, cuatro es un número asumible, aunque nos llevará tiempo realizar esos interrogatorios. De todas formas... Oiga, reverendo ¿Qué es eso? —interrumpió Verónica sus palabras, al momento en que sonó una alarma.

-No hay problema. Digamos que es una falsa alarma, y nunca mejor dicho. Es la de mi coche y a veces salta por la nieve

—*Un momento y esperen ustedes aquí. Es conveniente cerciorarse, incluso si es una falsa alarma-* dijo el sheriff levantándose y señalando a su ayudante— *Louis, vamos, ven conmigo*

—*De acuerdo ¿Quiere que...?*

—*No, reverendo, por favor permanezca junto a la detective*

—*De acuerdo. Eso será un placer, sheriff* —cambió el tono de voz el reverendo y miró a Verónica de una manera que ésta calificó como impropia de un hombre de Dios, tal como él proclamaba pleno de solemnidad en su tono a cada pregunta que le hacía

—*Señorita ¡Al fin, solos! ¿No le parece?* — le habló el reverendo, llevando el registro de su expresión a lo puramente jovial, dando un vuelco a todo cuanto había observado la joven, casi susurrándole, aterciopelando su voz y luciendo una sonrisa nada beatífica y sí con una carga sexual que la joven interpretó enseguida— *Desde el instante en el que nos presentó Saxon, aparte de dejarme la belleza de su rostro prácticamente fuera de juego, le confieso he tenido el palpito de que le conozco desde hace años y quería yo en esta oportunidad preguntarle ¿No nos hemos visto en otro sitio?*

—*No, la verdad, no le recuerdo*

—*Tal vez en...*

—*No, seguro que no* —respondió sin dudarle Verónica, quien reconoció cómo aquél hombre tenía ese magnetismo único, esa forma de mirar que sobrecogía y reconocía la fuerza arrolladora de su belleza masculina, donde

destacaban aquellos ojos translúcidos que hacían ocupasen todo su entendimiento cuando los cruzaba con los suyos; hasta subyugándole sin que pudiese contrarrestar ese poder.

—*¿Sabe? Muchos hombres le habrán visto en todas partes. Sin embargo, lo difícil es encontrarle. Tal vez, yo mismo, en algún lugar solitario...* —le soltó el reverendo quien, hasta con la diferencia de edad, tenía que reconocer como le atraía y de la misma forma telúrica que le repelía. Convino consigo misma cómo sentía por él algo en su interior, donde el amor y el odio se atraían con idéntica repulsión.

—*¿Querías que nos viésemos más tarde?* —subió Smith, de manera unilateral, el listón de la confianza— *¿Tal vez tomando una copa? ¿En algún sitio íntimo? ¿Sabes? Tienes algo en esa mirada que me desarma y quisiera me dijese esa fórmula tuya, secreta supongo, para que pierda la compostura con tu presencia. Ha sido verte y te he reconocido. Sabía que aparecerías de repente, llenando todo mi ser con tu halo de misterio, que tus ojos derrotarían a los míos y vendrías a mi pequeño reino de soledad como ladrón en la noche...*

—*Diría que tenía usted toda la razón, reverendo!* —habló Saxon en voz alta, sacudiéndose la nieve del uniforme y regresando con Louis a su lado imitando el gesto, para luego tomar asiento ambos en sus respectivos lugares donde habían asistido al interrogatorio— *Resulta que ha caído tanta nieve que, no me extraña, el peso de ésta quizás haya hecho saltar la alarma*

De esta forma, tan brusca como poco poética, ambos interrumpieron sin tener constancia alguna el cortejo de Smith a Verónica; quien había permanecido en silencio escuchando aquella declaración amorosa la cual, y en el fondo, le hizo sentirse bien consigo misma por el halago que suponía pero, de manera simultánea, provocándole una repulsión que le erizó la piel.

—*Ya se lo dije, sheriff, y no es la primera vez* —respondió como si tal cosa el reverendo haciendo uso, tal como le pareció a Verónica, de esa exclusiva e innata habilidad camaleónica— *Hace un rato también sonó y, si le digo la verdad, ni siquiera me molesté en acercarme. De todas formas, no sé si saben que el coche está dotado de un doble sistema. Uno de rastreo por GPS y otro, que me van a guardar el secreto, mediante el cual nadie puede arrancarlo si no introduce una clave que sólo yo poseo. En caso de intentarlo algún facineroso, el coche queda totalmente bloqueado y sin corriente, aparte que en mi teléfono móvil aparece un aviso. Son cosas de los tiempos modernos aunque, no miento, si alguien quiere llevárselo buscará la fórmula. Pero, la verdad, prefiero no pensar en eso ¡Me daría un soponcio!*

—*Bien, Verónica, es hora de partir* —Saxon pareció querer provocar la conclusión de la visita por la vía rápida, quizás para saborear una pinta de espumosa al ser ya la hora propicia —*Y es que, llegados a este punto, y si no tienes más preguntas...*

—*¡Alto ahí, sheriff!* —la jovencísima detective sacó su lado severo y, sin esa comezón del alcohol por sus venas como en el caso de Saxon, le paró los pies para su pesar— *Sé que es la hora del almuerzo y, la verdad, yo también me tomaría no una pinta de esas colosales que os bebéis los dos de una vez, pero sí algo menor de tamaño después de estos ratos de tensión. Sin embargo, tengo que decirte, Bob, y también a ti, Louis, cómo nos quedan algunos flecos y esos no pueden esperar*

—*Bien, por mi parte, espero que esos, como dice, flecos, no tengan que ver conmigo*

—*Reverendo, siento decirle que no es así y, no todos, pero sí unos cuantos están referidos a su persona. Por lo tanto, me tendrá que permitir continúe con el interrogatorio*

—*Si no hay más remedio...*

—*No lo hay y ahora dígame ¿Mantuvo usted relaciones sexuales con Charles?*

—*¡Sheriff! ¿Tengo que aguantar esto?* —el predicador sí que perdió los nervios en esta oportunidad, no esperándose aquel ataque repentino y mucho más después de su momento amoroso con ella a solas.

—*Esperere, reverendo, imagino que Verónica tendrá un motivo para preguntar eso y de esa forma*

—*¿Motivo?* —Verónica subió la apuesta y también su tono, que no pareció poner contra las cuerdas al sujeto— *¿Qué le parece si menciono el nombre de Nathaniel Waterhouse?*

—*Ni idea, detective*

—*¿Seguro?*

—*Absolutamente. Ni he oído jamás ese nombre, ni tampoco le conozco. Así de rotundo se lo digo*

—*Bien, todavía no me ha respondido a la pregunta*

—*No, claro que no. Ya antes...*

—*Lo de antes ha pasado, reverendo. Ahora es ahora y no antes, y no sé si me lee entre líneas*

—*¿Qué debo leer?*

—*Acabo de recibir cierta información sobre usted, la cual me hace pensar que esa milonga que nos ha contado es de órdago*

—*Todo cuanto he dicho era cierto. Y jamás he mantenido relaciones sexuales con otro hombre*

—*Se referirá usted, reverendo, a las no consentidas*

—*¿Por qué me trata así? Soy un...*

—*Ya, sí, un Hombre de Dios y Aleluya. Ahora, déjese de idioteces y alabanzas al Señor y cante, por favor*

—¡Sheriff!

—Oiga, deje tranquilo al sheriff y responda con la verdad ¡Porque sé cómo no sólo una, sino muchas veces ha mantenido relaciones sexuales con hombres!

—¡Es una calumnia muy seria, señorita!

—Es una verdad como este templo, reverendo. Si no, dígame por qué tiene usted antecedentes policiales en ese sentido. Incluso me acabo de enterar por mi compañera cómo le expulsaron de dos comunidades, tanto en California como en Oregón, por realizar tocamientos a niños a su cargo en las clases nocturnas, como de ser sorprendido manteniendo sexo con uno de sus jovencísimos ayudantes, amén de la última denuncia que consta al haberle pillado el padre de otro chiquito de Seattle metido en la cama con su hijo de doce años, naturalmente jugando al parchís

—Jamás se me acusó de nada. Y la iglesia estuvo a mi lado en todo momento

—Eso no quita que las denuncias existan y que sean reiteradas. Vamos, reverendo, reconozca cómo ese ejercicio de funambulismo que ha hecho conmigo insinuándose, mientras estaban fuera el sheriff y su ayudante, ha sido una jugada desesperada por apartar mis sospechas. Pero no contaba con que tenía ya esa información fresca sobre su trayectoria de pederasta compulsivo, si bien con mucha fortuna al quedar en agua de borrajas las continuas denuncias a las que era sometido por las respectivas comunidades por donde ha ido reptando

—¡Repito que eran infamias! Calumnias por otros motivos y en ningún caso hubo condenas. Es más, salí con la cabeza bien alta de todos esos sitios que dice

—Imagino a sus feligreses lanzándole rosas al marcharse después de haber abusado de sus pequeños. Más bien, como me han dicho, estuvieron

persiguiéndole por dos Estados y, para su fortuna, se aburrieron al cruzar el tercero, gracias a que tiene una cuenta corriente con muchos ceros que le permite burlarles a todos, incluso sabe Dios si también va untando con ese sucio dinero a policías, abogados y jueces corruptos

—¡Esa es una acusación gravísima!

—No tan grave cómo sus pecados, reverendo, porque le pierde la carne ¿No es cierto? Sabe que arderá en el infierno por toda la eternidad ¿No es así?

—¡Tengo mi conciencia tranquila y nunca podrán demostrar nada!

—Ahí abajo no le tendrán en cuenta sus artimañas para librarse de la Ley. Así que le asarán vivo y bailarán por toda la eternidad viendo cómo se achicharra

—La iglesia está conmigo y le devuelvo su confianza con mi dedicación a los feligreses. Siempre hay algunos que intentan medrar, para echar sobre mí infamias sin fundamento. La prueba es que no tengo en mi ficha policial ni una sola condena. Siempre he demostrado mi inocencia

—Reverendo, le aconsejo se prepare esta vez mejor puesto que estoy dispuesta a demostrar cómo usted, en este mismo lugar, mantuvo relaciones sexuales con Charles, aunque previamente ya le había roto el cráneo. Luego cargó el cadáver en su coche y lo transportó hasta el lugar donde se encontró. Ahora, confiese y reconozca que usted no es quien dice ser, sino ¡Nathaniel Waterhouse!

—¿Se ha vuelto loca? ¡Soy el reverendo Smith! ¡Y no ese como se llame y no he matado a nadie!

—¡Levántese ahora mismo de ese sillón y apártese de ahí! —ordenó taxativa Verónica, quien observó cómo de manera instintiva, al hacer intento el reverendo de tocar el escritorio, tanto el sheriff como su ayudante se llevaron la mano derecha a sus respectivas cartucheras en modo de prevención, para

luego rodear la mesa de aquel tipo, abrir los cajones y sacar una a una sus pertenencias.

—*¡Vaya, reverendo! Parece ser que los compra a docenas* —dijo la joven en el momento que Louis extrajo del último cajón un paquete con una docena de preservativos, donde según se veía faltaban al menos tres.

—*¿Qué tiene de malo tener eso en un cajón?* —preguntó el reverendo, manteniendo todavía la calma y el control sobre sus facciones.

—*¿Cuántos gastó con Charles?*

—*Le he dicho que no tengo nada que ver con eso. Y no mantuve con él ninguna relación sexual*

—*¿Sí? A ver, Louis, dale la vuelta a la papelera que está al lado del escritorio*

—*Sólo papeles* —dijo Louis, tras hacer lo que le pedía la investigadora.

—*Subamos la apuesta, reverendo* —la muchacha no se rendía.

—*¿A qué se refiere?*

—*Vayamos a su casa*

—*Eso es un allanamiento de...*

—*Se equivoca. No es allanamiento, reverendo, ya que sólo se trata de pasar por allí. No vamos a registrarla* —Saxon, muy oportuno, puso la guinda legal que daba soporte a la acción propuesta por la chica, mejor conocedora que él de los límites procedimentales como profesional del Derecho.

—*Tendrán que enseñarme una orden...*

—*Ya has oído, Louis, enséñale la orden*

—*A la orden, sheriff* —respondió Louis quien, con sus casi dos metros que imponían, extrajo la “Magnum” de la cartuchera y se la colocó delante de las narices al reverendo

—*¿Ve la firma del juez?* —le preguntó el sheriff al sujeto, quien comenzó a temblar.

—*Se van a arrepentir de esto*

—*Seguro, Smith, lo mismo que usted cuando abusaba de esos pequeños*— contestó a éste Saxon, primero atusándose el bigote y después propinándole sin contemplaciones un empujón hacia la salida. Una vez allí, el predicador les llevó dando la vuelta al templo hasta el acceso a su vivienda anexa, la cual parecía una auténtica mansión de cine.

Tanto fue así que Verónica, cruzado el umbral, no podía creer el nivel de lujo y ostentación de todas las estancias, donde no faltaban múltiples baños, materiales nobles, esculturas, pinturas de nivel internacional con autores de renombre, así como muebles de diseño exclusivo.

—*¡Qué barbaridad, reverendo! ¡Es hasta obsceno tanto lujo! Oiga, y éste sí que se puede llamar un nidito de amor* —habló la detective, todavía asombrada de lo que veía.

—*Sólo es mi dormitorio*

—*Yo diría que algo más y ahora mismo vamos a comprobarlo ¿No le parece?*

—*Lo único que hago es dormir aquí y, de noche, leer la Biblia*

—*¿Sí? ¡Louis! Ve al baño y rebusca a ver qué encuentras que haya tirado nuestro hombre de Dios* —ordenó al ayudante y junto al sheriff, quien también se unió al rastreo, comenzaron a vaciar cuanto veían podía contener restos, colocándose ambos los guantes reglamentarios.

—*¡No hay un preservativo, Verónica!* —dijo Louis en voz alta desde el baño, sólo un minuto después de iniciar la búsqueda— *Porque, en realidad, hay tres* —apareció luego sosteniéndolos en la mano y el sheriff detrás de él, observando junto a los otros la reacción del sospechoso.

—*Bien, Smith, porque lo de reverendo me va a permitir que deje de llamárselo desde ya, dado que es usted un vulgar abusador de niños y consumado violador de jóvenes*

Se tragará esas palabras, señorita, tarde o temprano. No he hecho nada malo

—¿No? ¿Qué se apuesta a que sí? Verá, hagamos una cosa, Smith ¿Qué le parece que coja el teléfono y llame al forense? No tardará mucho en aparecer por aquí, tomar muestras y analizarlas. Luego ¿Se lo imagina? Aparece el ADN de Charles en los preservativos, tal vez en la ropa de cama, también en el cepillo del baño, y así sucesivamente. Con lo cual ¿Se hace una idea de lo que pasará? Claro que sí, Smith, ya veo en sus ojos que conoce el siguiente paso y es la cárcel. Luego el juicio y, finalmente, la sentencia de muerte ¿Sigo?

—Oiga ¿Por qué me acusan así?

—Sheriff, haga el favor de marcar el teléfono del forense...

—¡Un momento, un momento, se lo ruego, espere! —interrumpió el reverendo, con las palmas de las manos unidas en señal de oración— Verá, señorita, reconozco como cierto que Charles y yo manteníamos una relación...

—No me vuelva a edulcorar con eso de que era todo platónico, Smith o, de verdad, que ya directamente le acuso de asesinato en primer grado...

—¡No, no, está bien! Es verdad que ambos nos atraíamos y, en el plazo de un par de semanas, de esto hace ya algo menos de un año, terminamos acostados precisamente aquí, aunque también en alguna ocasión aprovechaba mis visitas a sus padres para tener otros encuentros, digamos, íntimos allí en el granero donde tenía un reservado él para sus cosas

—Vamos entendiéndonos, Smith

—El caso es que también es cierto cómo anteayer, tal cual estaba previsto, quedamos para, en fin, hacerlo aquí y prueba de ello son esos tres preservativos que acaban de encontrar

—Y ¿Qué me dice de ayer?

—*Ayer lo que ocurrió es tal le he referido antes, pero quitando todo eso...*

—*Sí, ya sé, lo de la música celestial y él declarándose. Vamos, siga, Smith*

—*Pues, no sé qué decir más. Salvo asegurarle que no tuve nada que ver en su asesinato*

—*¿Seguro? ¿No tendrá por ahí sangre de Charles?*

—*Le digo que no*

—*Vamos, Louis, sheriff, a ver si callamos la boca a este tipo* —ordenó Verónica y, junto con ella misma, levantaron alfombras, arrastraron muebles, revisaron paredes, techos, ducha, bañera de hidromasaje, poyetes, cepillos de dientes, toallas, albornoces y hasta la cama terminó apoyada en un lateral para observar cada palmo de su parte inferior

—*Tiene que haber* —habló Saxon contrariado después del esfuerzo que, en principio, pareció en vano.

—*Tal vez aquí no, sheriff* —dijo Verónica.

—*¿Cómo?*

—*¡En el coche, sheriff!* —respondió Louis por la investigadora con una exclamación, quien estaba entregado totalmente a la causa y deseando darle un buen mamporro a Smith, a quien siempre le había visto el lado oscuro.

—*¿Qué esperamos?* —dijo la chica y todos, incluido el reverendo esta vez prácticamente temblando, bajaron las escaleras hasta regresar a la iglesia donde permanecía aparcado el coche.

—*Smith, arranque el coche y síganos*

—*¿Dónde?*

—*Al garaje de la policía ¿Entendido?* —ordenó con decisión la detective, quien no estaba dispuesta a soltar la presa que tenía bien mordida. Smith, en silencio, se plegó a lo dicho y, una vez que tanto ella como sus dos

compañeros arrancaron el coche patrulla y se pusieron delante del sujeto, éste les siguió por la calle principal hasta alcanzar el sitio indicado.

—*Vamos, salga de ahí, póngase donde podamos verle y ojo con dar un paso* —Verónica ordenó con firmeza y Smith entró en ese instante en una espiral de tembleque evidente para los tres investigadores.

—*Louis, sheriff, vamos a encontrar lo que buscamos y cerrar este caso ahora mismo*

—*Estoy contigo* —digo Saxon, pensando en esa espumosa resbalando lenta por su garganta a esas horas como una lija.

—*Cuenta también conmigo* —Louis, levantando el pulgar hacia arriba, se sumó de igual manera motivado por los avances tenidos en tan poco tiempo y, de igual forma, cómo Verónica había quitado la careta a Smith, quien resultaba ser un pederasta de libro esta vez contra la pared y a punto de ser atrapado por primera vez en su larga trayectoria criminal. Así, cada uno por su respectiva puerta, comenzaron a rastrear hasta el mínimo resquicio del coche, husmeando incluso de rodillas, sin olvidar el techo que también fue objeto de una búsqueda concienzuda.

—*Ya les he dicho que fue algo, como en cada ocasión que nos veíamos, siempre consentido. No encontrarán nada que pueda incriminarme, porque están apuntando donde no deben* —Smith fue creciendo en confianza, parándosele el tembleque, cuando los minutos pasaron y los tres policías se veían incapacitados para demostrar las sospechas, por lo que la frustración pudo verla en sus rostros que aparecieron desencajados mientras, con desgana ya, revolvían el interior del coche

—*¿Nada, Louis?*

—*Limpio todo*

—*¿Sheriff?*

—*Mejor que mi propio coche ¿Y por tu parte?*

—*Lo mismo* —Verónica, por primera vez, dejó ver su desilusión.

—*¿Nos damos por vencidos?* —preguntó el sheriff.

—*Bob ¿Tienes alguna opción más?*

—*La verdad es que no, Verónica*

—*Yo sí* —saltó Louis, quien había estado rascándose la barbilla y mirando al techo del garaje.

—*Pues ¿A qué estás esperando?* —le dijo vehemente Verónica, ya al borde del ataque de nervios, en particular contemplando el rostro de satisfacción de Smith, quien hasta se permitió el lujo de consultar su teléfono móvil como si nada.

—*Sheriff ¿Recuerda cuando estuvimos en Las Rocosas con Aiden y los chicos?*

—*Sí, muchacho, hará un par de meses. Fue memorable, sin duda. No lo pasamos mal, salvo por la cogerza que cogimos y tuvimos que pedir refuerzos porque no podíamos conducir*

—*¿De qué habláis?* —Verónica se impacientó y más cuando ambos no dejaban de reír.

—*Sólo es que me acabo de acordar de que pinchamos una rueda*

—*Sí, sí, muchacho. Vaya lata*

—*Y con la cogerza más, imagino*

—*No puedes hacerte una idea, Verónica. Pero, bueno, Louis ¿Dónde quieres ir a parar?*

—*Muy fácil, sheriff ¿No recuerda que se volvió loco buscando el gato?*

—*Sí, y no me lo recuerdes. Maldita sea quien construyó el coche y ocurrírsele colocarlo en...Pero, pero, ¡Maldita sea! ¡Qué pedazo de cabronazo estás hecho, Louis! Ahora sí te digo que me recuerdes te conceda un aumento, o dos, si hace falta, chico ¡Vamos!*

—*Pero ¿Qué estáis...?*

—*¡Aquí! ¡Aquí está! ¡La tengo!* —exclamó Louis alborozado, saltando como un niño en la fría mañana navideña al descubrir los regalos, tras incorporarse desde la parte trasera del todoterreno donde había hurgado en la rueda de repuesto, colocada bajo un suelo falso de moqueta imperceptible a simple vista, y enseñando una barra de acero de unos cincuenta centímetros, en la cual se podía apreciar con claridad la sangre seca

—*¡Le tenemos!* —exclamó el sheriff, quien decidió por una vez perder su tradicional compostura mezclada con algo de flema y abrazar de manera cariñosa a su muchacho.

—*¡Louis, te daré un beso que se oirá al otro lado del Condado!* —le dijo Verónica abalanzándose sobre él y cumpliendo lo prometido.

—*Sheriff, usted ni pío* —dijo el muchacho y le devolvió su jefe un ojo guiñado.

—*¡Reverendo Smith!* —tras la muestra de cariño a Louis, Verónica se acercó al predicador, cuya expresión volvió a la frustración y el desánimo, extrajo su pistola de la cartuchera, la tomó con ambas manos y, dejando que la emoción se le notara en sus ojos, le habló con voz firme— *¡Queda usted detenido por el asesinato de Charles Grandel...!*

EPÍLOGO

—*¡Frank! ¿Piensas tenernos aquí secos? ¡Vamos, sírvenos esas pintas!*
—la voz poderosa de Barry, médico forense, cronista local y alma mater del pueblo al parecer de todos sus habitantes, tronó sobre el bar del alcalde, a esa hora de la noche repleto de parroquianos dispuestos a vaciar los barriles y botellas antes de que llegase el momento de ahuecar el ala para, tras el descanso nocturno, regresar a los campos, las montañas y, los más afortunados, guarecerse al calor de las estufas en las tiendas y locales que jalonaban el centro histórico de la población desde que se fundara en 1879.

El ambiente era esa noche más festivo si cabía, toda vez que el sheriff Saxon, su ayudante Louis y la bellísima y rubia forastera, eran objeto de un pequeño homenaje, recibiendo las alabanzas, vítores, abrazos, besos y toda clase de agasajos; los cuales incluían barra libre para el trío salvador del Condado, conociendo ya la noticia de la detención de semejante criminal al que, aparte su condición con acciones seriadas, habían destapado sus andanzas por otras comunidades religiosas en las que dejó una densa estela de abuso infantil y perversión juvenil, las cuales fueron el detonante de su expulsión, aunque con la habilidad y tal vez los medios económicos con los cuales comprar voluntades y corromper a las autoridades locales que debían decidir si presentar cargos contra él.

Por ello, el pueblo estaba agradecido a la tripleta de investigadores por doble motivo, ya que si el crimen del joven Charles era doloso, casi rozaba el

grado de convulsión entre sus habitantes el hecho de tener en su seno y, para mayor irritación, permitir que aquel tipejo de tan baja condición, de una calaña temible, pusiese sus sucias manos sobre los pequeños, a quienes confiaban como hombre de Dios tal como ellos mismos le veían.

—*¡Por el sheriff!* —dijo Barry en primer término, levantando su jarra—
¡Por Louis! —dijo en segundo— *¡Y por la más guapa de las detectives que jamás he conocido!* —culminó el brindis al que se sumaron entre hurras consecutivos todos los presentes, quienes apuraron las pintas y Frank, quien también había brindado, tuvo que emplearse a fondo con tal de rellenar los recipientes que se vaciaban en un santiamén ante la voracidad etílica de aquéllos, sin contar los más tradicionales que combinaban el brebaje espumoso con sendas copas de Bourbon añejo echado al colete de una vez.

—*¡Aiden, muchacho, qué alegría verte!* —saludó el sheriff Saxon al gigantón, habiendo tenido éste un papel decisivo de manera indirecta en la resolución del caso y quien se incorporó de inmediato al grupo, tras llegar ese día tarde a la fiesta improvisada

—*Creía que no llegaba, muchachos* —comentó despojándose de la indumentaria especial para soportar el frío— *He estado todo el día con un cargamento de maderas y se nos ha atascado el camión. Pero, ya veis que no he faltado a la cita*

—*Muy bien, Aiden, bienvenido* —el sheriff, emocionado, le dio un abrazo *¡Vamos, Frank, ponle un par de pintas a este hombretón! Porque una se la beberá de una vez*

—*Y que lo digas, Bob, estoy sediento*

—*Oye ¿Sabes que han abierto las carreteras hacia la autopista?*

—*Lo he escuchado por la radio ¡Ya era hora!* —respondió Aiden, cumpliendo a rajatabla lo dicho por el sheriff y libando la primera pinta de corrido.

—*Ya te digo, muchacho. La nieve nos da un respiro, las carreteras abren, la cerveza está fría y tenemos a ese pájaro en la jaula*

—*Ya lo creo, Bob* —dijo Barry, al tiempo que le soltaba tal manotazo en la espalda que cualquier mortal hubiese expulsado el corazón como un hueso de aceituna— *Os habéis comportado los tres como titanes en este caso que, la verdad, no veía se solucionase. Ya sabía que el culpable sería un tipo inteligente, con experiencia allá donde fuese y acostumbrado a perderse entre la gente de bien para cometer sus fechorías*

—*Un maestro de la manipulación, camaleónico, cambiando de registro en segundos asumiendo diferentes roles y, sobre todo, frío y con un instinto depredador que aterroriza* —dijo Verónica quien, tras una pinta de cerveza para acompañar a los rudos anfitriones del pueblo, se había pasado a la “Coca-Cola Light”— *Sin embargo, y al haberle salido tan bien sus anteriores crímenes, que eludió con total impunidad, creo se confió demasiado y pensó que, siendo una pequeña población, apenas tendría que maniobrar para eludir la acción policial*

—*Sí, Verónica, ese tipo según vimos elegía bien donde actuar y siempre en pequeños núcleos y no al azar*

—*Sheriff, además contando con ese disfraz que le venía de perlas para mostrar sus dotes de interpretación como reverendo, con el cual frenaba las sospechas y perfecto para sus fines delictivos que incluían, aparte del asesinato, el abuso a los más vulnerables de cada comunidad*

—*Oye, Louis* —intervino Aiden, sumando a sus palabras otro golpetazo en la espalda del joven policía— *Me han dicho que has estado bravísimo con ese cabrón*

—*Bueno, no es nada. Sólo ayudé a pillarle* —contestó Louis bien colorado— *En realidad ha sido nuestra detective. Es genial, aparte de guapa ¡Por ti, Verónica!* —exclamó con un punto de emoción el muchacho

alzando su jarra, imitándole los demás y, en esa ocasión, dejando azorada a la joven investigadora.

—*Gracias, muchas gracias, chicos* —correspondió la joven también muy emocionada, permitiendo que se viera en sus ojos alguna lágrima furtiva— *Veréis, Louis y el sheriff son encantadores y, la verdad, creo demasiado humildes desde mi punto de vista puesto que me he limitado a prestarles ayuda. Sin duda, tenéis dos auténticos profesionales en el pueblo, a los que podéis confiar vuestras vidas sabiendo que estarán siempre alerta para frenar a los malos que andan por ahí. En esta ocasión, os aseguro que ha sido un trabajo en equipo y, por ello, alzo mi copa por ellos dos ¡Bob, Louis, por vosotros!* exclamó Verónica y se repitieron los hurras, los vítores y también más abrazos a los homenajeados.

—*¡Frank, pon una ronda general a mi cargo!* —habló Chris Stevenson en voz alta en tanto llegaba para unirse a la celebración, siendo recibido con jolgorio al aceptar todos la invitación, lo que hizo se arremolinaran en la barra y Frank aturrullarse para atenderles.

—*Me vais a perdonar, pero prefiero mantenerme a cierta distancia. Tal vez luego os vea, cuando se despeje el ambiente* —Aiden hizo aquel comentario, cargado de segundas intenciones y presentando una expresión de furia donde no faltaron los dientes apretados y los puños cerrados, en cuanto Stevenson se acercó hasta donde estaban Barry, el sheriff, Louis y Verónica junto a él.

—*Vamos, Aiden, chico, no pongas esa cara y no te conviertas en aguafiestas en un día como éste. Dale paso e intenta arreglar las cosas con Chris* —Barry intentó suavizar la enemistad de Aiden y Stevenson, pero sólo logró que el primero diera esa media vuelta anunciada y se perdiera entre los parroquianos agarrando con fuerza su jarra.

—*Te lo agradezco de corazón, Barry* —habló Chris Stevenson, a quien

Frank ya había servido su primera pinta rebosante y bien espumosa— *Y, por favor, no os preocupéis por este desaire, uno más claro está, de Aiden. Ya sabéis que no me aguanta demasiado e insiste en tener esa actitud conmigo sólo porque tenemos diferencias de criterio respecto a eso de la caza, los animales y el daño que se le hace con ese, mal llamado, deporte. Sin embargo, no voy por ahí adoctrinando a la gente, ni hago campaña publicitaria, ni mucho menos obligo ni a él ni a nadie a dejar los rifles y permitir que esos osos, ciervos y demás continúen viviendo sus vidas en la inmensidad de las montañas siguiendo su ciclo natural. Pero, ya ven, Aiden se toma muy a pecho eso de que haya firmado un manifiesto contra su afición favorita y haya invitado a la asociación a la que pertenezco para llevar a cabo una conferencia en el pueblo. De cualquier modo, le disculpo porque es alguien nacido aquí, no como yo, y muy apegado a la tierra y sus costumbres. En mi caso, tengo que reconocerlo, soy un urbanita y, además, forastero*

—*Bueno, Chris, vamos, no digas eso* —Barry habló a colación, mientras tanto el sheriff como Louis se mantenían al margen de la polémica, si bien éste último se aguantó las ganas de dejar la reunión y solidarizarse con Aiden, con quien coincidía a pies juntillas al tener atragantado al diseñador quien, por lo escuchado de Verónica, era de talla internacional y algo así como una celebridad viviendo en el pueblo sin que hiciese alarde de ello él mismo— *Oye, muchacho, que te quede claro cómo eres uno más de nosotros, te apreciamos y no podemos olvidar la gran labor que haces con los más necesitados del pueblo, aparte de cuidar enfermos en el hospital. Y te digo la verdad, porque a mí tampoco me gustó eso de que anduvieras moviendo hilos para que esa asociación dé una conferencia contra la caza en el pueblo. No voy a negártelo. Pero, conociéndote, cómo eres y que siempre estás al lado de los menos favorecidos, preferí obviarlo y así seguir*

teniéndote en gran estima y, por supuesto, mantener tu amistad

—*Gracias, Barry* —contestó Stevenson cariacontecido.

—*Escucha, Chris* —turno para las palabras conciliadoras de Saxon —*no te preocupes, hombre, bebamos y olvidemos el tema porque Aiden es un gran tipo, algo duro de mollera y te aseguro que, cualquier día, se le pasa el enfado, te da la mano y todo arreglado*

—*Sheriff, por mi parte la mano está preparada ahora mismo y arreglamos de una vez este asunto. Y, si es necesario, para pedir disculpas seré yo el primero en hacerlo. Cuente siempre conmigo para ello*

—*Ya, sí, Chris, te conozco bien, sé que tienes buenas intenciones y no pretendes abrir brecha con Aiden, pero entiende que él necesita más tiempo para tragar el tema. Déjale un tiempo y ya verás cómo cae igual que la fruta madura. Bueno, y ahora sigamos la fiesta ¿No os parece? ¡Vamos, Frank! ¡Estás hoy lento, ven para acá y llena estas jarras!* —cerró el sheriff con mano izquierda el asunto de Aiden y Chris, para luego seguir achuchando al bondadoso y singular alcalde, quien no daba abasto esa noche, bloqueado entre tanta gente y tan buen ambiente.

—*Louis, por favor ¿Puedes ver si tienes cobertura en el móvil?* —preguntó Verónica al ayudante, quien de inmediato lo hizo extrayendo su teléfono.

—*Sí, al menos el mío va sin problemas en cuanto a cobertura*

—*¿Será posible? Nada más regrese a la ciudad tendré que ir de cabeza a cambiar de aparato. Éste funciona cuando le da la gana. Precisamente ahora que estoy esperando la llamada de Mary, que habíamos quedado para charlar y, fíjate, está muerto el cacharro del demonio*

—*¿Me lo dejas un momento y reviso la configuración?* —preguntó Louis ofreciéndose a la guapa detective, a quien no podía dejar de admirar y más con el alcohol corriendo por sus venas, latiéndole el corazón acelerado cada

vez que le dirigía la palabra— *Muchas veces es sólo elegir una opción y, sin que sepas por qué, el teléfono revive. Además, ya sabes que entre montañas como estamos es lógico que se vuelvan tarumbas y parezcan chatarra asiática*

—*Pues, chico, todo tuyo. A ver si es verdad y das con esa tecla que a mí se me resiste. De todas formas, te confieso soy una patosa empedernida en todo lo que tenga que ver con electrónica y demás*

—*Pero la mejor, sin duda, atrapando criminales* —añadió Louis, pareciéndole que todo el jolgorio desaparecía de repente y sólo quedaban mirándose ellos en la intimidad.

—*No exageres, Louis* —le respondió Verónica, sacando al joven policía de la ensoñación y volviendo a la realidad en la que, a poco que el reloj avanzase, ella sólo sería un tierno recuerdo y los intensos momentos vividos juntos se evaporarían como cendal de bruma en la noche.

—*Verónica, quería darle la enhorabuena* —las palabras de Chris Stevenson cortaron el nuevo silencio que se había hecho entre Louis y ella

—*Muchas gracias, señor Stevenson*

—*Por favor, llámeme Chris*

—*De acuerdo, Chris, y le reitero mi gratitud*

—*Nada de eso. Soy yo quien debe darle las gracias por ser tan eficaz en este caso y, sinceramente, espero verle pronto resolviendo muchos más*

—*Eso espero yo también ¿Sabe? Hasta hace un par de días incluso dudaba de continuar en este trabajo*

—*No me diga*

—*Lo digo tal como fue. Pero, ya sabe cómo es el destino. Primero, mi compañero enfermó, segundo me asignaron el caso, tal vez porque el jefe tenía saturada la agenda y, en tercero, la tormenta jugó las cartas para que estuviéramos aislados. Así que ahora tendré que dar una pensada a eso de*

continuar echando el lazo a los malos

—Le digo que acepte mi consejo y no abandone. Es usted una profesional durísima en eso de investigar y, en buena lid, he sufrido en mis carnes su forma implacable de abordar los interrogatorios. Le animo a seguir y espero verle muchas veces en las noticias, abriendo como triunfadora la página de sucesos

—Ahora mismo, Chris, si le digo la verdad, me encuentro como en una nube. No me lo puedo creer casi. Aparte me siento tan halagada por todos vosotros que no sería capaz de defraudarles y dejar este oficio para regresar a la abogacía

—Por Dios, Verónica, déjese de eso. No le veo entre papeles y juicios todo el día

—Eso mismo digo yo, Chris, y es que me da dolor de estómago sólo de pensar en cómo sería mi vida volviendo a esa ocupación, sobre todo, tan aburrida. Como policía, al menos, la acción me hace sentir viva en cada momento y el riesgo, que siempre existe, es para mí pura adrenalina a la que estoy, y perdone la expresión, enganchada

—Entiendo y veo que es policía de vocación. Por favor, insista, confíe en usted y no pierda esta oportunidad de ser feliz como ahora mismo le veo

—Sí, gracias, Chris, aunque debería tener aficiones algo menos peligrosas que esta de enfrentarme a los asesinos, abusadores de niños y...

—¡Fotografía!

—¿Fotografía? —preguntó Verónica, sin entender al principio el sentido, al interrumpirle Stevenson con esa palabra.

—Justo eso, Verónica. Ya mencionó cómo le gustaría mejorar sus encuadres

—¡Es cierto, sí, Chris! Me encantaría hacer esas fotos maravillosas que consigue. Me quedé prendada de las que pude ver en su móvil y, le

confieso, lo que mayor envidia me dio fue que dijera cómo estaban en bruto. O sea, que podía mejorarlas ¡Jesús bendito! Si ya eran auténticas obras de arte. Le digo que me siento incapaz de hacer fotos mínimamente correctas y no digamos como esas que vi de las Rocosas

—Vamos a ver, Verónica —contestó Chris dejando su jarra un momento— Sólo es proponérselo y será fácil. Tal como lo veo yo, sólo requiere su voluntad para conseguir esas instantáneas

—Chris, no siga ¡Si es que no sirvo ni para darle al botón!

—Se infravalora

—Viendo sus fotos, pues tal vez sí. No podría llegar a ese punto de finura. Y lo que me sorprendió es que las hiciera con el móvil

—Bueno, mujer, es un móvil de muy alta gama y, como mencioné, dotado con una cámara soberbia que en nada tiene que envidiar a las profesionales

—Yo le aseguro que ni con una de esas lo conseguiría

—Pues, espere un momento. Ahora que caigo, tengo en el coche una cámara réflex, concretamente una Nikon, que precisamente aquel día en las montañas, aparte del móvil, utilicé. Le confieso que voy dejándola de lado, porque acabo de comprar una de un nivel superior con más resolución, así que ¿Por qué no viene un momento al coche, se la enseño y a ver si le gusta? Además, ha dejado de nevar y puede probar haciendo algunas fotos incluso con esta luz tan tenue que la óptica admite sin problemas. Oiga, y si se ve bien con ella y se anima, se la puede quedar

—¿Para mí? ¿Así como así? Pues, no sé, Chris ¿Sabe? No me sentiría bien quedármela sin pagarle...

—Antes de responderle ¿Puedo tutearte, Verónica?

—Iba a decir lo mismo, Chris. Por supuesto que sí. La verdad, me estaba yo a mí misma preguntando qué hacíamos con tanta formalidad y en

un día como éste precisamente

—Encantado y ahora te pregunto ¿Qué decías de pagarme?

—Bueno, es que no está bien que, en fin, que aceptaría la cámara siempre que te pagase y...-

—¿Pagarme? Nada de eso. Considéralo un regalo y sólo con imaginar que conseguirás buenas fotografías ya me compensa. Y, bueno, no dejes de enviarme tus avances con ella en cuanto comiences a practicar en la ciudad

—De acuerdo, hagamos una cosa, Chris. Vayamos a ver la cámara, la cogeré, haré un par de fotos y decidiré. Y en cuanto a lo de pagar, o no, ya lo discutiremos luego con otra copa, aunque yo con “Coca-Cola”

—Eso esperaba oír

—¡Chicos! —se dirigió la joven tanto a Barry, al sheriff, quienes no paraban de hablar y beber como cosacos, como también a Louis, enfrascado éste en configurar su móvil sin que lo consiguiera— Oídme. Chris insiste en que me dedique a la fotografía y vamos a salir un momento a su coche para enseñarme una cámara de esas que tiene

—Claro, guapa, entendido —contestó Barry ya bien achispado, en tanto el sheriff pedía más pintas y Louis a lo suyo sin echar cuenta —Pero te digo que si pretendes aprender y hacerle a Chris competencia, ten en cuenta que gana todos los concursos de fotografía del Condado

—Me lo imagino. Bueno, volvemos enseguida —dijo la detective y, abandonando el bar, salieron al aparcamiento justo a la espalda del local y Chris, abriendo el todoterreno en su parte de atrás, buscó en uno de los laterales de donde extrajo una magnífica cámara que puso en las manos de la muchacha, la cual quedó con la boca abierta.

—¡Vaya, Chris! Pesa un poco

—No creas, es muy liviana. Aunque sí menos que un móvil. Pero te acostumbrarás enseguida

—*No sé* —dijo Verónica sopesándola y luego mirando por el visor.

—*Seguro que sí, mujer ¡Vamos, elige algo y fotografíalo!*

—*Bien, allá voy ¿Dónde se le da?*

—*Aquí justo* —le mostró Chris dónde se encontraba el disparador en la parte superior, incluso tomando su dedo índice y colocándolo.

—*¡Qué torpe soy!*

—*Oye, siempre hay un comienzo para todo. Éste, piénsalo, puede ser el de una bonita afición a la que dedicarte en tu tiempo libre y convertir en realidad tu deseo de enseñar a los amigos algo por lo que estés satisfecha*

—*Admiro, Chris, ese poder que tienes para convencer de lo que dices. Es un rasgo que me gustaría también tener a mí, pero creo que soy negada. Por cierto ¿Me la puedo colgar? Es que la cámara me sigue pesando y no quiero fastidiar este momento, caerla y tener que pagártela antes de disparar la primera fotografía*

—*Vaya ¡Qué contrariedad!* —contestó Chris, acercándose hasta Verónica — *Resulta que no sé dónde se habrá enganchado la dichosa correa de la cámara, que la hebilla ha desaparecido*

—*¡La hebilla!* —exclamó Verónica, dando un paso atrás de donde estaba Chris Stevenson, sintiendo cómo desde los pies hasta la cabeza su piel se erizaba y un vacío se hacía fuerte en su estómago.

—*¿Qué ocurre, Verónica? ¿Pasa algo?*

—*Ya lo creo que pasa, Chris* —contestó la muchacha, quien había dejado la cámara en la parte de atrás del todoterreno y dado dos pasos más atrás— *¿O, tal vez, sería mejor llamarte Nathaniel Waterhouse?*

—*¿Cómo? ¿Qué dices?*

—*Debería haber hecho caso a Evelyn ¿Le recuerdas, Nathan? Ella me dijo que estuviese alerta ante ese poder de convencimiento, esa forma tan sibilina de conseguir que hiciese lo que propondrías. Y es cierto. Es tal cual*

lo describió esa mujer, a la que destrozaste la vida de manera cruel. Pero, ya lo ves, su venganza ha llegado como plato frío en el momento postrero sin que puedas ahora librarte de una larga vida de crímenes impunes desde que, siendo un adolescente, sembraste de horror los sitios donde crecías como mala hierba. Ha llegado el momento, Nathan, y Evelyn sentirá cómo su afán porque se hiciese justicia se ha hecho realidad

—Creo, Verónica, que estás delirando. Soy Chris, Chris Stevenson, diseñador y...

—Y criminal en serie desde que ibas al instituto ¿O no, Nathan? Te he atrapado por tu propia seguridad en ti mismo ¿Sabes? Tengo claro cómo hoy has llegado al bar de Frank para revolverte en el fango de tu propio éxito una vez más, sólo por sentir el placer de ver nuestras caras mientras festejábamos que habíamos puesto a buen recaudo al asesino que tú mismo, con tus arteras mañas, has elaborado “ex profeso” para nosotros. Sin embargo, no contabas con el destino, siempre ojo avizor y barajando las cartas, cuando quiso que esa hebilla se desprendiera de la correa y terminara junto al cadáver del joven Charles, a quien primero mataste y luego, como en todos los casos, abusaste de su cuerpo inerme. Ese simple objeto te ha delatado, Nathan, y es tu sentencia de muerte

—Te prometo que no sé de qué hablas

—Vamos, Nathan, deja de interpretar ese papel, uno más de tu repertorio y reconoce cómo, sabiendo que husmeábamos a tu alrededor, colocaste esa barra de acero con la sangre del pobre Charles en el todoterreno del reverendo Smith y con gran riesgo que asumiste, ya que sonó la alarma y andábamos nosotros muy cerca. Por ello, debo reconocer que fue una espléndida jugada maestra ¿No crees? Y me la juego a que conocías los tejamanes y hasta los antecedentes de Smith, así como sus andanzas por otras comunidades abusando de niños. Claro que sí, Nathan, porque

tienes medios, tiempo, recursos y, sobre todo, una fortuna heredada que te permite abrir todas las puertas. De esa forma, no sé si en detalle pero de manera efectiva, averiguaste tu candidato a llevarse el premio de aparecer como el gran criminal en serie y, una vez más, burlar a todos para continuar con tu afición desde niño que consiste en asesinar fría y cruelmente. Por lo tanto, Nathan, has llegado al final de tu carrera delictiva y ahora quedas detenido por el asesinato...

—*¿Detenido?* —le interrumpió, el todavía Chris Stevenson, con un tono muy diferente al utilizado con ella— *¿Estás segura de que me vas a detener? ¿Y cómo?*

—*Por supuesto que voy a...* —Verónica comprendió cómo el mismo terror se adueñaba de ella, y su garganta pareció no funcionar de repente.

—*Creo que mi carrera criminal continuará, al menos unos años, Verónica, y es cierto que la fortuna se ha aliado contigo hoy. Pero, me parece que no tanto. Verás, antes de salir del bar, he visto cómo dejabas el móvil a ese patán de ayudante y el bolso, donde observé tenías en su interior la pistola, en el taburete junto al borrachín y bocazas sheriff Saxon*

—*¡No te saldrás con la tuya, Nathan!* —exclamó con furia Verónica, comprobando aterrada cómo su cartuchera estaba vacía, quedando a merced de aquel sujeto.

—*Veo que te has dado cuenta de que no estás armada y por eso me temo que seré yo quien te detenga en esta ocasión, porque yo sí lo estoy* —acompañó sus palabras Nathaniel Waterhouse, ya desenmascarado, extrayendo una pistola del interior de su chaqueta— *Lo que sí te voy a pedir ahora es que, por favor, no hagas demasiado ruido y entres de manera pacífica en el coche. Espero no tengas inconveniente en que demos un paseo y, si me lo permites, te enseñaré sitios únicos a los pies de las Montañas Rocosas donde, tal vez, desees permanecer para siempre*

—*¡Te equivocas, Nathan!* —Verónica hizo un esfuerzo porque no se le notase el miedo ni en su voz, ni tampoco en su expresión, ayudada por la noche envolviendo aquella escena que jamás imaginó podría ocurrir— *¡Tendrás que dispararme! ¿Entiendes? Si lo haces, estarás perdido y...*

—*Me da la impresión que lleva razón Verónica ¿Usted qué dice, sheriff?* —escuchó Nathaniel Waterhouse tras de sí la voz de Louis y, petrificado, al mismo tiempo percibió en su oído izquierdo el sonido inconfundible del percutor de un temible “Magnum 44”.

—*Y tanto que la tiene, muchacho* —escuchando la respuesta de Saxon a su ayudante, sintió al instante Nathan cómo la bocacha fría de un “38” le rozaba la oreja derecha y luego se la introducían en la cavidad

—*Ahora Nathan, tal como he oído es tu verdadero nombre* —habló el sheriff sin levantar la voz, casi susurrándole— *Si de verdad aprecias tu vida, baja ese arma y después deja que caiga al suelo. Y te advierto que si en el transcurso de la maniobra meneas una pestaña, mi ayudante y yo mismo convertiremos tu cabeza en un grisáceo puré de sesos ¿Estamos?*

—*¡De acuerdo, sí, sí! ¡Está bien! ¡Tranquilos! No me resistiré al arresto* —respondió Nathan obedeciendo, para luego dejar que Louis le esposara.

—*¡La hebilla, Bob, Louis, la hebilla!* —exclamó la joven, mostrando la correa de la cámara para que entendieran lo que decía.

—*Verónica, te has arriesgado demasiado. Ese tipo...*

—*No me acordé de la pistola ¿Sabe, sheriff? Me molestaba al sentarme y, tal vez por el ambiente del bar, cometí la imprudencia de echarla al bolso, lo que advirtió este sujeto al que le espera el corredor de la muerte*

—*Dejémoslo así. Al final, todo ha salido bien y porque este ayudante mío es una fiera con los móviles*

—*Pues, lo mismo que esa hebilla, sheriff* —habló Louis con su modestia habitual, todavía encajando las esposas a Nathan Waterhouse— *Puro destino.*

Y es que ¿Sabes, Verónica? Al momento de marcharte, conseguí configurar tu teléfono y la llamada de tu compañera Mary sonó a los pocos minutos. Me pidió hablar de manera urgente contigo y, al decirle que habías salido con Stevenson, muy alterada me confió cómo no era quien decía ser puesto que, al rastrear los crímenes a doscientos kilómetros a la redonda del Condado en el período de un año atrás, tal como tú misma le indicaste y en los cuales se vieran envueltos todos los miembros de las familias, encontró precisamente ese apellido

—Estaba claro, Verónica —continuó el sheriff— cómo este tipo asesinó a sangre fría al Chris Stevenson real y a su joven esposa. Para completar sus planes, dejó con vida al pequeño de tan sólo un añito con tal de dar veracidad a su nueva identidad robada y, de paso, poner una pantalla para las sospechas que en su día, como así ha ocurrido finalmente, pudiesen llegar. Sólo le bastó mimetizarse en nuestro pueblo exagerando su faceta caritativa y humanitaria para completar el disfraz. Sin embargo, una hebilla, una sola hebilla, ha bastado para frenar su carrera criminal y ahora enfrentarse al patíbulo

—¡No tengo palabras, chicos! —dijo la investigadora quien, tras la fuerte tensión vivida, pareció desmayarse y tanto Louis como Saxon, al ver cómo iba poco a poco perdiendo el conocimiento, lograron agarrarle en el último instante.

—¡Verónica! —le gritaron y ella recuperó el sentido.

—Perdonadme, Bob, Louis, ha sido sólo el momento ese de...

—Tranquila, ya terminó todo —dijo el sheriff cuando, recuperada la joven, cogió su teléfono que Louis le devolvió.

—Gracias por sálvame la vida, chicos. Sois mis ángeles

—Estaba escrito que cogeríamos a ese tal Waterhouse de esta forma tan inesperada y, si me lo permitís decir así, un tanto enrevesada —comentó

Saxon.

—*Tendremos que darle un buen tirón de orejas al destino porque esta vez nos ha puesto en una situación bien delicada, aunque el final haya sido feliz* —comentó Verónica dando un abrazo a cada uno de ellos y luego, además, un largo beso en la mejilla a Louis, quien estuvo a punto de derretirse allí mismo, guiñando un ojo luego al sheriff que éste entendió con una sonrisa.

—*Una pregunta a los dos* —habló Verónica— *¿Vamos a dejar que este tipo nos amargue la noche?*

—*¡Por supuesto que no!* —respondió primero el sheriff.

—*¡La noche es joven!* —añadió Louis, señalando hacia el bar de Frank.

—*Pues, venga, encerrémosle y luego volvamos para seguir lo que empezamos* —dijo la joven, ya sonriente, animada y sin trazas de perder de nuevo el conocimiento— *Y ¿Sabéis? Os aceptaré esa copa de bourbon que tanto insistís*

—*No se hable más, chicos, y ¡Vamos allá!* —remató Saxon introduciendo a Nathan, quien permanecía callado, en el asiento trasero del todoterreno patrulla, para luego él mismo sentarse junto a él. Por su parte, la detective se acomodó en el asiento del copiloto junto a Louis, quien enseguida tomó rumbo hacia las oficinas del Condado, en las que esperaba al detenido un frío calabozo cortesía de la casa.

—*Por cierto, muchachos* —Verónica habló— *Me sabe mal decirlo, pero tenemos que dejar libre al reverendo Smith*

—*Bien, es comprensible. Ya tenemos el pájaro que buscábamos y ahora resulta que no era él* —dijo el sheriff— *Tendremos que abrirle la jaula*

—*¿Dejar libre al reverendo Smith? Bueno, una cosa, sheriff y Verónica* —intervino Louis con esa retranca que le caracterizaba, sumando el gesto de burla en su cara con la ceja izquierda levantada, el cual tan bien le salía— *No tiene que ser hoy. Podría ser, tal vez, mañana o, quién sabe, si mejor nos*

acordamos de él pasado mañana o, en fin, con la cogorza que vamos a pillar no sé yo cuándo...

—Siempre lo he dicho, Louis, Bob, este país iría mejor si hubiesen más cogorzas...
